

Las alegres inadaptadas de Bath

La librera y el conde

Callie Hutton

USA Today Bestselling Author

LA LIBRERA Y EL CONDE

Callie Hutton

CONTENIDO

Página del título
Sobre el libro
Dedicatoria
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Sobre la autora

Derechos de autor

SOBRE EL LIBRO

La señorita Addie Mallory había decidido dejar de buscar marido. Después de seis temporadas sentada en un rincón de un salón de baile de Londres como si fuera una triste flor solitaria, había conseguido convencer a sus padres para que le permitieran emplear su dote para comprar una librería en Bath, donde podría vivir a su manera.

Lord Grayson, conde de Berkshire, todavía no ha conseguido superar la traición que le hizo su difunta esposa con su propio hermano. Lo único que quiere es que su vida gire en torno a su hijo, Michael, que es sordo. Pero cuando la cuñada de Grayson le entrega unos documentos judiciales para inhabilitar legalmente a Michael, y que su propio hijo fuera nombrado su heredero legítimo, recurre en busca de ayuda a Addie, que sufre de dislexia y es propietaria de una librería.

Addie tiene un interés personal en ayudar al niño. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, la empresa conjunta de Grayson y Addie para evitar que Michael sea inhabilitado los lleva a sentimientos y deseos que ninguno de los dos se esperaba.

O que necesariamente desearan tener.

* * *

¡Recibe un libro gratis y mantente al día con los nuevos lanzamientos y ventas!
http://calliehutton.com/newsletter/

DEDICATORIA

A Anna, que lucha contra la dislexia todos los días.

NOTA DE LA AUTORA

La dislexia es mucho más complicada que simplemente invertir las letras al leer. Al menos en esta época más ilustrada, ya no se considera que esta condición esté provocada por carecer de inteligencia, tal como se pensaba en otros tiempos.

La dislexia es una afección que va más allá que la forma en que se lee. Los disléxicos tienen problemas con las direcciones: derecha, izquierda, arriba, abajo, adelante, atrás. Les cuestan las interacciones sociales y, por supuesto, padecen de falta de autoestima tras sufrir tantos fracasos para conseguir lo que los demás parecen obtener con poco esfuerzo.

Hay personas disléxicas muy conocidas que se encuentran entre los personajes más importantes de la historia. Leonardo da Vinci, Walt Disney, Albert Einstein, John Lennon, Pablo Picasso o Steven Spielberg son algunos de los muchos miembros de este grupo.

Si desea encontrar más información sobre cómo tratar la dislexia de un niño en edad escolar, cuando se escribió este libro había disponible en You Tube un video muy interesante y revelador, llamado "How Difficult Can This Be – The F.A.T. City Workshop".

Cuando mi hija, que tiene que enfrentarse a este problema todos los días, estaba en el colegio, pedí a sus profesores que lo vieran. Lo encontraron tan informativo que muchas se lo recomendaron a sus compañeros. Como digo, fue una verdadera revelación.

Espero que disfrutes de la historia de Addie y su amor por los libros, a pesar de lo mucho que le costaba leerlos.

¿Te gustaría disfrutar de este libro mientras conduces o haces las tareas del hogar? Puedes comprar el audiolibro

aquí: **https://calliehutton.com/book/the-bookseller-and-the-earl-audio/**

PRÓLOGO

Octubre de 1884
Londres, Inglaterra

La señorita Adeline Mallory tomó la mano del sirviente y se bajó del carruaje frente a la casa de su familia en Mayfair. Su dama de compañía, la señora Wesley, bajó tras ella los dos cortos escalones, y después ambas se dirigieron por el camino de piedras que daba a las escaleras que conducían a la reluciente puerta de entrada blanca, que tenía una aldaba de bronce pulido en forma de león rugiente.

Antes de llegar al último escalón, su antiguo y querido mayordomo, Grimsley, abrió la puerta.

—Buenas noches, señorita Mallory. Espero que haya pasado un rato agradable en la fiesta.

No tuvo el valor de decirle que tenía otro capítulo más que añadir a la crónica que estaba escribiendo: *Adeline sale de casa.* Era una especie de autobiografía que escribía en su diario, donde cada día anotaba los percances que le sucedían cada vez que salía de la comodidad de su hogar. No es que su vida estuviera tan llena de contratiempos, bueno, no toda su vida, pero sin duda había tenido los suficientes como para llenar las páginas de los tres diarios que llevaba escritos desde que tenía la edad suficiente como para hacerlo.

El inconveniente de esa noche, sin embargo, había sido la proverbial gota de agua que colmaba el vaso. Esta temporada de fiestas de la alta sociedad no empezaba mejor que cualquiera de las demás. La mancha roja que ensuciaba su vestido de gala azul pálido era un claro recordatorio de lo torpe que era. Aunque tenía buenas razones para pensar que una de las chicas que llevaba varios años

odiándola le había dado un golpe un codo a propósito, haciendo que se derramara su vaso de ponche por todo el vestido.

Aunque todavía se le revolvía la rabia en el estómago, sonrió, asintió a Grimsley con la cabeza y enseguida avanzó por el pasillo para dirigirse al salón. Precisamente donde sabía que se encontrarían sus padres a esa hora de la noche. Su madre estaría con sus interminables labores de costura y su padre leyendo.

Siendo una pareja tan tranquila, ¿cómo pudieron haber tenido una hija tan torpe e inepta? Adeline decidió no caer en la autocompasión que poco a poco se abría paso en sus pensamientos. Hacía bastante tiempo que había aceptado que no era como las demás muchachas. Y en cada evento al que había asistido durante los últimos seis años, las demás chicas se habían asegurado de demostrárselo.

Se puso una servilleta en la parte delantera del vestido para tapar la mancha roja, y dijo:

—Buenas noches, mamá y papá.

Sus padres levantaron la vista de sus tareas y le sonrieron. El amor que se veía en sus ojos casi hizo que se arrepintiera. ¿Cómo iban a recibir la petición que estaba a punto de hacerles? Lo último que querría era hacerles daño, pero había tomado una decisión firme de camino a casa tras salir del baile de los Everson, y ya nada la podría disuadir.

—¿Qué tal la noche, cariño? —Su madre palmeó el lugar que había a su lado en el sofá para invitarla a que se uniera a ella.

Adeline respiró hondo y se sentó a su lado.

—Fue el típico baile de siempre. Nada diferente.

—¿No hubo ningún caballero especial? —Dijo su padre sonriendo.

—No. Me temo que no.

Aunque mantenía una hermosa sonrisa, estaba agarrotada por dentro y sentía como si estuviera a punto de ponerse a llorar. Pero si les mostraba algún tipo de debilidad, nunca obtendría su permiso.

Su madre le dio unas palmaditas en la mano.

—No te preocupes, querida. El hombre perfecto se presentará cuando sea el momento adecuado.

—Espero que sea pronto —murmuró el padre mientras cogía su libro para seguir leyendo.

—¡Arthur! —Le reprendió la madre.

—Lo siento, no quise decirlo de esa manera —dijo levantando el libro para cubrirse la cara.

—Papá, necesito que me escuches. —Se volvió hacia su madre. —Y tú también, mamá.

Incapaz de mantenerse sentada por más tiempo, Adeline se levantó de un salto y se alejó un poco para poder observar claramente a sus padres. Era importante poder verlos bien justo cuando estaba a punto de romperles el corazón.

—No seguiré asistiendo a las fiestas de la sociedad. Este ha sido mi último baile.

Dos pares de ojos azules similares a los suyos la miraron a la vez. Su madre con el ceño ligeramente fruncido, y su padre con la frente completamente arrugada.

—¿A qué te refieres, cariño? —Dijo la madre.

—Tengo veinticuatro años y, según la mayoría de las varas de medir, ya soy una solterona. —Levantó una mano cuando ambos padres abrieron la boca para hablar—. Por favor, dejadme terminar. No me sirve que vosotros no penséis que sea una solterona. El resto del mundo sí que me percibe así.

Su madre miró a su padre haciendo un gesto que había visto muchas veces antes. Era la expresión de "de qué está hablando ahora".

Pero antes de perder los nervios, continuó.

—Soy consciente de mis defectos y los he aceptado.

El padre se removió en su silla y colocó su libro sobre la mesa junto a él.

—Ahora, espera un momento...

—Por favor, papá. Escúchame.

Necesitaba seguir enfadada. Si sucumbía a que la defendieran, y a su resistencia a verla como realmente era, se pondría a llorar y no iba a cambiar nada.

—Creo que es hora de que labre mi propio camino en el mundo.

La madre respiró hondo y se tapó la boca.

—¿A qué te refieres?

—Quiero marcharme de Londres. Y sobre todo, quiero tener una librería.

—¿¡Quieres trabajar!? —El padre se levantó de su asiento—. Ninguna hija mía trabajará jamás. No hay más que hablar.

Su madre sacó un pañuelo blanco con adornos de encaje de la manga de su vestido y se dio unas palmaditas en los ojos.

—¿Qué hemos hecho para que quieras hacernos esto?

Adeline cayó de rodillas y agarró una mano de su madre.

—No os estoy haciendo nada a ninguno de los dos. Os quiero con todo mi corazón. Pero la vida que siempre habéis planeado para mí nunca va a ocurrir. Llevo seis años buscando marido, pero ningún caballero ha mostrado interés alguno por mí.

—Pero estaba el señor Abercrombie —dijo la madre.

Addie se sentó sobre sus talones.

—Mamá. Tenía cincuenta años e hijos mayores que yo. Y —añadió con una sonrisilla —, sobre todo, necesitaba el dinero de mi dote.

—Arthur, dile algo —suplicó la madre.

El padre miró de un lado a otro entre ella y su madre, y su rostro se suavizó.

—Quizá tenga razón, Mildred.

—¿Qué? —

El chillido de su madre probablemente hizo que todos los caballos de Mayfair se detuvieran bruscamente.

El padre la observaba golpeándose los labios con un dedo.

—Tal vez sea el momento. Sé que no es lo normal que una joven se vaya de la casa de sus padres y se independice, pero podría ser lo adecuado para nuestra hija.

La madre soltó un gemido.

—No me puedo creer lo que estáis diciendo. —Miró a Adeline, que seguía en el suelo a sus pies—. Debes encontrar a un buen hombre. De acuerdo, tal vez el señor Abercrombie no era para ti, pero preguntaré entre mis amigas. Hay muchos hijos, primos, sobrinos y amigos de amigos a los que podríamos presentarte.

Adeline negó con la cabeza.

—No, mamá. Terminé con este juego. No me importa que nunca llegue a tener marido. No me importa que nunca llegue a tener un hijo —en eso estaba mintiendo—, pero quiero sentir que mi vida consiste en algo más que cambiarme de ropa y asistir a eventos sociales.

El padre se movió para sentarse en el brazo del sofá y apoyó su mano en el hombro de la madre.

—Parece como si llevaras meditando sobre esto desde hace bastante tiempo. ¿Qué has pensado?

Emocionada de que su padre considerara escuchar su plan, colocó recatadamente sus manos en su regazo y lo miró fijamente.

—Hay una librería en Bath a la venta.

—¡Bath! —Dijo la madre volviendo a gemir—. Si está al otro lado del país.

Ignorando el arrebato de su madre, Adeline continuó:

—Como no tendré necesidad de tener una dote, esperaba que me permitieras usar esos fondos para comprar la librería. Buscaré un pequeño departamento cerca y me encargaré del local. —Dijo sonriendo entusiasmada con sus planes—. Sabéis cuánto me gustan los libros.

—Pero si tú casi no puedes leer —gimió la madre.

Gracias, Madre. Siempre es muy agradable escuchar los defectos de uno tan adecuadamente expresados.

—Puedo leer, mamá. Simplemente es un poco difícil para mí.

Desde que cogió su primer libro y observó cómo eran las palabras supo que tenía un problema. Parecía que nadie más veía lo mismo que ella porque cuando intentaba leer, todo salía mal. Cuando su maestra le dijo a sus padres que le faltaba inteligencia, la sacaron de la escuela y le contrataron a un tutor.

El tutor trabajó con ella durante años. Sugirió que Adeline sufría de algo que recientemente se había denominado "*ceguera a las palabras",* y que lo tendría toda su vida. Lo único que Adeline sabía de esa enfermedad era que todo el mundo podía leer un libro fácilmente mientras sus ojos se movían de un lado a otro sobre las líneas de la página, y sin embargo, ella se iba tropezando con cada

palabra. Pero, a pesar de todo, siempre le siguieron encantando los libros.

Le encantaba sentir un libro en sus manos. Cuando abrió uno por primera vez, le encantó el olor de la tinta. Le gustaba pasar las páginas, sonriendo, como si pudiera leer a gran velocidad. Pero era muy difícil amar a algo que no le correspondía.

En ese momento, su hermano mayor, Marcus, entró en la habitación y la vio arrodillada a los pies de su madre.

—¿Rindiendo un homenaje a la reina, Adeline?

—No. Estoy suplicando un cambio en mi vida.

El hermano se acercó al aparador y se sirvió un pequeño vaso de brandy. Era alto, seguro de sí mismo, guapo y encantador. Adeline siempre lo había idolatrado, y había deseado poder ser más parecida él, y menos a ella misma.

Su expresión se suavizó.

—¿Te hará más feliz de lo que fuiste durante la velada del baile de los Everson, cariño?

Como de costumbre, su hermano había asistido al mismo evento, y había tenido que estar todo el rato evitando a las madres que buscaban un novio para sus hijas. Solo lo había visto brevemente, pero al parecer su hermano la había estado observando.

Parpadeó para secarse las lágrimas que corrían a sus ojos.

—Sí. Yo creo que sí.

El hermano terminó su bebida y se encogió de hombros.

—Entonces, hazlo.

Con esas palabras tan directas, hizo una leve reverencia a sus atónitos padres y salió de la habitación.

CAPÍTULO 1

Octubre de 1885

Adeline levantó la persiana de la ventana delantera de su librería, *Once Upon a Book* (*Érase una vez un libro*), y se dio cuenta de que tenía que cambiar el escaparate. Por lo general, lo hacía el primer día de cada mes, pero había estado entretenida con el nuevo inventario y había olvidado hacerlo.

Cada mes ofrecía el espacio a un autor local para que mostrara sus libros. Contribuía a desarrollar su negocio, y los autores le agradecían que les ayudara con las ventas. A cambio, esos escritores recomendaban a sus amigos que visitaran *Once Upon a Book*.

También estaba considerando formar un club de lectura al que invitar a autores locales a leer y analizar sus libros con los participantes. Ya había iniciado un grupo de lectura para niños, que se reunía todos los sábados por la mañana.

Addie, como se la conocía ahora en Bath, se había convertido en una excelente empresaria, y nunca en toda su vida adulta había sido tan feliz como lo estaba siendo ese año.

Después de muchas sesiones cargadas de lágrimas y súplicas, su madre finalmente había cedido y a regañadientes había dado su bendición al plan de Addie. Lo más probable es que la negativa de Addie a asistir a más *eventos de la alta sociedad la* convenciera. Aunque dudaba, su madre realmente entendía la decisión de Addie. Antes de que su padre se casara con ella, había sido una de las *muchachas más cautivadoras de la alta sociedad*. Y había disfrutado de una vida social llena de pretendientes, flores, paseos por el parque y diversas parejas de baile. Algo que Addie nunca había experimentado.

Su padre, muy generosamente, no solo le había comprado el local, para que, en lugar de que tener que vivir de alquiler, también le había comprado una pequeña casa a las afueras de la ciudad, así como un carruaje y un par de caballos de tiro.

Sin embargo, Addie se había comprado por su cuenta una bicicleta muy robusta para poder moverse fácilmente por la ciudad sin tener que hacer uso del carruaje. Enseguida descubrió que solo usaba el vehículo cuando tenía que salir de noche, ya que ir en bicicleta era peligroso después del anochecer.

En una de las muchas reuniones que tuvieron pensando en la librería, su padre le había dicho que en cuanto el negocio comenzara a funcionar, tendría que seguir manteniéndolo por sí misma. Si ella sentía que estaba lo suficientemente preparada como para llevar a cabo el proyecto, él se inclinaría ante su inteligencia y sus capacidades, y asumiría que podría ganar suficiente dinero y tener éxito.

Estaba encantada con la confianza que depositaba en ella y, hasta ahora, le había ido bastante bien y se sentía contenta con el dinero que había conseguido guardar en el banco. La única concesión que había hecho a sus padres había sido llevarse a la señora Wesley con ella. Su madre estaba horrorizada de que tuviera la intención de vivir sola sin una dama de compañía. Pero ningún argumento de Addie consiguió hacerla cambiar de opinión, por lo que la señora Wesley se instaló felizmente en el segundo dormitorio de la casita de Addie. Su compañera pasaba la mayor parte del día manteniendo la casa en funcionamiento, así como supervisando a la cocinera y a la sirvienta que Addie había contratado.

Addie se apartó del escaparate y contempló su reino. Un suelo de madera oscura muy pulida sostenía doce estanterías. La mitad contenía libros de no ficción de todos los temas disponibles, archivados de acuerdo con el nuevo sistema decimal de Dewey, la mayoría de las veces. Como tenía dificultades para reconocer correctamente las palabras, ocasionalmente confundía los libros.

La otra mitad de los estantes eran para novelas, memorias, poesía y, para su deleite, numerosas obras de escritoras. La señorita Jane Austen, George Eliot, Mary Wollstonecraft, Elizabeth Barrett

Browning, Helen Hunt Jackson, y varias otras, ocupaban espacio en sus estanterías junto a los populares Thomas Hardy, Charles Dickens y Lewis Carroll.

En lugar de decorarla con los recargados papeles pintados que abundaban en todas partes, había decidido que las paredes fueran de color crema con ribetes de color verde pálido. Las únicas obras de arte que tenía colgadas en sus paredes eran paisajes, en su mayoría relajantes, realizados por un artista local.

La mayoría de los días las largas ventanas de los laterales del edificio y el ventanal delantero proporcionaban suficiente luz para los clientes, pero para las noches y los días nublados, tenía dos lámparas de gas colgantes, y varias más pequeñas situadas sobre las mesas que tenía esparcidas por la habitación.

Con un plumero en la mano, Addie sonreía perdida en sus pensamientos mientras desempolvaba los estantes, hasta que sonó el suave tintineo de la campana que colgaba sobre la puerta principal, alertándola de la llegada de un cliente.

—Addie, ¿dónde te escondes? —Chilló Charlotte Danvers, conocida como Lottie por sus amigas, mientras sus ojos recorrían la librería.

Asomó la cabeza por detrás de una de las estanterías, y dijo:

—Aquí de vuelta, Lottie. Justo desempolvando las estanterías.

Lottie era una de las dos mejores amigas que Addie se había hecho desde que su llegada a Bath. A los veinte años, Lottie también había escapado de Londres y de su frivolidad. Era una muchacha sorprendentemente hermosa, que guardaba un secreto en su corazón que nunca había compartido con nadie, ni siquiera con sus mejores amigas. Lo único personal que Addie y lady Pamela sabían de Lottie era que estaba distanciada de su madre, que vivía en Londres.

Lottie se negaba a aceptar dinero de su madre y se mantenía dando clases de francés, modales, conversación elegante, pintura, danza y música a las señoritas de Bath que deseaban acceder al mercado matrimonial. Había perfeccionado todas esas disciplinas mientras estudiaba en Francia.

—¿Ya han llegado mis libros? —Preguntó Lottie uniéndose a Addie en la tercera fila de libros.

—Sí, llegaron ayer. Pasé todo el día descargando el último pedido de Londres. —Addie se cruzó de brazos y el plumero le llegó a la nariz—. ¿Cómo puedes leer todos esos tontos libros románticos?

—La lectura me impide sentir lástima de mí misma.

Addie estudió a su amiga.

—Sé que ya hemos hablado de esto antes, pero creo que deberías visitar a tu madre.

—Tema cerrado.

Lottie giró sobre sus talones, y Addie la siguió hasta la parte delantera de la librería.

Addie colocó el plumero debajo del mostrador.

—Tengo los dos libros que me pediste, así que deberían proporcionarte varios días de felicidad.

Se inclinó sobre una pila de libros cerca de la puerta principal y comenzó a revisarlos.

El tintineo de la campana volvió a sonar, pero Addie continuó buscando los libros de Lottie. Siguió con lo que estaba haciendo porque que la mayoría de las veces los clientes preferían deambular por la tienda observando las estanterías para ver qué les podría interesar, en lugar de requerir la atención del vendedor de inmediato.

En el fondo de su mente, se dio cuenta fugazmente de que no había oído el sonido de alguien que se acercaba caminando.

– Addie —susurró Lottie.

—¿Sí?

Empezó con la segunda pila de libros. Realmente hubiera debido haberlos clasificado mejor cuando llegaron y tenerlos reunidos por categorías. Pero como todo lo demás en su vida, siempre las cosas parecían entremezclarse.

Lottie se aclaró la garganta.

—Addie, creo que deberías dejarlo por ahora.

—No. Sé que están aquí. Recuerdo haberlos visto ayer cuando desempaqué las cajas. —Se movió a la tercera pila de libros—. Dame un minuto.

—Disculpe, señorita.

Una voz muy profunda y masculina retumbó en la habitación.

Addie se incorporó de un salto, y se alisó un mechón de pelo que se le había caído del moño.

—Oh, le ruego que me perdone, caballero. No le vi entrar.

El hombre frunció el ceño.

—Lord.

Addie se quedó mirándolo durante un minuto.

—¿Qué?

—Lord. Soy *lord* Berkshire.

Oh. Otro aristócrata que la miraría con desprecio, y probablemente con desaprobación. Se aclaró la garganta y adoptó un comportamiento más profesional.

—¿Entiendo que es el conde de Berkshire?

El hombre asintió. Aparentemente, decir más que unas pocas palabras era demasiado esfuerzo para su señoría. Después de verlo bien, se acordó de los numerosos eventos sociales a los que había asistido años atrás en los que la miraban como si fuera transparente. Berkshire representaba a todos esos hombres que había conocido en Londres.

Tal como recordaba, era viudo, y la muerte de su esposa había estado rodeada de algún tipo de escándalo. Como Addie no era amiga de la gente chismosa ni de los "enterados", no tenía más que esa escasa información sobre él. Sin embargo, siempre había pensado que tenía ojos tristes, a pesar de que su semblante mostraba su arrogancia y sus privilegios. Le parecía como un cachorro abandonado.

Llevaba su cabello rubio oscuro cortado a la última moda. A pesar de la tendencia de usar patillas y bigote, Berkshire iba bien afeitado, dejando que sus rasgos aristocráticos y las líneas afiladas de su mandíbula fueran bastante visibles. Sus profundos ojos marrones la miraban con una mezcla de fastidio e impaciencia.

Iba vestido a la moda con un traje de lana superfina de color gris oscuro, un chaleco de color lavanda y negro, y una corbata negra.

—¿Señorita?

Volvió a oírse un leve carraspeo en su voz. Profundo, áspero e . . . impaciente.

Se horrorizó al darse cuenta de que lo había estado observando de arriba a abajo y, nerviosa, dijo:

—Mis disculpas, mi lord. ¿En qué puedo ayudarlo?

Aunque lo había reconocido, al parecer él no la recordaba en absoluto. Lo cual no era una sorpresa. Era bastante difícil acordarse de alguien a quien nunca has mirado de verdad. Pero, es cierto que nadie esperaría encontrarse con una dama que ha conocido en un *gran evento social* trabajando en una librería.

—Necesito un libro. Tengo la esperanza de que si no tiene lo que necesito, tal vez pueda encargármelo.

El hombre tenía una nariz tan grande que podría ahogarse en una tormenta.

—Claro que sí —dijo ella—. ¿Qué libro está buscando?

En ese momento, Lottie le dio un golpecito en el hombro.

—Discúlpame. Volveré por mis libros más tarde. Tengo a dos alumnas que llegarán enseguida.

—Muy bien. Te los tendré cuando vengas a tomar el té.

Sonrió y se despidió de su amiga, luego volvió a centrar su atención en lord Berkshire, que la miraba con el ceño fruncido.

Suspiró para sí misma. Obviamente, la paciencia no era el punto fuerte de su señoría.

—Le pido disculpas una vez más, mi lord, ¿qué libro me dijo que le interesaba?

—Quiero encontrar un libro que enseñe el lenguaje de señas.

Sus palabras sonaban recortadas, casi como si no le gustara decirlas.

Addie inclinó la cabeza y se golpeó los labios con la yema de los dedos.

—¿Lenguaje de señas? Me temo que no estoy familiarizada con ese término. ¿De qué se trata?

Una ligera caída de los hombros de su señoría fue lo único que indicó que le preocupaba lo que le había dicho.

—Es una práctica con más de cien años de antigüedad, pero no muy conocida, me temo. Es un sistema que tienen las personas

sordas de comunicarse con los demás. Usan sus dedos y manos para formar letras y palabras.

—Oh, qué interesante.

Él asintió con la cabeza, y su comportamiento cambió de manera considerable mientras hablaba.

—Incluso hay escuelas que lo enseñan a los niños que padecen sordera. Es un movimiento en auge.

Sus ojos se volvieron brillantes y su rigidez inicial había desaparecido por completo.

Ella se fue quedando cada vez más cautivada a medida que continuaba familiarizándola con los inicios del lenguaje de señas y cómo había progresado a lo largo de los años. Su hermoso rostro se volvió aún más hermoso cuando sonreía —tenía un hoyuelo—, agitaba sus manos grandes y fuertes, y su cuerpo, en muy buena forma, se relajaba.

Addie lo miraba y escuchaba fascinada. Era un tema que lo apasionaba y a ella la llenaba de curiosidad. Cuando el hombre dejó de hablar, un poco incómodo por haber mostrado tanto entusiasmo, ella le dijo:

—Seguro que sabe mucho sobre el tema. ¿Hay alguna razón en particular por la que encuentre este tema tan fascinante?

Él asintió, recuperando su rigidez anterior.

—Sí. Mi hijo es sordo. —Respondió fulminándola con la mirada —. No hay nada malo en su cerebro. Simplemente no puede oír, por lo tanto, no puede hablar y se limita a gruñir.

Ella se echó para atrás ante la intensidad de sus palabras. Evidentemente, se trataba de un asunto muy delicado para él.

—Estoy de acuerdo, mi lord. Aunque nunca haya estado con personas sordas, no tengo ninguna razón para pensar que no poder oír signifique que no se posea inteligencia. Estoy segura de que su hijo es una persona inteligente.

El hombre volvió a sonreír, y la verdad es que la miró como si quisiera besarla. Y casi como si leyera sus pensamientos, el correcto aristócrata le dijo:

—Si no fuera algo totalmente inapropiado, le daría un beso por decir eso, señorita...

—Mallory. Señorita Addie Mallory.

Lord Grayson Berkshire todavía estaba pensando su reacción al entrar por primera vez en la librería y se encontró con la joven librera inclinaba sobre una pila de libros con su bien formado trasero levantado ante él. Desde la muerte de Margaret, dos años antes, no había necesitado compañía femenina pero, a juzgar por su reacción ante aquella sencilla empleada de una librería, ya era hora de que buscara alguna.

Era agradable y un poco gruesa, justo el tipo de mujer que siempre le atraía. Sus curvas eran perfectas para que un hombre se sintiera cómodo abrazándola. No tenía codos afilados que se le clavaran en el estómago, ni rodillas huesudas que pudieran hacerle daño en las partes inferiores. Era una mujer muy femenina y delicada.

Cualquiera que fuera el tipo de peinado que se había hecho ese día, se la habían caído varios mechones de rizos marrones sobre la frente y la cara. Sus cremosas mejillas se habían puesto muy rojas y brillantes tras su comentario sobre darle un beso. No tenía ni idea de dónde le había salido esa frase.

—Le pido disculpas, señorita. Mi comentario no ha sido apropiado.

Cuando le hizo un gesto con las manos para restarle importancia, el brillo de sus profundos ojos azules le demostró que le había parecido divertido, a pesar de haberse ruborizado. Era una mujer con sentido del humor.

—Perdonado. Sin embargo, dado que no estoy familiarizada con el lenguaje de señas, debe comprender que no tengo libros sobre el tema. Pero recibo un boletín cada mes con los libros nuevos que se han publicado. Puedo revisar todos los que he recibido desde que tengo la librería para ver si encuentro algo.

El hombre levantó las cejas.

—¿Usted es la dueña?

Ella se incorporó, pero aún así, la parte superior de su cabeza solo le llegaba a la altura de la mandíbula del visitante.

—Sí, mi lord. Soy la dueña de la librería —respondió sonriendo lo que hizo que el hombre le devolviera la sonrisa como si compartieran un secreto sobre algo de lo que no estaba al tanto.

—No quiero ofenderla, señorita Mallory, pero es bastante inusual que una mujer, especialmente de su edad, sea propietaria de una librería.

Esperaba no haberla molestado porque empezaba a disfrutar de la compañía de la joven. Aparte de la atracción inicial que había sentido, le resultaba fácil hablar con ella y estaba disfrutando de su sentido del humor.

—Es cierto, pero tengo unos padres maravillosos que me permitieron elegir mi propio camino —respondió con una sonrisa que indicaba claramente no se había sentido herida por sus palabras.

—¿Y su vocación es tener una librería?

—Sí. Me encantan los libros.

Su hermoso rostro brillaba de alegría. Era realmente una persona feliz, alguien cuya compañía le gustaba. Teniendo en cuenta por todo lo que estaba pasando, le vendría tener a alguien que le subiera el ánimo.

—Debe de ser una lectora voraz.

La sonrisa de Addie disminuyó.

—Hum, no exactamente.

Pareció ponerse triste, lo que le hizo querer tomarla en sus brazos y consolarla. Lo que le hizo preguntarse. ¿De dónde le venían esos extraños pensamientos?

Pero ella lo dejó con sus cavilaciones y volvió al asunto:

—Estaré encantada de revisar los boletines. Además, el señor Evans, la persona que me vendió el local, dejó una gran cantidad de boletines que había recibido a lo largo de los años. Estaré encantada de revisarlos para usted.

Sin estar seguro de por qué su actitud había cambiado tan bruscamente ante su pregunta, aún no se sentía preparado para terminar la conversación, pero por sus movimientos, era evidente que ella estaba esperando que se marchara.

—Muchas gracias. Se lo agradezco. —Se dirigió a la puerta y, una vez que su mano estuvo en el pomo, se volvió hacia ella—. Me

encantaría ayudarla a clasificar los boletines. Imagino que tiene bastante trabajo con la gestión de la librería.

Con suerte, la librera no había alcanzado a detectar lo desesperado que estaba. Más que nada quería ayudar a Michael, especialmente por la amenaza que se cernía sobre sus cabezas, pero también le apetecía conocer a esa intrigante joven propietaria de una librería.

Pero realmente no era un ávido lector.

Ella lo estudió durante un minuto y después dijo:

—Sí, me vendría bien la ayuda, pero no quiero abusar de su tiempo.

La cara del hombre se iluminó, aunque se sintió bastante tonto por lo feliz que le hacía que lo invitara a que volviera.

—Fácilmente puedo encontrar algún tiempo, pero es usted quien me hace el favor a mí

—Muy bien. Si desea volver cuando la tienda cierre a las seis de la tarde, podemos repasar los boletines.

El rubor de sus mejillas le indicaba que lo más probable es que no estuviera acostumbrada a recibir demasiada atención por parte de hombres, lo que le pareció bastante extraño dado su rostro encantador y su agradable personalidad. Había muchas cosas de la señorita Mallory que le intrigaban, y le hubiera gustado hacerle unas cuantas preguntas.

—Me apetece mucho hacerlo. —Abrió la puerta, dio un paso atrás y enseguida miró hacia ella—. Espero que no tenga que incumplir ningún compromiso anterior, ¿verdad?

Era una forma muy astuta y sutil de averiguar si la señorita Mallory tendría a algún joven que se pudiera sentir decepcionado si la obligaban a trabajar por la noche.

Ella entonces le hizo una leve reverencia.

—En absoluto, mi lord. Generalmente tengo las tardes libres.

Generalmente tengo las tardes libres.

El hombre sonrió y siguió su camino.

CAPÍTULO 2

A la tarde siguiente, Addie se apartó un poco de la mesita donde acababa de poner la vajilla para tomar el té para observarla. Había puesto su tetera de porcelana rosa y blanca favorita, junto con un azucarero y una pequeña jarra de leche. Tres tazas con platillos a juego junto a una bandeja con sándwiches de berros y mantequilla, pepinos cortados en rodajas finas con queso crema y tartas de limón.

Cuando la puerta principal de la librería se abrió saludó a sus dos amigas. Todos los días, a las tres de la tarde, se reunían en *Once Upon a Book* para tomar el té. Lo llevaban haciendo desde que Addie se había instalado Bath.

Lottie había llegado a la librería el mismo día de su apertura para presentarse y hacer saber a Addie que, como ávida lectora, iba a ser una excelente clienta. Ella, a su vez, le había presentado a lady Pamela Manning, la tercera mujer de su grupo. Otra fugitiva de las fiestas de sociedad londinenses, Pamela, era la mayor, y tenía veintisiete años. Al igual que Addie, había sido un verdadero fracaso en el mercado matrimonial y había huido a Bath hacía tres años justo después de su quinta temporada asistiendo a las fiestas de la alta sociedad.

Pamela era una mujer bonita, aunque tremendamente tímida. Además, tenía un fuerte tartamudeo que empeoraba cuando se ponía nerviosa. Y en los eventos sociales siempre estaba inquieta.

Desafortunadamente, la familia de Pamela nunca aprobó que se fuera de Londres, por lo que decidió llevar una vida cómoda en un encantador apartamento cerca del centro de Bath, donde enseñaba piano y canto a señoritas para mantenerse. Igual que Addie se sentía atraída por los libros, a pesar de que le costaba leer, a Pamela le encantaba cantar, a pesar de las dificultades que tenía para comunicarse. Cuando cantaba nunca tartamudeaba, y tenía una voz de ángel.

Las tres mujeres se habían autodenominado con mucho humor: *Las Alegres inadaptadas de Bath*. Amaban sus vidas, disfrutaban de la compañía de los demás y no necesitaban de los hombres.

O eso decían.

Muy enfáticamente.

Cada vez que se reunían.

—¡M-me han pedido que ca-cante en una boda! —Dijo Pamela resplandeciendo de felicidad mientras se sentaba a la mesa y sacudía la servilleta blanca como la nieve para colocarla en su regazo.

Casi nunca tartamudeaba cuando estaba con sus amigas. Era una señal de que estaba emocionada y probablemente también de su nerviosismo.

—Oh, qué emocionante. —Lottie aplaudió—. ¿De quién es la boda?

—El señor Calvert y la señorita S-s-shepherd, que pertenecen a nuestra parroquia, se c-casan el próximo sábado. Tenían planeado que c-cantara su prima, pero está enferma y como están preocupados de que no se alcance a recuperar, me han p-pedido que participe.

—Eso es maravilloso. Qué gran oportunidad para demostrar tu talento.

Addie se estiró sobre la pequeña mesa de té y abrazó a su amiga.

Continuaron charlando mientras Addie servía té y pasaba la bandeja con sándwiches y pastelitos que recogía cada día en la panadería local. Cuando Addie cerraba la puerta principal y colocaba el letrero de "cerrado durante el almuerzo" era un momento muy agradable para ellas en el que disfrutaban de la comida.

—T-tengo un favor que pe-pediros.

Lottie colocó sus dedos sobre la mano de Pamela que reposaba sobre la mesa.

—Tranquilízate, cariño. Somos tus amigas.

—Lo sé. —Pamela respiró hondo—. M-me gustaría que vinierais a la boda.

Miró esperanzada a sus amigas.

Addie le dedicó una sonrisa brillante.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Yo tampoco —dijo Lottie.

—Muchas gracias. —Pamela dejó escapar un gran suspiro y tomó un sorbo de té—. Estoy muy n-nerviosa por cantar en público. Mi madre me obligó tantas veces a a-actuar para sus amigas que juré que una vez que me mu-mudara nunca volvería a hacerlo. Pero no pude rechazar al pa-párroco cuando me pidió que reemplazara al primo d-de la novia. Además, habrá un b-banquete de bodas en el salón de la iglesia, donde todos estamos bienvenidos. Cuando me re-reuní con el señor Calvert para hablar de la música le pregunté si podía traer a dos a-amigas me dijo que sí.

—Maravilloso. —Addie se limpió la boca—. Supongo que tendré que buscar en mi armario un vestido apropiado para ir una boda.

—Sí. Yo también —dijo Lottie, que se tragó lo que le quedaba de su sándwich y miró a Addie—. Anoche pasé por la librería y estabas cerrando. —Miró a Pamela y sonrió—. Estabas con un hombre.

Addie se encogió de hombros, esperando que el calor que sentía no se le notara en la cara.

—Era un cliente—dijo jugueteando con la servilleta y sin mirar a los ojos de su amiga.

Lottie volvió a mirar a Pamela, que observaba a Addie con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? Parecía que estabais charlando con mucha confianza.

—Bueno, por supuesto. —Addie levantó la barbilla, consciente de que lo más probable es que su cara estuviera roja como una remolacha—. Hablo con todos mis clientes. Es parte del negocio.

Lottie sonrió y se reclinó en su silla.

—Cierto. Pero... Era aproximadamente media hora después de la hora en que normalmente cierras.

Addie suspiró.

—Está bien. ¿Qué es lo que me estás preguntando en realidad?

Lottie se inclinó hacia delante, al igual que Pamela.

—¿Quién era ese hombre?

—De hecho, lo conoces, Lottie. Bueno, lo conociste. O mejor dicho, lo has visto. —Cuando Lottie inclinó la cabeza frunciendo el ceño, Addie añadió—: Cuando ayer estabas preguntando por tus novelas románticas justo entró lord Berkshire.

—Vaya. Sí. Ahora me acuerdo. —Lottie arrugó la nariz—. Me pareció bastante grosero.

—No realmente. Fue más bien abrupto. O impaciente, en realidad.

Recordó lo cómodo que se había sentido cuando le habló de su hijo y de sus esperanzas de ayudarle a aprender a comunicarse.

Pamela tomó su último sorbo de té.

—Ya que conoces su nombre y estuvo aquí anoche, después de la hora de cierre, cuéntanos más sobre él... —dijo sonriendo— Y tú.

—No hay un yo y un él. O él y yo, mejor dicho. Siempre me confundo con eso. De todos modos, estaba buscando un libro sobre el lenguaje de señas, y le dije que buscaría en todos los boletines de novedades que recibo de los editores para ver si podía encontrar alguno. —Miró de un lado a otro entre las dos—. Eso es todo. No hay ningún misterio. Nada de lo que estáis pensando.

—¿Cómo sabes lo que estamos pensando? —Dijo Lottie sonriendo y Pam asintió.

—Porque sois mis mejores amigas, y conozco esa mirada. Y ya que no tengo nada que deciros sobre su señoría, excepto que le estoy ayudando a encontrar un libro, ¿por qué no cambiamos la conversación a la boda de Pamela? —Miró a Pam—. ¿Qué vas a cantar? ¿Puedes elegir tus propias canciones, o son todas elegidas por ellos?

Afortunadamente, las amigas decidieron volver al tema de la boda y a lo que se pondrían. Para cuando ya habían decidido su vestuario, era la hora de que Addie volviera a abrir la librería. Las tres se abrazaron para despedirse. Lottie se iba al Hogar de Huérfanos, donde trabajaba como voluntaria un día a la semana, y Pamela volvía a casa para encontrarse con su próxima alumna poco entusiasmada.

Addie se miró al espejo una vez más y enseguida, satisfecha de que estaba lo suficientemente presentable para una boda, se puso los guantes y recogió su retícula. En vista del evento al que iba a asistir, dejó la bicicleta y ordenó que le trajeran su carruaje. Tenía que recoger a Lottie y a Pamela, e irían juntas a la iglesia.

Addie había estado presente en varias bodas de amigos, primos lejanos e incluso en la de la cocinera de la familia Mallory, que les presentó su renuncia al día siguiente. La recién casada hizo las maletas y partió con su nuevo marido escocés hacia el condado de Dumfries esa misma noche. Después sus comidas fueron bastante insípidas hasta que madre contrató a otra cocinera.

Por supuesto, cuando era más joven, Addie se había imaginado a sí misma como una novia en la iglesia, y con un caballero guapo, amable y considerado con sus inseguridades a su lado. Eso nunca sucedió, y en algún momento a lo largo de los años, había comenzado a ver las bodas como un recordatorio de que era algo que nunca le iba a ocurrir a ella. Pero aún así podía sentirse feliz por la felicidad de la pareja que se casaba.

Sin embargo, tenía muchas ganas de asistir a esa boda, ya que iba a cantar su íntima amiga. Pamela tenía una voz tan encantadora y dulce, e iba a ser maravilloso que todos la escucharan y apreciaran su talento.

El carruaje se detuvo en la casa de Lottie, y el conductor subió las escaleras para recogerla. Su amiga estaba maravillosa con un vestido de satén azul pálido con una capa de lana a juego y un sombrero floreado. Charlaron animadamente mientras se dirigían al departamento de Pamela.

Una vez más, el conductor bajó de un salto y se dirigió a la puerta principal. Cuando la puerta se abrió pudieron ver a Pamela hablando con el conductor, agitando las manos. Después de unos minutos, el hombre asintió, cerró la puerta y regresó al carruaje.

—Lady Pamela les ofrece sus disculpas, pero no puede asistir a la boda.

Las dos mujeres se miraron la una a la otra, horrorizadas.

—Oh, no, no puede hacer esto.

Addie se bajó del carruaje con Lottie justo detrás de ella y subieron corriendo las escaleras.

—¡Pamela!

Grayson entró en la iglesia donde su prima, Diana, se iba a casar con un joven al que aún no conocía. Pero confiaba mucho en su sentido común, y estaba seguro de que su elección era la correcta, y que el hombre no era un imbécil. Hacía tiempo que no veía a nadie de su familia. Una vez que los médicos determinaron que Michael era sordo, y que por eso solo gruñía en lugar de hablar, Grayson decidió evitar a su familia para no tener que escuchar sus críticas o sugerencias sobre cómo lidiar con su hijo.

Parecía que todo el mundo tenía una opinión sobre lo que había que hacer con Michael. Le decían de todo, desde que tenía que ingresarlo en un manicomio, hasta que había encerrarlo en alguna de sus propiedades con un cuidador. En otras palabras, sacar al niño de su vida y de su mente. Abandonarlo porque no era perfecto. Pero nada lo podía enfurecer más que escuchar esos comentarios.

Afortunadamente, una vez que escapó de Londres para instalarse en Bath, conoció una mujer muy devota que podía hacerse cargo del cuidado diario de Michael. La señora Banfield le leía señalando las imágenes de los cuentos, lo llevaba a pasear, le mostraba cómo manipular bloques y construir formas con ellos, e insistía en que podía aprender como cualquier otro niño, solo que de manera diferente.

Antes de obsesionarse con la otra amenaza, la apartó de su mente y se sentó en un banco. Teniendo en cuenta cómo había terminado su matrimonio, no tenía una gran opinión por la llamada felicidad conyugal, pero como todos los demás, iba a desearle lo mejor a la feliz pareja.

Le llamó la atención un pequeño barullo en la parte trasera de la iglesia. Cuando se giró vio a tres mujeres, dos de ellas prácticamente arrastrando a una tercera por el pasillo. Para su sorpresa, una de ellas era la señorita Mallory de la librería. Vio que

se inclinaba hacia la mujer del centro para susurrarle algo al oído. Eso pareció tranquilizarla, y las tres se dirigieron hacia el altar.

La señorita Mallory y otra mujer se sentaron muy cerca del altar. La pobre mujer a la que habían arrastrado por el pasillo respiró hondo y se sentó al piano. Ofreció una breve sonrisa a los reunidos y comenzó a tocar. A los pocos compases de la pieza, empezó a cantar y de inmediato captó la atención de todos los presentes.

Normalmente, los invitados a la boda continuaban hablando hasta que la novia hacía su aparición, pero el efecto hipnótico de la voz de la mujer detuvo todas las conversaciones. Quienquiera que fuera, cantaba como un ángel. La había visto antes, estaba seguro de que había tocado en algunos servicios dominicales a los que había asistido, pero nunca la había escuchado cantar.

A los pocos minutos, asintió con la cabeza a alguien en la parte trasera de la iglesia y sonaron las primeras notas del Coro Nupcial de Richard Wagner. La congregación se puso de pie y todo el mundo se volvió para ver a la novia avanzando por el pasillo. Su prima se veía impresionante. Siempre había sido una joven bonita, y ahora era una mujer muy hermosa. Por supuesto, la alegría y el amor en su rostro resaltaban su belleza.

Cuando la ceremonia comenzó, Grayson se dio cuenta de que su mirada vagaba todo el tiempo por la parte posterior de la cabeza de la señorita Mallory.

Alcanzaba ver parte de su perfil, que analizó mientras el párroco hablaba sin parar sobre la importancia del matrimonio. Algo en lo que había creído cuando él y Margaret tomaron sus votos en esta misma iglesia.

Amar, honrar y obedecer.

Resopló y asintió con la cabeza en señal de disculpa a la mujer que estaba a su lado, que lo miró con desaprobación a través de su monóculo.

Volviendo a sus pensamientos sobre la señorita Mallory, observó que era una de las pocas mujeres de la iglesia que no llevaba el equivalente a un nido de pájaro en la cabeza. El tocado de la señorita Mallory era un precioso sombrero de paja, con el ala

inclinada hacia arriba en la parte delantera y ribeteado con una cinta que terminaba con un lazo a la moda.

Algunos mechones de pelo escapaban del peinado haciéndole cosquillas en la piel cremosa de su cuello. Se mantuvo perfectamente quieta durante la toda ceremonia, con una leve sonrisa en su rostro. ¿Estaría pensando en su boda propia?

Cuando terminó la ceremonia los invitados formaron una fila para felicitar a los novios, y después se dirigieron al salón de la iglesia para tomar el banquete de bodas. Odiaba admitir que se había llevado una grata sorpresa cuando al entrar en el vestíbulo descubrió que la señorita Mallory y sus dos amigas también se encontraban allí. Como la otra noche había estado revisando boletines con ella, se animó a acercarse a ella.

Después de hablar con los miembros de la familia y hacer caso omiso de sus preguntas y sugerencias sobre Michael, avanzó en dirección a las mujeres.

—Buenas tardes, señorita Mallory. Señoritas.

Hizo una leve reverencia a las tres mujeres. Las mejillas de la señorita Mallory se tornaron de un inocente tono rosado cuando sus dos compañeras se volvieron hacia ella con las cejas levantadas.

—Buenas tardes, mi lord. —Se dirigió a sus dos amigas. —Amigas, os presento a lord Berkshire.

Ambas damas le hicieron una leve reverencia.

—Mi lord, permítame presentarle a la señorita Charlotte Danvers y a lady Pamela Manning.

Grayson sonrió en dirección a lady Pamela.

—Permítame felicitarla por su maravillosa actuación en la ceremonia. Realmente tiene una voz maravillosa.

—G-gracias, mi l-lord. Reconozco que estaba bastante nerviosa.

Lady Pamela se sonrojó y se palmeó el labio superior húmedo con el pañuelo. Grayson ignoró su tartamudez, y apreció aún más su actuación. Le asombraba que alguien con ese problema pudiera cantar y no perderse ni una nota.

Sacudió la cabeza.

—No tenía razón para estarlo. Su actuación fue excelente.

—Claro que sí, Pamela.

La señorita Mallory abrazó a la joven, mirándolo por encima del hombro.

—Gracias —murmuró ella.

—¿Es usted amigo del novio, mi lord? —Preguntó Lottie.

—La señorita Shepherd, o más bien la señora Calvert ahora, es mi prima.

—Ahí estás, Grayson. ¿Te has estado escondiendo de mí?

Grayson gimió para sus adentros mientras su tía Mary se abría paso entre la multitud, golpeando con su bastón lo suficientemente fuerte como para hacer un agujero en el suelo.

—Buenas tardes, tía. Es un placer verla.

La mujer volvió a golpear su bastón, sin tocar el pie de Grayson por poco.

—No solo te estás escondiendo de mí, sino que ahora también me mientes. Nadie se alegra de verme. Uno de los beneficios de ser vieja es que puedes hacer que muchas personas se sientan incómodas y no te importe porque tienen que seguir siendo amables contigo en el caso de que todavía estén en tu testamento.

Señaló con el bastón en dirección a las tres mujeres.

—¿Quiénes son estas señoritas?

De todas las personas con las que se iba a ver obligado a tratar ese día, la tía Mary era quizás la menos difícil. Aunque era brusca, y lo algunos dirían que hosca e irritable, siempre había sido su tía favorita.

Cuando era niño había pasado todos los veranos con ella mientras sus padres se iban de viaje. El resto del tiempo, estaba en la escuela. Esto significaba que veía a sus padres aproximadamente durante medio día, una vez al año. Durante la mañana de Navidad, en su enorme finca en el condado de Shire, donde todos se reunían en el salón e intercambiaban regalos. Después su madre y su padre se despedían de él con un beso, y enseguida se dirigían a Londres para hacer la ronda de fiestas navideñas de moda.

Al final tomaba la cena de Navidad con el personal de la cocina, que lo adoraba y le daba los regalos que realmente deseaba,

en lugar de los objetos caros que habían traído sus padres para un niño al que apenas conocían.

—Le presento a la señorita Mallory, la señorita Danvers y lady Pamela —Hizo un gesto hacia su tía—. Les presento a mi tía, lady Witherspoon.

Las tres damas hicieron una reverencia, lo que hizo sonreír a su tía. Algo que no sucedía tan a menudo.

—Qué señoritas tan encantadoras. —Dio un apretón en el brazo de Grayson—. Deberías quedarte con alguna. Es hora de que dejes atrás esas tonterías con Margaret y te cases de nuevo. —Volvió a golpear su bastón—. Necesitas una madre para tu hijo. Alguien que también vele por los interesases del niño y luche de su lado contra tus parientes codiciosos.

Grayson miró de reojo a las tres damas, agradecido de que estuvieran hablando en voz baja entre ellas, aunque sin estar seguro de si podían estar escuchando a la tía Mary.

—Tía, este no es el momento ni el lugar para hablar sobre esto.

—¡Ja! Debes venir a tomar el té conmigo la próxima vez que estés en Londres. Avisa cuando estés disponible, ya que sé que te quejarás de que estás demasiado ocupado como para pasar un rato con tu anciana tía. —Cuando comenzó a alejarse se volvió y le apuntó con el bastón—. El té se sirve exactamente a las tres. No llegues tarde. Y trae a tu hijito. Me recuerda a ti.

Las tres mujeres interrumpieron su conversación de golpe, lo que le hizo pensar que habían escuchado todo lo le había dicho la tía Mary pues sabían que se habían despedido. Se aclaró la garganta.

—¿Puedo acompañarlas a una de las mesas? Creo que la comida está a punto de comenzar.

Extendió el brazo hacia la señorita Mallory, y las otras dos damas los siguieron. Se fijó en las sonrisas que sus amigas lanzaban hacia él, y en el ligero rubor que de nuevo tenía el rostro de la señorita Mallory.

Estaba realmente fascinado por esa mujer. Obviamente era una dama, muy probablemente miembro de la *alta sociedad*. ¿Por qué alguien como ella podía estar soltera y ser dueña de una librería en Bath?

Pero la verdadera pregunta era por qué todo eso le importaba.

CAPÍTULO 3

Lo más probable es que la cara de Addie se mantuviera perpetuamente roja mientras lord Berkshire continuara prestándole atención. Por alguna razón la ponía nerviosa, y no tenía idea de por qué. Bueno, no era estúpida, al fondo de su mente pensaba que tal vez pudiera sentirse atraído por ella, pero lo descartó de inmediato por ridículo y temerario.

Había tenido seis años para conseguir atraer a un pretendiente y fracasó por completo. Horriblemente. Pero ahora que su vida era exactamente como ella quería que fuera, ¿esperaba que le apareciera un pretendiente? Claro que no. El destino no podía ser tan cruel. Por eso su atención no era precisamente romántica.

Grayson le retiró el asiento, y enseguida hizo lo mismo con Lottie y Pamela. Mientras se acomodaban, otra pareja se unió a ellos. El hombre sin duda estaba relacionado con lord Berkshire, ya que tenían rasgos eran parecidos. Berkshire se puso de pie de nuevo.

—Hace tiempo que no te veo, Berkshire. ¿Dónde te has estado escondiendo? —El hombre saludó brevemente con la cabeza a Addie y a sus dos amigas—. ¿Quiénes son tus invitadas?

Como estaba sentada a su lado, parecía que nadie más que ella oyó el quejido de lord Berkshire ante las palabras de ese hombre.

—Señoritas, permítanme que les presente a mi primo, el señor Samuel Newman, y a su esposa, Emily.

Pamela Lottie y ella saludaron en dirección a la pareja.

Berkshire continuó.

—Samuel, te presento a lady Pamela, la señorita Danvers y la señorita Mallory.

El señor Newman se echó a reír a carcajadas.

—¿Y cuál es la tuya, eh, Berkshire? —Le guiñó un ojo. —¿O lo son las tres, tal vez? No te lo perdonaría. —Dijo apartando el asiento

de su esposa y se sentó a su lado.

Addie juró que oyó el rechinar de dientes de lord Berkshire.

—La señorita Mallory y yo nos conocemos por su librería. Está buscando un libro para mí. Lady Pamela y la señorita Danvers son sus amigas.

El señor Newman miró a los cuatro de reojo.

—¿Y qué clase de libro sería ese? ¿*Ménage à trois*? ¿O hay una palabra francesa para cuatro? Si existiera algún término para eso, sería en francés.

Su señoría se levantó parcialmente de su asiento, con la mandíbula apretada y los puños apretados.

—Te has pasado, Samuel. Exijo una disculpa a estas señoritas. —Miró en dirección a la señora Newman—. Y a tu mujer también.

El rostro del hombre pasó de lascivo a desdeñoso.

—Cálmate, Berkshire. Nunca has tenido sentido del humor.

—Insultar a una mujer en mi presencia no es una broma, y de nuevo, te exijo que te disculpes con estas damas, o nos encontraremos fuera.

El señor Newman trató de mantener su expresión graciosa, pero era obvio que sabía que lord Berkshire estaba hablando en serio.

—Muy bien. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección en dirección a ellas y su sonrisa se desvaneció—. Por favor, acepten mis disculpas, señoritas. No quise faltarles al respeto.

El silencio se apoderó del grupo cuando los camareros comenzaron a las sacar bandejas de comida que iban colocando en cada mesa. Mientras tanto, los sirvientes servían vino para los invitados. Normalmente, no estaban permitidas las bebidas alcohólicas en el salón de la iglesia, pero, al parecer, los novios habían logrado eludir esa regla. Probablemente también habría un baile.

Después de unos minutos de silencio, el señor Newman la miró a ella, a Lottie y a Pam, y alzó las cejas.

—¿No eres tú quien cantó durante la ceremonia?

Pam sonrió.

—Sí. Era y-yo.

Pero, si el señor Newman hacía un comentario sobre la tartamudez de Pam, iba a ser Addie la que saltara en la mesa y se enfrentaría a él.

—Parece que sus amigas la tuvieron que persuadir para que lo hiciera. —Dijo sonriendo mientras miraba alrededor de la mesa, probablemente refiriéndose a que habían tenido que arrastrar a Pam por el pasillo.

Lord Berkshire, Addie, Pam y Lottie se quedaron mirándole. La señora Newman mantuvo su mirada hacia abajo, como si nunca antes hubiera visto un plato de comida.

Al darse cuenta de que no iba a obtener una respuesta a esa pregunta, el señor Newman se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su comida. El resto de la cena fue bastante incómodo, y solo se hicieron comentarios del tipo: "esto está delicioso" a "me pregunto si mi cocinera puede preparar esto". Tan pronto como se retiraron los platos del postre, una orquesta de tres músicos comenzó a tocar un vals.

Su señoría dobló su servilleta y la colocó frente a él. Se volvió hacia Addie, y le preguntó:

—¿Puedo tener el honor de que baile conmigo, señorita Mallory?

Se había reservado un espacio en la parte delantera del salón de la iglesia para la orquesta y los invitados que desearan bailar. Por lo general, Addie prefería quedarse al margen, donde había estado en numerosas fiestas de sociedad, y además se sentía un poco nerviosa por sus habilidades para el baile, ya que rara vez bailaba.

—Me temo que mis capacidades para bailar no están a la altura, mi lord, ¿tal vez un paseo por el salón?

Grayson le retiró la silla y la tomó del brazo. La sala era lo suficientemente grande como para que pudieran dar un paseo sin interferir con los bailarines. Al cabo de unos minutos, cuando estaban disfrutando de un cómodo silencio, Grayson dijo:

—Debo disculparme por mi primo. Samuel nunca ha sabido cuándo hay que cerrar la boca. A menudo siento lástima por su esposa, que es una mujer dulce, pero es difícil saberlo ya que rara vez le da la oportunidad de decir algo.

Antes de que ella pudiera responder, agregó:

—Y aprovechando el capítulo de disculpas y penitencias, tal vez debería incluir una petición de perdón para mi tía, lady Witherspoon. De hecho, es mi tía abuela. La hermana de mi abuelo.

Eso hizo reír a Addie.

—No, por favor no sientas la necesidad de disculparte por ella. Todos tenemos gente así en nuestra familia. Me da la impresión, sin embargo, de que le tienes mucho cariño.

Una cálida sonrisa adornó su rostro.

—Sí. Si no hubiera sido por la tía Mary, no habría tenido infancia. Pasé todos los veranos con ella cuando era niño. Tiene una maravillosa finca en el campo con las distracciones suficientes como para que un muchacho se divierta.

—Ah. ¿Eras un joven problemático, entonces? —Preguntó Addie.

—Lo más probable es que no más que cualquier otro niño. Porque, por muy autoritaria que parezca, mi tía me permitía jugar con los hijos de la criada. —Se echó a reír—. Mi padre se habría horrorizado si lo hubiera sabido.

Un destello de tristeza apareció en sus ojos, pero desapareció tan rápido que Addie no estaba segura de haberlo visto en realidad.

A la luz de esa declaración, Addie decidió cambiar de tema.

– Háblame de Michael.

El rostro de lord Berkshire se iluminó de inmediato. Le asombraba la facilidad con la que podía cambiar su estado de ánimo y cómo se notaba en su rostro. Nunca iba a tener éxito jugando a las cartas. Pero su honestidad la emocionaba.

—Es un niño extraordinario. Como te dije, es sordo pero muy inteligente. Cuando cumplió tres años y todavía no hablaba, me preocupé en serio. No es que no estuviera preocupado antes, pero como su madre falleció siendo muy pequeño pensé que tal vez esa fuera la razón de su retraso.

Había habido rumores sobre la muerte de lady Berkshire, pero Addie no sabía más que había muerto en circunstancias dudosas. Pero a pesar de la curiosidad que sentía por la muerte de su difunta esposa, era una pregunta demasiado personal. Aunque

aparentemente le estaba prestando atención, lord Berkshire seguía siendo simplemente uno de sus clientes, un simple conocido. Ni siquiera había ascendido a la categoría de "amigo".

Volvió su atención hacia él que continuaba hablando.

—Después, llevé a Michael a varios médicos. Uno en París especializado en los problemas del habla de los niños. Allí fue donde me enteré de que Michael es sordo. Como no puede oír a la gente hablar, no puede hacerlo él mismo. — Giraron en semicírculo al llegar al extremo de la habitación—. Me sentí muy culpable por no haberlo detectado por mí mismo. —Cuando la miró su rostro parecía una máscara de la culpa—. ¿Cómo un padre podía no haberse dado cuenta que su hijo no podía oír?

Addie pensó que la mejor pregunta era cómo podía una madre no darse cuenta de que su hijo no podía oír, pero se lo guardó para sí misma.

—En mi familia intentaron convencerme de que el médico estaba equivocado, argumentando que Michael sufría idiotismo.

—Lo siento, mi lord, pero no estoy familiarizada con esa palabra.

Grayson vaciló un momento.

—Significa que tiene déficit inteligencia. Que es incapaz de aprender nada. —Sacudió la cabeza—. Siempre me he negado a creerlo. Tengo una mujer encantadora que vive con nosotros para cuidar a Michael, la señora Banfield. Ella dice que es inteligente, y que está aprendiendo a muy buen ritmo.

—Entonces, ¿por eso que has decido que aprenda el lenguaje de señas?

—Sí. El mismo médico de París me habló de una escuela que enseñaba a niños sordos, la *Institution Nationale des Sourds-Muets de París.* Allí supe sobre el lenguaje de señas. Pero no quiero enviar a Michael solo a la escuela de París, y no puedo acompañarlo porque tengo asuntos aquí que necesitan de mi atención.

—En lugar de comprar un libro sobre el tema, ¿no sería más práctico encontrar a alguien que conozca el lenguaje de señas y que se lo enseñe a Michael? Y me imagino que a usted también, para que se pueda comunicar con su hijo.

Continuaron avanzando, pero Berkshire siguió mirándola fijamente hasta que Addie sintió la conocida turbación que le subía desde la cintura hasta la cara.

—¡Es una idea maravillosa! —La tensión de su cuerpo desapareció de pronto, y sonrió—. Si no tiene cuidado, señorita Mallory, le volveré a hacer una declaración inapropiada y le diré que debería besarla para agradecerle su consejo.

Grayson se fijó en que la señorita Mallory se había ruborizado por completo. Era tan inocente. Evidentemente, el hecho de que un hombre al que apenas conocía le sugiriera dos veces en su breve relación que debía besarla pondría nerviosa a cualquiera.

No entendía por qué estaba tan encantado con la señorita Mallory. Era guapa, por supuesto, y tenía una figura maravillosa, pero más que eso, lo que realmente le atraía era su inteligencia y bondad.

También le había atraído Margaret antes de que destruyera su vida. Todo lo que le dijo había sido falso. Tenía unos labios dulces y besables que escupían mentiras. Tras la muerte de su esposa había jurado que nunca más permitiría que una mujer se infiltrara en su corazón, pues terminaría por hacerlo añicos, y después, esparciría los restos al viento. Además, riéndose.

No, no iba a permitir que eso volviera a suceder, pero aún así sentía que podía ser amigo de esta mujer que tanto le fascinaba.

—Admiro lo abierta y tolerante que es con el defecto de mi hijo.

Estudió su rostro durante un minuto y luego pareció tomar una decisión.

—Yo también tengo mis propios defectos.

En ese momento, la música llegó a su fin y las parejas se dirigieron a sus asientos. No quería renunciar a su compañía, pero tampoco quería alejarla de sus amigas si era con quien prefería estar. Quería pasar más tiempo con ella, pero no tenía forma de conocer sus sentimientos al respecto.

De todos modos, decidió dar el paso.

—¿Le importaría continuar el paseo por fuera, señorita Mallory? Creo que me vendría bien un poco de aire fresco. Podríamos ir por el camino que va desde el salón de la iglesia hasta la rectoría, y después regresamos.

Addie solo tardó un par de segundos en sonreír y asentir:

—Sí. Creo que a mí también me vendría bien un poco de aire fresco.

El sol había desaparecido detrás de las nubes después que de que entraran al salón de la iglesia, y hacía un poco de frío.

—¿Tiene frío? Podemos volver si lo desea.

– No. Estoy bien.

Tomó el brazo que le ofrecía y comenzaron a caminar.

Pasaron unos minutos, y la señorita Mallory dijo:

—Tengo *ceguera a las palabras*. —Le dijo sin mirarlo a él, sino al frente.

Grayson frunció el ceño.

—¿Tiene usted un problema en la vista?

Addie le ofreció una breve sonrisa y lo miró.

—No. Es algo que se llama *ceguera a las palabras*. Es una forma extraña de describirlo, pero lo que en realidad significa es que veo las cosas, las palabras en su mayoría, diferentes a como las ven las demás personas.

—No lo entiendo. ¿Se refiere al daltonismo?

Addie respiró hondo.

—No, no es eso. Me temo que yo tampoco lo entiendo demasiado bien. Lo único que sé es que cuando leo, debo ir despacio porque cambio las letras. —Lo miró encogiéndose de hombros—. No sé cómo explicarlo mejor. Cuando alguien ve una letra 'd', por ejemplo, a mí me parece que es otra. Pero para hacerlo más confuso, no me sucede todo el tiempo. A veces veo una 'd' como una 'd', y otras la veo como una 'b'.

>Como tiendo a perderme cuando estoy leyendo, tengo que imaginar el resto de la frase. A veces solo puedo hojear la página, y mis ojos se posan sobre ciertas palabras que me dicen lo que el autor está contando en esa página.

Berkshire soltó un silbido lento y negó con la cabeza.

—¿Por eso me dijo que no era una lectora voraz a pesar de tener una librería?

—Sí —dijo suspirando—. Sorprendentemente, me encantan los libros. Siempre ha sido así. Pero ellos, desafortunadamente, no me quieren tanto.

Qué curioso era que la única persona que le había mostrado comprensión y simpatía por Michael también tuviera su propio problema. Por otro lado, no había nada de extraño en ello. Lo más probable es que hubiera tenido que lidiar con críticas e incomprensiones durante toda su vida.

—Además, —continuó—, también me confundo con las direcciones. Lo que quiero decir es que no solo me cuesta saber cuál es la izquierda y la derecha, sino también adelante y atrás, arriba y abajo. —Le ofreció una pequeña sonrisa, algo autocrítica—. Mis padres siempre tenían miedo cuando salía de casa.

¡Qué mujer tan increíble! No solo vivía con esa inusual dolencia, sino que había tenido el coraje de abrir un negocio.

—Es usted una persona increíble, señorita Mallory.

Addie se detuvo.

—Gracias, mi lord.

Se sonrojó de nuevo y le hizo una ligera reverencia, aparentemente para aligerar la conversación.

—Me dijo que sus padres le permitieron cumplir con su sueño de tener una librería. ¿Viven también en Bath?

—No. Viven en Londres. Me costó un poco convencerlos de que estaría bien por mi cuenta. Sin embargo, insistieron en que me trajera a una dama de compañía, ay, a mi edad, detesto esta palabra, la señora Wesley.

Cuando rodearon la rectoría regresaron al salón de la iglesia. El aire se había vuelto más frío, y Grayson se dio cuenta de que ella se frotaba los brazos arriba y abajo.

—¿Quiere ponerse mi chaqueta?

—No. Muchas gracias, ya casi estamos de vuelta en el salón de la iglesia. —Y casi como un segundo pensamiento, dijo—: Supongo que por lo que hemos hablado no se acuerda de mí.

Grayson frunció el ceño.

—¿Perdone?

La señorita Mallory observó las últimas flores de verano que había junto al camino.

—He sido sometida a seis años de fiestas de sociedad en Londres. Lo he visto varias veces con sus amigos en algunos eventos.

—¿Ah, sí?

¿Cómo no iba a acordarse de ella?

Addie asintió.

—No se preocupe, mi lord. No soy del tipo de mujer que llama la atención a los caballeros. Si me vio, probablemente fue acercándome a un sirviente que llevara una bandeja con bebidas.

Grayson se esforzó por no mostrarle lástima. Con el coraje que había tenido esa mujer, lo último que merecía era que sintieran lástima por ella.

—Ah, así que por eso huyó a Bath.

—Me gusta pensar que no estaba escapando. Lo comparo con correr hacia, más que con huir de...

—Una muy buena manera de pensarlo. —Habían llegado al final del camino que los llevaba de vuelta al salón de la iglesia—. Gracias por el paseo. La acompañaré al salón y enseguida me iré. Prometí a Michael que le iba a leer.

Cuando entraron en la sala los saludó el ruido de decenas de conversaciones. La orquesta tocaba otro vals, y había varias parejas en la pista de baile. Grayson llevó a la señorita Mallory a la mesa, retiró su silla e hizo una leve reverencia al resto de personas que había en la mesa.

—Les deseo a todos un buen día.

Con esas palabras giró sobre sus talones y se dirigió hacia los novios. Les ofreció sus felicitaciones y les explicó que se marchaba pronto por una promesa que había hecho a Michael.

—Le enviamos nuestro amor, —dijo Diana, quien quizás era su prima favorita por ser una de las pocas personas que no miraba a Michael como una rareza—. Debes venir a visitarnos con Michael cuando hayamos regresado de nuestro viaje de bodas.

—Cuando vaya a Londres, seguramente os envíe un mensaje. Disfrutad de vuestro viaje.

Estrechó la mano del señor Calvert, el nuevo marido de Diana, y se dirigió a la puerta.

—Recuerda venir a verme, joven. —La tía Mary golpeó su bastón un par de veces cuando pasó junto su mesa.

Grayson se inclinó hacia ella y le besó su curtida mejilla.

—Iré a verte.

—Y trae también a tu mujercita.

No tenía sentido explicarle a tía Mary que no había ninguna mujercita y, si cumplía con su palabra, nunca más la habría.

Mentiroso.

CAPÍTULO 4

El lunes siguiente después de la boda, Addie estaba repasando sus libros de contabilidad sentada en su pequeño escritorio en la parte trasera de la tienda. Era una tarea laboriosa y, con su problema, casi tortuosa. Pensaba contratar a un contable cuando el negocio pudiera asumir su sueldo. Pero hasta entonces, se obligaba a revisar poco a poco las cuentas, para que no se le acumularan.

Había dos mujeres revisando las estanterías, y comentaban entre ellas varios libros que habían hojeado. Otra mujer con un niño pequeño se encontraba ante la estantería de libros infantiles. Realmente tenía que pensar en hacer más pedidos de literatura para niños. Su sección infantil ganaba visitantes cada semana.

El día anterior, una lluvia torrencial y una tormenta de viento le habían impedido asistir a la iglesia, algo que nunca hacía. Además estaba poco resfriada, por lo que había decidido quedarse en casa con un ponche caliente, y así quedaría bien con el Señor. Su lectura más reciente había sido *Orgullo y prejuicio* de la señorita Austen. A pesar de ser un libro antiguo, disfrutaba mucho leyendo historias de tiempos pasados.

La señorita Austen había vivido en Bath durante un corto período de tiempo. Se rumoreaba que no le interesaba la ciudad, pero había algunos lugares de los que sí había disfrutado. En cualquier caso, no debía haberle disgustado demasiado, ya que dos de sus libros estuvieron ambientados en Bath: *La abadía de Northanger* y *Persuasión*.

Como era habitual, el día siguiente tras la tormenta trajo un día claro y fresco, y un sol brillante. Los rayos dorados que entraban por la ventana la inundaban de calor y de luz. Alzó la vista al oír el timbre de la puerta. Un caballero desconocido para ella entró y miró a su alrededor.

Addie se levantó de su escritorio y se dirigió el frente de la librería.

—Buenos días, señor. Soy la señorita Mallory, propietaria de *Once Upon a Book*. ¿Hay algo en particular que le interese?

—Sí. —Dijo sonriendo— Usted.

Addie se sobresaltó.

—¿Disculpe?

—He venido a verla —dijo y se sacó el bombín, se lo metió bajo el brazo e hizo una gran reverencia—. Soy lord Featherington. Mi madre es amiga de la suya, y como justo iba a hacer un viaje de negocios a Bath, me pidió si podía pasar a verla. Tal vez podríamos salir a cenar o al teatro.

Oh, madre, no. Por favor, no.

Como nunca hubiera esperado verlo fuera de un salón de baile de Londres, no lo había reconocido de inmediato. Pero lord Featherington era alguien conocido para ella. Desgraciadamente.

—Qué bueno que venga de visita nuestra ciudad, mi lord. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

Le guiñó un ojo. ¡Un guiñó de verdad!

—Depende.

Pero ella no le iba a seguir el juego preguntándole más cosas sobre su visita.

—Bueno, espero que tenga una estancia maravillosa. Estoy bastante ocupada en este momento, si quiere echar un vistazo, estoy segura de que algo tendremos que sea de su interés.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, se arrepintió. Tal como ella temía, el hombre inmediatamente las usó en su contra.

—Ya he encontrado algo, o debería decir a alguien, que despierta mi interés.

Addie se lamentó para sí misma. El señor Featherington era la versión masculina de ella. No era hábil socialmente, y tenía la horrible costumbre de chocarse contra las cosas que ella lograba pasar por alto. Había sido testigo de cómo se había caído en el Serpentine persiguiendo a su perro, o cómo salía despedido por tomar una esquina demasiado rápido, y cómo, al saltarse el último escalón justo entrar en un salón de baile, se había tropezado con lady Montrose, haciendo que ambos cayeran al suelo.

Solo podía imaginar el desastre que se podría producir si unían fuerzas y provocaban un desastre en un restaurante o en un teatro. Se estremeció al pensar en lo que les podría pasar en una carnicería.

—Por mucho que me guste salir a cenar o al teatro, tengo una agenda bastante apretada. —Hizo un gesto en dirección a las estanterías—. Llevar la librería me ocupa casi todo el tiempo.

Él negó con la cabeza y le ofreció lo que ella pensó que era una sonrisa encantadora. Pero realmente le pareció como si fuera un cachorrito a la espera de que le dieran una palmadita en la cabeza.

—Me niego a creer que ni siquiera se tome un descanso para almorzar o para cenar. La recogeré aquí a las seis, que es la hora que cierra segú dice su cartel. —Le hizo un gesto con el dedo en la cara—. No aceptaré un no por respuesta, ya que debo contárselo todo a mi madre cuando regrese a Londres.

Oh. Apuesto a que es verdad. Sus madres debían estar esperando conteniendo la respiración.

La única forma que tenía de poder negarse era ser abiertamente grosera, y su madre bien podría venir hasta Bath para castigarla en persona si lo hacía. Lo último que quería era otra visita de su madre. Todavía no se había recuperado de la vez anterior.

—Entonces, si insiste —dijo con una sonrisa forzada.

—Sí. —Le tomó una mano y la miró fijamente a los ojos—. Entonces la veré a las seis.

Con esas palabras giró sobre sus talones, se dirigió hacia la puerta, casi chocó con una mesa con libros, y se fue. Addie respiró aliviada de que no hubiera pasado nada en la tienda.

Grayson se detuvo frente a *Once Upon a Book* y soltó la mano de Michael para alisarse el cabello y revisar su imagen. Grayson no podía entender cómo el niño, que no había hecho más que ir en el carruaje, salía como si hubiera estado rodando por las colinas del parque. Parecía que los niños de cuatro años tuvieran su propia forma de desarreglarse. Debería aprenderlo de una vez pues él mismo también había sido un niño en algún momento.

Quería explicarle a Michael que iban a visitar a una amiga, pero hasta que encontró la manera de comunicárselo, se sintió muy

frustrado por el maldito silencio. Le dedicó una cálida sonrisa, con la esperanza de que le dijera que se trataba de un lugar agradable.

Tomó su mano una vez más, abrió la puerta de la tienda y entró. La señorita Mallory estaba en el fondo de la tienda, sentada en un escritorio, encorvada sobre un libro de contabilidad. Se dirigió hacia ella, y se fijó en que había cuatro clientes hojeando libros. Volvió a mirar su reloj. A propósito, había programado su llegada cerca de la hora de cierre con la esperanza de poder convencerla de que cenara con ellos.

—Buenas noches, señorita Mallory.

Addie alzó la vista y una brillante sonrisa iluminó su rostro, muy parecida a la suya. Debía de estar trabajando con sus libros porque su cabello caía en pequeños mechones cerca de las sienes y las orejas. Tenía una mancha de lápiz en la barbilla y llevaba abierto el botón superior de la camisa. Sin embargo, se veía tan atractiva que a Grayson le costó hablar y controlar los latidos de su corazón.

—Me gustaría presentarle a mi hijo, el señor Michael Thompson, vizconde de Falmouth.

Addie empujó la silla hacia atrás y rodeó el escritorio para ponerse en cuclillas frente a Michael. Lo cogió de las mejillas, le colocó sus pulgares en el cuello, y le habló directamente.

—Un título tan impresionante para un niño tan pequeño. Hola, Michael —dijo con una gran sonrisa.

Evidentemente, Michael no sabía lo que le estaba diciendo, pero con la sonrisa le dijo todo lo que necesitaba saber pues le respondió sonriedo.

Grayson se quedó atónito al ver que a Addie se le habían saltado las lágrimas.

—Es hermoso.

Maldita sea, odiaba que se le aceleraran los latidos del corazón y el calor que sentía por dentro. Esa mujer era ser peligrosa para él. Sin embargo, se sentía atraído por ella como una polilla al fuego. E igual que una polilla, si continuaba bailando a su alrededor, jugando con sus límites, y acercándose cada vez más a ella, iba a acabar abrasado.

Sin embargo, disfrutaba de su compañía y de que se interesara por su hijo, por lo que solo debía mantenerla a cierta distancia para proteger su corazón. Y evitar ser incinerado.

—Ya sabemos lo que vamos a comprar —había regresado uno de los clientes al escritorio de la señorita Mallory.

—Sí. Por supuesto. —La señorita Mallory puso una mano sobre la cabeza de Michael, y le habló directamente a la cara—. No tardaré mucho.

Mientras ella charlaba con sus clientes, cobraba el dinero y envolvía libros, Grayson llevó a Michael a la sección de niños de la tienda y sacó algunos libros. Se sentaron en el banco de madera situado a lo largo de una pared, cerca de la ventana.

A pesar de que sabía que el niño no podía oír, la señora Banfield pensaba que debían leerle en voz alta. Así se dio cuenta de que los ojos de Michael se movían de la página a la boca, de un lado a otro, todo el tiempo que estaba leyendo. ¿Estaba aprendiendo a leer los labios?

Al cabo de unos quince minutos, la señorita Mallory se unió a ellos.

—Creo que probablemente va a ser el último cliente del día.

Grayson miró su reloj.

—Sí. Son casi las seis.

Addie acarició casualmente el cabello de Michael mientras él continuaba pasando las páginas de un libro ilustrado.

—Quiero que sepa que he estado buscando, he preguntado a los vendedores de las editoriales y he escrito cartas intentando encontrar libros sobre lenguaje de señas.

Grayson asintió.

—Realmente lo aprecio. Envié una carta al director de la *Institution Nationale des Sourds-Muets à Paris.*

—Excelente idea. Estoy segura de que podrá ayudarlo en su búsqueda. ¿Ha conseguido encontrar a alguien que conozca el lenguaje de señas y pueda enseñárselo a los dos?

—Desde que envié esa carta a París, he descubierto que existe la Real Escuela para Niños Sordos en Londres, que está, por supuesto, mucho más cerca que París. También les he enviado una

carta a ellos. Lo que pregunté en mis dos cartas a las escuelas fue si conocían a alguien en esta área que pudiera enseñar el método. —Sacudió la cabeza y miró a su hijo que estaba hojeando felizmente las páginas de un libro—. Si no puedo encontrar a alguien que venga, tendré que llevar a Michael a Londres e inscribirlo en la escuela.

La señorita Mallory le entregó a Michael otro libro cuando cerró el que había estado mirando.

—¿Y lo tendrá que acompañar?

Grayson asintió.

—Tendría que hacerlo. Es demasiado joven para quedarse en una escuela sin nadie cerca con quien contactar en caso de emergencia. Por mucho que no quisiera mudarme a Londres, no tendría otra opción. Al menos puedo manejar mis asuntos desde allí, por lo que no sería una carga tan pesada como sería irse París. —Sonrió—. Lo malo es que no me gusta Londres.

En ese momento, sonó el timbre.

—Oh, espero que sea un cliente que no quiera quedarse mucho tiempo. —Addie miró el reloj que llevaba atado al corpiño. Se puso de pie y se sacudió sus faldas—. Son las seis. Tendré que decirles que regresen mañana.

—Ahí está. Pensé que se estaba escondiendo de mí. —Un hombre corpulento de unos treinta años se acercó a ellos y tomó la mano de la señorita Mallory— He venido para nuestra cita para cenar.

¿Cita para cenar? A Grayson se le hizo un nudo en el estómago y todo lo competitivo y masculino que había en él emergió a la superficie.

—Buenas noches, mi lord. No me di cuenta de que ya eran las seis.

La mentira se deslizó de su lengua como si fuera una miel tibia. Como estaba disfrutando de su conversación con lord Berkshire y su encantador hijito, había olvidado por completo su «cita» con lord Featherington.

Le molestaba la sola idea de tener que pasar las próximas horas con ese hombre. No solo no tenía ningún interés por él, y

nunca lo tendría, sino que la idea de que su madre conspirara con la madre de Featherington para que viniera a Bath a cortejarla aumentó aún más su enfado.

Lord Featherington miró a Berkshire.

– Berkshire. —Bajó la cabeza bruscamente.

– Featherington. —Saludó también con la cabeza.

Por supuesto que se conocían ya que ambos eran aristócratas. Se miraron el uno al otro como dos perros tras el mismo hueso. De alguna manera, Addie estaba contenta, ya que nunca antes le había pasado algo así. Pero no podía evitar tener que enfrentarse a pasar una velada con lord Featherington.

De pronto, se le ocurrió una idea mordazmente brillante. Apartó su mano de la mano sudorosa de Featherington y se volvió hacia lord Berkshire.

—¿Le importaría unirse con Michael a lord Featherington y a mí para cenar?

Featherington abrió la boca, supuso que se opondría, pero los buenos modales le hicieron cerrarla rápidamente. Pero después de un momento de vacilación, dijo:

—Sí. ¿Por qué no os unís a nosotros tú y el niño?

Berkshire lanzó una mirada inquisitiva a Addie. Ella asintió levemente y sus ojos se clavaron en él, lo que lo animó a decir:

—Sí. Podría ser agradable.

—Me reuniré con ustedes en un minuto. Solo necesito lavarme las manos.

Addie corrió a la habitación trasera donde guardaba agua, un peine, un cepillo de dientes y polvos dentales. Mientras se ocupaba de sus necesidades, estuvo todo el tiempo quejándose de la interferencia de su madre, y de tener que salir con lord Featherington.

Había bailado con él un par de veces en algunos eventos, y entre sus errores y los suyos, además de sus constantes resoplidos y de que tenía que secarse la frente, había sido tono bastante desagradable. Al menos ahora solo los esperaba una cena y, con suerte, todo saldría bien.

Después lavarse regresó con los hombres sintiéndose menos sucia.

—Estoy lista.

Ambos hombres le extendieron sus codos. Ella los esquivó a ambos y tomó la mano de Michael. Featherington la miró con el ceño fruncido. Berkshire sonrió.

—¿Dónde vamos a cenar, mi lord?

Addie cerró la tienda con la llave, y luego la metió en su retícula.

Featherington hizo un gesto hacia su carruaje que estaba en la calle, frente a la librería.

—Encontré un pequeño restaurante muy decente en Wolcot Street que pensé que nos podría gustar. —Se volvió hacia Berkshire — ¿Supongo que tienes tu propio carruaje?

—Sí. Pero creo que lo más sensato es que vayamos todos en uno. ¿No crees? Su sonrisa indicó a Addie que no quería que fuera sola con Featherington. Todavía no entendía cuál era su posición respecto a lord Berkshire, ni la de él hacia ella. Eran amigos, en cierto modo, y ahora que conocía a su hijo, quería ayudarlo. Aparte de eso, no sabía nada más.

—Si lo prefieres —se quejó Featherington.

Se paró frente a Berkshire para ayudarla a subir al carruaje y le pisó un pie. Berkshire gruñó, y Addie quiso explicarle que el pisotón de Featherington probablemente había sido accidental.

Una vez que todos se acomodaron, Featherington golpeó el techo del carruaje y el vehículo se comenzó a avanzar.

Michael miró por la ventana mientras los adultos permanecían en silencio. Incómoda con la situación, Addie preguntó a Featherington:

—¿Cómo está su madre, mi lord?

—Muy bien, gracias. Pero su madre todavía está un poco angustiada por su rebeldía.

Addie se enderezó, apretando los músculos del estómago. ¿Cómo se atrevía su propia madre a referirse a lo que hizo como un acto de rebeldía?

—No es rebeldía, mi lord. Es mi vida.

—Bravo —dijo Berkshire.

Featherington le hizo un gesto con la mano:

—Estoy seguro de que le encantaría no tener que ser así, a cambio de un matrimonio y una familia.

Addie rechinó los dientes tan fuerte que seguramente se le desprenderían antes de llegar al restaurante.

—No, mi lord. Lamento no estar de acuerdo, pero no tengo planes de renunciar a mi librería. O a mi vida aquí.

Berkshire intervino, probablemente porque no quería que su hijo presenciara una discusión, e hizo un comentario sobre las carreteras y la necesidad que tenía la ciudad de que las arreglaran. Eso dio lugar a una conversación menos incómoda, que mantuvieron el resto del tiempo hasta que llegaron a Wolcot Street.

Addie conocía el restaurante, pero solo había comido en él un par de veces. Los llevaron a una mesa cerca de la pared meridional, donde todos se acomodaron y examinaron el menú. Aunque no estaba exactamente abarrotado, el restaurante tenía un buen número de comensales.

Addie fue absorbida por Michael, que se sentó en silencio, observando cada movimiento de su padre. Cuando Berkshire le preguntó a Addie si le parecía bien, el niño la miró, y se le rompió un poco su corazón por la confusión que mostraba rostro. En ese momento prometió que iba ayudar a Michael en todo lo que pudiera.

Después de unos cinco minutos, apareció el camarero y anotó los pedidos. Addie solo quería que la comida terminara antes de que comenzara otra polémica entre ella y Featherington, o que alguno de ellos provocara algún accidente en el restaurante.

—Así que dime, Berkshire, ¿cómo es que sobrevives tan bien aquí, lejos de Londres?

Featherington sonrió, obviamente pensando que no había ningún lugar como Londres al que llamar hogar. Más concretamente: Mayfair.

Berkshire colocó su tenedor junto a su plato.

—Nunca me ha gustado Londres. Demasiado ruidoso, demasiado abarrotado, demasiado caluroso en verano.

Se encogió de hombros y limpió la boca de Michael con una servilleta.

—¿Y qué pasa con tu hijo aquí? Le beneficiaría codearse con otros muchachos de su rango. —Miró a Michael, que estaba ocupado comiendo su comida, ignorando a los adultos, a los que, por supuesto, no podía escuchar—. Es muy callado. ¿Le pasa algo?

Addie respiró hondo ante el atrevimiento del hombre. Rápidamente miró a Berkshire, que masticaba tranquilamente su comida. Él dio un sorbo a su copa de vino, tragó saliva y miró a Featherington a los ojos.

—Mi hijo es sordo.

—Ah. Qué triste. Supongo que pronto tendrás que internarlo. —Dijo Featherington que continuó metiéndose comida en la boca, ajeno a la creciente ira de Berkshire.

—Jamás «internaría» a mi hijo, tal como has dicho, de la misma manera que la señorita Mallory nunca vendería su librería para volverse a Londres.

Addie casi podía ver que le estaba saliendo humo de las orejas. Al parecer, si iba a haber una discusión, iba a ser entre lord Berkshire y lord Featherington.

Featherington en realidad parecía sorprendido.

—No quise insultarte. Es solo que...

—Quizás deberíamos cambiar la conversación, mi lord. —Addie interrumpió a Featherington antes de que siguiera haciendo el ridículo—. Creo que hablar del clima de Inglaterra, o de la celebración del próximo cumpleaños de la reina, siempre son temas interesantes e inocuos.

Afortunadamente, Featherington asintió, pero en lugar de que la conversación cambiara a un tema más ligero, tomaron el resto de la comida en relativo silencio. Finalmente Addie respiró aliviada cuando Featherington pagó la cuenta, y todos se pusieron de pie para irse. Iba a necesitar una tisana cuando llegara a su casa para aliviar el fuerte dolor de cabeza que le había provocado la cena.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Bath, Featherington? —preguntó lord Berkshire una vez que todos estuvieron instalados en el carruaje de regreso a la librería.

Featherington miró a Addie.

—No mucho. —Como Addie no lo miró, sino que continuó observando por la ventana las tiendas por las que pasaban, aunque estuviera todo a oscuras por ser de noche, agregó—: De hecho, probablemente me vaya mañana.

—Bien —murmuró Berkshire y el carruaje continuó avanzando sobre los adoquines de Bath.

CAPÍTULO 5

—Reorganicé algunos de sus libros de las estaterías que estaban colocados incorrectamente.

El señor Morton, uno de los clientes más leales de Addie, colocó tres libros en el mostrador para que los envolviera.

—Muchas gracias. No imagino cómo se desorganizaron.

Addie esperaba que su cara roja no delatara su culpa. Debido a su dificultad con las palabras, a menudo leía mal los títulos y los autores, y los libros terminaban en los lugares más insólitos.

—Me encanta poder ayudarla. Estoy seguro de que tiene mucho de lo que ocuparse dirigiendo este negocio sola.

El señor Morton no solo era su cliente más fiel pues afirmaba que no se había vuelto a comprar un libro en ningún otro lugar, sino que también había sido uno de sus primeros compradores.

Recordó el día en que *Once Upon a Book* abrió sus puertas con su nuevo nombre. El señor Morton, con su pelo canoso, su ligera barriga y su actitud despreocupada, después de entrar por la puerta, había mirado a su alrededor, le había sonreído agitando el bastón y le declaró:

—Esta es mi nueva librería favorita. Me encanta el nombre.

Después procedió a recorrer la librería y compró cinco libros. También animó a sus amigos a que la visitaran. Sí, efectivamente era su cliente favorito.

El señor Morton recogió sus libros.

—Bueno, que tenga un buen día, señorita Mallory.

Silbó al salir de la tienda, y dejó a Addie también de buen humor.

El día pasó rápido, con un flujo constante de clientes. Volvieron a llamarle la atención porque había más libros desordenados. Realmente necesitaba ir más tranquila cuando colocaba libros nuevos en las estanterías. La mayoría de las veces, sus errores se

debían a que no estaba prestando atención a lo que estaba haciendo, o a que tenía demasiada prisa.

Afortunadamente, había terminado con sus libros de contabilidad el día anterior. Odiaba esa parte del trabajo porque las matemáticas también la confundían. Y cuando las cosas no cuadraban, a menudo tenía que volver atrás y comprobar los números una y otra vez. Esperaba con ansias el momento en que otra persona pudiera ocuparse de sus cuentas, ya que bien podría estar engañándose a sí misma.

Más tarde ese día, giró el letrero donde decía que estaba "cerrado durante el almuerzo" y apareció la palabra "abierto". Después se despidió de Lottie y de Pamela, y vio a lord Berkshire que cruzaba la calle frente a la librería para dirigirse hacia ella. Sus pasos eran rápidos y su rostro mostraba gran determinación.

Addie se adentró en la librería para no encontrarse con él directamente en la puerta.

—Ay, parece tener prisa.

Su cabello estaba alborotado por el viento, y una vez más quedó cautivada por su hermoso rostro con rasgos aristocráticos, sus profundos ojos marrones con pestañas largas y oscuras, y sus labios carnosos, que en esos momentos estaban estirados formando una leve sonrisa.

Cuando no estaba ocupada, ilusoriamente pensaba en Berkshire de una manera muy poco sensata para una mujer como ella. Ella no era una belleza, y su ineptitud la había deshonrado más de una vez. ¿Había olvidado que en las fiestas de la sociedad nunca fue considerada como una novia aceptable? De hecho, el propio lord Berkshire la había pasado por alto cada vez que lo había visto en las fiestas de Londres. La realidad era que Addie no era el tipo de mujer a la que un hombre como lord Berkshire pudiera prestar atención.

Pero desde la cena que compartió con él, Michael y lord Featherington, había empezado a ver Berkshire de manera diferente. Definitivamente, si no se había puesto celoso, al menos se había molestado un poco porque lord Featherington la invitara a cenar. Había sido divertido conocer cómo se sentían las demás jóvenes cuando dos hombres competían por atraer su atención.

Era evidente que Featherington había sido enviado por su madre, probablemente con la oferta de conseguir algún tipo de beneficio si lograba alejarla de Bath, y lord Berkshire solo estaba interesado en que le consiguiera un libro. Suspiró. Pero al menos durante un tiempo, podía jugar a que estaba ocurriendo algo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Berkshire se detuvo bruscamente a pocos metros de ella. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre.

—¡Tengo noticias maravillosas!

Su rostro se había iluminado, lo que la llevó a pensar que las noticias eran sobre Michael. Cómo le encantaría ser ella la que consiguiera que pusiera esa mirada.

—¿Qué es eso? —Hizo un gesto hacia el sobre—. Parece muy emocionado.

—Sí, efectivamente. —Respiró hondo, sacó el papel del sobre y se lo entregó—. Acabo de tener noticias del director de la *Institution Nationale des Sourds-Muets à Paris.*

Ella miró por encima el papel mientras él continuaba hablando, como era su forma habitual de leer, especialmente cuando alguien la estaba observando.

—Me ha ofrecido aceptar a Michael como estudiante, pero, en caso de que no quisiera hacerlo dada su edad, me ha dado el nombre de una organización de Londres para personas que se comunican con la lengua de señas.

—Es una buena noticia. —Un repentino retortijón en el estómago le indicó que no todo eran buenas noticias—. Hum, ¿se van a mudar a Londres, entonces?

Berkshire negó con la cabeza.

—No. No quiero vivir en Londres. Tengo la esperanza de que cuando vaya y conozca a los expertos de esa organización tal vez pueda persuadir a alguno para que se traslade aquí a mi casa para trabajar con Michael. —Le quitó la carta de la mano y la metió de nuevo en el sobre—. Una gran ciudad no es un buen lugar para mi hijo. El aire está demasiado cargado de humo y contaminación. Mi casa, que está a unas pocas millas de Bath, tiene muchos lugares para pasear, puede trepar a los árboles y hacer todas las demás

cosas que hacen los niños. Está tan restringido por su sordera que nunca le quitaría un lugar así.

Ella observaba fijamente su rostro apasionado, cargado de emoción y amor por su hijo.

—Es un padre extraordinario.

Para su diversión, era el turno de que él se sonrojara. Addie dejó escapar un suspiro de alivio al saber que no se iba a mudar a Londres, lo cual era absolutamente absurdo ya que no tenía ningún derecho sobre él. De hecho, probablemente se reiría si supiera lo que ella estaba pensando. Pero ya se habían reído de ella bastante, muchas gracias, y no necesitaba estropear su incipiente amistad dándole a conocer sus tonterías.

—Qué alegría. ¿Cuándo irá a Londres?

—Depende. —Dijo observándola, pero enseguida apartó la mirada. Parecía estar pensando algo. Abrió la boca para hablar, pero enseguida la cerró. Justo cuando ella estaba a punto de preguntarle qué le pasaba, le dijo—: Supongo que le sería difícil encontrar a alguien que se ocupe de la librería durante una semana más o menos.

Muy pocas personas tenían el poder de aturdir a Addie como para que se quedara sin saber qué decir, pero lord Berkshire acababa de hacerlo. Segura de que realmente había entendido mal su pregunta, le dijo:

—¿Por qué quiere saber eso?

—Sé que es mucho pedir, y realmente no nos conocemos desde hace demasiado tiempo, pero me encantaría que viniera conmigo y con Michael a Londres para hablar con la gente de esa organización. La señora Banfield irá también, por supuesto, como tutora de Michael, y podría ser su dama de compañía. A menos, por supuesto, que desee traer a su propia acompañante. Creo que nos sería de gran ayuda para encontrar a la persona adecuada. —Como ella no respondió enseguida porque su lengua todavía estaba inconsciente, agregó—: La señora Banfield es una mujer de unos cincuenta años que conoce perfectamente lo que se considera un comportamiento apropiado. Imagino que usted se quedaría en casa de sus padres, no en mi casa de Londres, por supuesto. Todo será

completamente honesto, ya que nunca pondría en peligro su reputación, se lo puedo asegurar.

La cabeza de Addie daba vueltas con su petición, mientras al mismo tiempo consideraba a quién podría pedirle que atendiera la librería durante una semana. La solución más obvia era pedirle a Pamela y a Lottie que se turnaran. Estando las dos, no sería demasiado pesado para ninguna.

—No sé nada de lenguaje de señas. ¿Está seguro de que quiere mi opinión?

Nadie le había solicitado nunca su opinión, y ahora lord Berkshire quería que le ayudara a elegir un tutor para su hijo amado. Casi se puso a llorar.

—Sí, me interesa. Es inteligente, servicial y amable, y lo que es más importante, Michael la adora.

Sonrió al ver que su rostro se sonrojaba por completo.

—¿De verdad?

Ay, no sabía cómo impedir ruborizarse. Sin duda, ya era lo suficientemente mayor como para no venirse abajo cada vez que alguien la felicitaba.

—Efectivamente. —Dijo asintiendo—. Aunque no puede hablar, tiene su propia manera de hacerme saber cuando alguien le gusta. Después de nuestra cena de la otra noche, su emoción al intentar hacerme saber cuánto le gustaba usted fue bastante divertida. —Se detuvo un minuto y su sonrisa se desvaneció—. Y triste.

—Entiendo.

Después de la cena había estado pensando en lo difícil que debía ser tener a un hijo al que querías más allá de toda medida y que le pasara algo muy malo. Y que además padeciera una condición que hiciera que algunas personas pensaran que debía aislarlo.

Grayson volvió a sonreír levantando levemente la comisura derecha de su boca.

—¿Vendrá?

Sus miradas eran cálidas, pero no quería obsesionarse, y su sonrisa le recordaba a Michael. La diferencia era que estaba segura de que Berkshire era mucho más peligroso que Michael. Con toda

seguridad debía aprovecharse de esa sonrisa para llevarse a más de una mujer a su cama.

Addie se golpeó los labios con el dedo. Le gustaría visitar a sus padres. Y como beneficio adicional, no habría necesidad de que vinieran a verla a Bath a corto plazo. A pesar de lo mucho que los amaba, y lo que le enorgullecía mostrarles lo que había logrado, su madre, cuando estaba en Bath, parecía estar todo el tiempo intentando emparejarla con los caballeros que entraban en la librería. Era francamente vergonzoso ver cómo prácticamente emboscaba a todos los hombres con la pregunta: *¿Y cómo está su esposa, señor?*

Lord Berkshire le extendió la mano.

—Le pido disculpas. Probablemente la he puesto en un aprieto, y esa no era mi intención.

Bajó la mirada hacia sus manos. Las suyas eran grandes, cálidas y estaba un poco bronceadas por el sol, y las de ella pequeñas y pálidas. Apartó los ojos cuando comenzó a sentir un ligero cosquilleo en el estómago.

—No. No. No se preocupe por eso. Solo estaba pensando en cómo podría arreglarlo.

Berkshire levantó las cejas.

—¿Quiere decir que lo consideraría?

Ella lo miró con una leve sonrisa en sus labios.

—Sí. Creo que sí.

Era de madrugada y había pasado una semana después de que Grayson le pidiera a la señorita Mallory que lo acompañara a Londres. Iban en tren desde la estación de Bath Spa a Londres. Mientras la señorita Mallory ponía las cosas en orden en su librería, él había enviado un telegrama al responsable de la organización en Londres para avisarle que le iba a hacer una visita. Recibió una respuesta muy alentadora, y tenía grandes esperanzas de poder conseguir los servicios de alguno de sus expertos para que se trasladara a Bath para instruirlo a él, a Michael, a la señorita Mallory y a la señora Banfield en el arte de la comunicación silenciosa.

Quería poder formar una organización similar en Bath. Seguramente debía haber más personas con hijos sordos. Se negaba a dejar que su hijo creciera sin amigos por no poder hablar. Y si tenía luchar contra la amenaza legal que se cernía sobre sus cabezas, era un paso importante. Hizo todo lo posible por dejar ese asunto en el fondo de su mente, ya que las últimas semanas no había vuelto a saber nada más.

Cuando llegaron a la estación ayudó a la señorita Mallory y a la señora Banfield a bajarse del carruaje. Michael bajó de un salto sin esfuerzo, con los ojos muy abiertos, agitando los brazos animadamente mientras contemplaba el gran tren. Había porteadores corriendo de un lado a otro, asistiendo a los pasajeros y cargando el equipaje en el tren, del que salía vapor por debajo de los vagones.

Una mujer con un sombrero de paja muy grande y decorado con mucho color, que sostenía un pequeño perro blanco contra su pecho, gritaba órdenes a uno de los porteadores. Un hombre y una mujer se abrazaron antes de que él subiera las escaleras del tren. La mujer sacó un pañuelo de su retícula, se secó los ojos, y enseguida se dio la vuelta y se marchó.

El tren dio un fuerte pitido y los porteadores comenzaron a acelerar sus movimientos. En medio de todo el caos, Michael iba aferrado a la mano de Grayson con los ojos muy abiertos. Era una situación muy entretenida para cualquier niño.

Sus gruñidos al tratar de contarle a Grayson lo que sentía llamaban la atención de las demás personas que tenía a su alrededor en la estación. Algunos se detenían y se quedaban mirando. Otros le lanzan miradas de pena y comprensión.

A juzgar por la expresión del rostro de la señorita Mallory, estaba tan furiosa como él por la dudosa atención que recibía el niño. Tomó la otra mano de Michael, y le sonrió. El niño se calmó, pero aún así continuaba saltando de emoción. Cuando Grayson se alejó para hablar con un porteador, la señora Banfield tomó la mano libre de Michael, y ambas mujeres formaron una férrea barrera entre Michael y los demás.

La confusión continuaba reinando mientras cientos de personas pululaban por la zona. Grayson encontró un porteador para ayudarlos, y su sirviente y el conductor supervisaron el traslado del equipaje. Era tanto su miedo de perder a Michael en la refriega, que tuvo que comprobar varias veces para asegurarse de que la señorita Mallory y la señora Banfield lo tenían a salvo.

Michael estaba fuera de sí, sus ojos se movían de un lado a otro y estaba tan emocionado que varias veces arrancó sonrisas a la señorita Mallory. Se comunicaba con él señalando las cosas, sonriendo y asintiendo. El niño agitaba las manos y hacía muecas para señalar lo 'grande', lo 'pequeño' o lo 'aterrador'. Grayson se rió para sí mismo. La señorita Mallory podría llegar a pisar las tablas del escenario de Drury Lane si así lo deseara. Hacía que la experiencia de vivir con Michael fuera mucho mejor. Pedirle que se uniera a ellos en ese viaje era una de las cosas más sensatas que había hecho en su vida.

Poco después de que todos se hubiesen acomodado en el compartimento que les habían preparado, el tren arrancó dando un tirón. Continuó con el movimiento inestable durante unos minutos hasta que alcanzó un ritmo suave.

Un camarero llegó con el desayuno que habían pedido. Colocaron bandejas de huevos, salmón, tocino, tostadas y bollos en un aparador donde debían servirse. También trajeron una gran tetera de té humeante, que era justo lo que necesitaba.

Cuando el tren cobró velocidad y dejó atrás la ciudad, la exuberante campiña verde apareció por la ventana. Colinas salpicadas de ovejas pastando al sol, pequeñas granjas con huertos en la parte trasera y jardines de flores en el frente. El cielo azul brillante lo hacía todo mucho más bonito.

Después de engullir su desayuno, Michael pegó la nariz al cristal. Grayson notó que sus gruñidos se habían convertido en un galimatías, y sus manos se agitaban frenéticamente cuando se giraba para mirar a Grayson y enseguida volver a la ventana para señalar todas las cosas que aparecían mientras avanzaban. Qué frustrante debía de ser para el niño ver tantas cosas y no poder compartir su entusiasmo con todos los demás.

Después de terminar de desayunar, la señorita Mallory dejó su asiento y se colocó al lado de Michael. Le rodeó los hombros con el brazo y apretó también la nariz contra el cristal. Michael se volvió hacia ella, se rió y enseguida le dio un beso en la mejilla. Addie soltó una risita.

Grayson casi tuvo que escupir el té. Había mencionado dos veces que le gustaría besarla, pero su hijo se le había adelantado, a pesar de ser un beso inocente. Aunque, por supuesto, si él llegara a besar a la señorita Mallory, no iba a ser en la mejilla. Tampoco lo haría delante de una dama de compañía.

No, la tomaría en sus brazos y apretaría su cuerpo cálido y curvilíneo contra el suyo. Después jugaría un rato con sus exuberantes labios, mordisqueándolos, chupándolos y mimándolos hasta cubrir su boca con un beso que los dejaría a ambos jadeando de deseo.

Si ella no se apartaba y le daba una bofetada en la cara, él acariciaría sus curvas y la estrecharía aún más hasta que sus hermosos pechos quedaran aplastados contra su tórax.

Suspiró y devolvió la taza de té a la mesa. Por mucho que le gustara la atención que la señorita Mallory prestaba a su hijo, y le encantaba que el niño se encariñara con ella, lo mejor para él era mantener su relación como una simple amistad. Pero le era demasiado fácil ver a la señorita Mallory, a Michael y a él como si fueran una familia. No era ajeno a las miradas penetrantes que la señora Banfield dirigía en su dirección, señalando con la cabeza hacia donde estaban Michael y la señorita Mallory charlando, de alguna manera, sobre el paisaje. La tutora de su hijo llevaba tiempo diciéndole que necesitaba encontrar una esposa.

Tuvo que hacer un esfuerzo para convencerse a sí mismo de que no había absolutamente ninguna razón por la que él y la señorita Mallory no pudieran tener una amistad sólida sin ningún tipo de relación romántica. No era un cachorro que no pudiera controlar sus impulsos, y ella era una joven muy correcta que nunca consideraría nada inapropiado. Por lo tanto, no había nada de qué preocuparse. Nada en absoluto.

Ahora bien, tenía que convencer a ciertas partes de su cuerpo a que cooperaran —se tuvo que mover en su asiento—, y así todo iría mejor.

CAPÍTULO 6

Addie bajó del tren agarrada de la mano de lord Berkshire. Por mucho que el caos que reinaba en la estación de Bath Spa había sido difícil de manejar, la situación cuando llegaron a Londres era abrumadora. Había cuatro veces más trenes, pasajeros, maleteros, equipaje y confusión. Lord Berkshire hizo un buen trabajo manteniéndolos a todos juntos en medio de la multitud. Menos de una hora después de que el tren llegara a la estación estaban instalados en un carruaje con el equipaje atado al maletero.

Cuando iban en el tren les había explicado que no tenía carruaje en Londres porque pasaba muy poco tiempo allí, y además la mayoría de los lugares que visitaba estaban a poca distancia, o a un corto paseo a caballo. Por lo tanto, generalmente alquilaba un carruaje durante una semana mientras estaba de visita.

El bueno de Michael se durmió profundamente apoyado en Addie una vez que el carruaje se alejó de la estación. Lo rodeó con un brazo y se acurrucó muy pegado a ella. Addie le pasó la mano por sus rizos rebeldes. Lentamente, se metió el pulgar en la boca. A ella le brotaron lágrimas de los ojos al darse cuenta de que nunca sostendría a un hijo propio de esta manera.

Porque no tendría un hijo.

Había elegido su camino y estaba contenta con su decisión, pero estar con Michael le abría viejas heridas que creía haber cerrado para siempre. Dio un suave suspiro al levantar la vista vio que lord Berkshire y la señora Banfield los observaban con expresiones muy extrañas, pero idénticas, en sus rostros.

Por supuesto, el rubor siempre estaba listo para saltar a la acción le subió por el cuello hasta llegar a las mejillas. Se aclaró la garganta y miró por la ventana. No le importaba, pero seguía sintiendo los ojos de Berkshire observándola. Se movió un poco, pero enseguida le preocupó despertar a Michael, por lo que respiró

hondo para calmarse y decidió que era necesario entablar una conversación ligera.

—¿Ya concertó la cita con la organización?

—No. —La voz de Berkshire sonó bastante áspera. Tal vez el humo del tren o incluso el aire pesado de Londres le irritaban la garganta—. Le dije al caballero que dirige la organización que nos gustaría visitarlo, pero en ese momento no estaba seguro de cuándo podríamos salir de Bath, ya que ambos teníamos que atender nuestros asuntos. Fue muy acogedor y me sugirió que nos pusiéramos en contacto con cuando estemos instalados, para fijar una fecha y hora concreta.

Ella asintió, pero volvieron a quedarse en silencio, dejando a Addie nuevamente con sus pensamientos sobre los niños y el hecho de que nunca tendría el suyo propio.

Había enviado un telegrama a sus padres cuando decidió acompañar a Berkshire a Londres, para que la esperaran. Con suerte, el hecho de acompañar a su señoría no les haría pensar en nada absurdo. En su telegrama les dejó claro que lo acompañaba porque quería su opinión sobre a quién contratar para enseñar el lenguaje de señas a su hijo. Les explicó que había accedido al viaje para poder visitarlos, y para ir algunos de los lugares de su interés. Se había asegurado de que todo eso quedara bastante claro.

El carruaje se detuvo en Mallory House, y la puerta se abrió de inmediato. Su madre bajó apresuradamente los escalones con los brazos extendidos. El mayordomo salió con ella y abrió la puerta del carruaje antes de que el conductor pudiera bajar.

—Oh, querida, estoy tan feliz de que hayas venido a visitarme.

Como miraba a Berkshire todo el tiempo mientras hablaba, nadie estaba muy seguro de a quién se dirigía con su comentario. Y menos aún Berkshire, que miró en dirección a Addie con una ligera expresión de pánico.

Addie se deslizó hacia adelante en el asiento.

—También me alegro mucho de haber venido de visita, madre.

Le sonrió y rápidamente volvió a centrar su atención en Berkshire.

—Es un placer volver a verle, lord Berkshire. Pero, por favor, insisto en que vengan a casa a tomar el té.

Addie suspiró. No, su madre no había comprendido que se trataba de un viaje de negocios con su señoría, y temía que padre estuviera en la biblioteca con los acuerdos matrimoniales redactados, esperando con regocijo la firma de Berkshire.

—Estamos muy cansados por el viaje, mamá. Tal vez sería mejor dejar que su señoría continúe hasta su casa.

La madre respiró hondo, lo que la puso muy nerviosa. Su mirada y determinación eran francamente aterradoras. Había visto a muchas madres deseando casar a sus hijas en las fiestas de la alta sociedad, y en esos momentos, estaba encajando tan bien en el papel que llegó a pensar en pedirle al conductor que la devolviera a la estación.

Por otro lado, su madre cumplía con las convenciones sociales mejor que cualquier otra persona que conociera. Pero en su corazón, sabía que lo mejor era dejar que los demás siguieran su camino. ¿Prevalecería la cortesía social?

—¿Ha llegado nuestra niña?

Su padre se unió a su madre en el carruaje, radiante de alegría. Él también pasó más tiempo observando a Berkshire que a ella. Si en ese momento hubiera podido meterse debajo del asiento y no salir nunca más, habría sido la mujer más feliz de Londres.

Su padre extendió una mano para estrechar la de lord Berkshire.

—Un placer verte de nuevo, Berkshire. Esperamos volver a veros más mientras dure la visita de nuestra hija.

—Mamá, papá, permítanme presentarles a la señora Banfield, la tutora de Michael. Sonrió a Michael, que seguía durmiendo, ahora apoyado en lord Berkshire. Y éste es el hijo de su señoría, Michael.

—¡Oh, qué niño tan hermoso! —Su madre negó con la cabeza y se llevó las manos al pecho—. Cuánto necesita un niño a una madre.

Addie ya había tenido suficiente.

Estaba agotada, cansada de viajar y ahora completamente mortificada con el comportamiento de sus padres.

—Mamá, si eres tan amable de dar un paso atrás, me gustaría salir de aquí.

Nunca había sido tan grosera con su madre, pero la situación se estaba volviendo ridícula.

—Oh, por supuesto, querida.

Retrocedió todavía estudiando a Berkshire, que tuvo que hacer un esfuerzo por ocultar su sonrisa.

Después de que Addie saliera del vehículo, se sacudió las faldas y se volvió hacia lord Berkshire.

—Por favor, envíeme una nota cuando tenga fecha y hora definidas para nuestra reunión con la organización.

Apenas podía hablar por lo apretada que tenía la mandíbula, y por lo mucho que deseaba meterse en un agujero en el camino y desaparecer. Pero su madre saltó de inmediato.

—Lord Berkshire, estoy seguro de que está cansado por el viaje, como ha dicho mi hija. Pero nos encantaría que usted y su hijo, y, por supuesto, también usted, señora Banfield, cenen con nosotros esta noche.

No se iba a rendir. Un perro con un hueso era menos obstinado.

—Me encantaría, señora Mallory. Sin embargo, creo que lo mejor es que Michael se quede en mi casa con la señora Banfield. Es demasiado pequeño como para disfrutar de una comida de adultos.

—Por supuesto que lo entiendo. —Debería entenderlo ya que a Addie no se le permitió sentarse a la mesa del comedor hasta el año anterior a su puesta de largo. Su madre dio un paso atrás y el mayordomo cerró la puerta. Cuando el carruaje comenzó a alejarse, agitó su pañuelo y rápidamente agregó—: A las ocho, mi lord.

Addie se apresuró a subir los escalones, segura de haber proporcionado a los vecinos suficientes chismes para las próximas semanas. No tenía sentido aumentar su alegría discutiendo con su madre en la calle.

En lugar de confrontar a su madre de inmediato a pesar de lo enfadada que estaba, decidió ir directamente a su dormitorio.

—Bajaré dentro de un rato, mamá —dijo desde lo alto de la escalera.

—Está bien, Adeline. Tendremos un té esperándote cuando estés lista.

Entró en su habitación y el calor de los objetos familiares la calmó un poco. Las cortinas y la encimera de color rosa y crema, el papel pintado de flores de color verde pálido, o la suave alfombra bajo sus pies, todo le traía recuerdos agradables, o no tanto, de su infancia. Durante sus años de debutante siempre volvía a casa frustrada y sintiendo que era un fracaso social. En todo caso, la habitación era cómoda y relajante.

Después de lavarse la cara y sacarse los botines de viaje para ponerse un par de zapatillas blandas que aún estaban en su armario, decidió enfrentarse al toro y bajar a tomar el té con sus padres. Para que no sentirse avergonzada y acosada durante toda la visita, tenía que hacerles saber que lord Berkshire no era un pretendiente. Era un amigo. Un amigo que necesitaba de su ayuda.

¿Aunque la observara de una manera que la removía por dentro y que hacía que su corazón se acelerara? No tenía sentido que a veces pensara que sus bromas sobre besarla no lo eran en realidad. Tampoco quería pensar en que muchas veces sus palabras y la forma en que la analizaba la ruborizaban por completo.

Todo eso no significaba nada.

Habría preferido cambiarse toda la ropa de viaje, pero lo mejor era terminar con esa polémica, y entonces ya podría desnudarse hasta quedarse simplemente con la camisola poder hacer una breve siesta. Endureció los hombros, salió de su habitación y bajó las escaleras.

Sus padres estaban muy juntos y hablaban en voz baja cuando entró en el salón. Su madre saltó sorprendida cuando Addie se aclaró la garganta. Ay, ¿qué estarían planeando ahora? Echó un vistazo al papel que tenía su madre en la mano, con la esperanza de que no fuera el menú del desayuno nupcial.

Su madre se puso de pie y le dio un abrazo. A pesar de estar molesta con ella, la conocida sensación, así como el aroma de la madre que la crió y la amó toda su vida, la tranquilizaron un poco.

—Me alegro de verla, mamá. —Miró a su padre, que se había levantado cuando entró en la habitación—. Y a usted también,

papá.

—Debes estar cansada del viaje. Siéntate y te serviré una taza de té.

Una vez que el té estuvo preparado como a ella le gustaba, y su madre colocara dos pequeños sándwiches y algunas galletas en un plato, Addie cruzó las manos en su regazo y miró a sus padres a los ojos.

—Tenemos que hablar de lord Berkshire.

Su madre suspiró.

—Oh, sí. Su señoría. Un hombre muy atractivo. Estoy segura de que va a ser un esposo maravilloso para alguna joven afortunada. Tu padre y yo estábamos hablando de él.

Grayson cerró el libro que le estaba leyendo a Michael y besó al niño dormido en la frente. Era un muchacho muy enérgico, pero rara vez se quedaba despierto hasta terminar todo el libro. Por supuesto, el hecho de que no pudiera escuchar la historia podría tener algo que ver.

Tiró de la manta hasta la barbilla del niño, y se quedó observando a la única persona en el mundo por la que daría su vida. Unos rizos oscuros y húmedos por el baño, abrazaban su frente. Unas pocas pecas cubrían su nariz y sus mejillas como si fueran polvo de las hadas. Aunque no podía verlos, Grayson sabía que los ojos marrones de su hijo, que había heredado de él, lo veían todo y se iluminaban de emoción ante la cosa más pequeña. No importaba lo que costara, iba a encontrar la manera de demostrar al mundo que a su hijo no le faltaba inteligencia, tan solo oído.

Llamó suavemente a la puerta de la señora Banfield, que la abrió envuelta en una cómoda túnica de color marrón oscuro.

—¿Se va ahora, mi lord?

Él asintió.

—Sí. Michael está dormido.

—Que tenga una agradable velada, mi lord.

Cerró la puerta suavemente y bajó las escaleras hasta el vestíbulo donde Brooks, su mayordomo de la casa de Londres, estaba de pie con el abrigo y el sombrero preparados.

Después de ponerse su atuendo para salir, Grayson abandonó la mansión y se dirigió a las caballerizas, en la parte trasera de la fila de casas adosadas, a buscar el caballo que tenía en Londres. Después de montar a Reggie y arrojar una moneda al muchacho que se lo había traído, se dirigió a la calle para ir a la casa de los Mallory en Mayfair.

La cena debería ser bastante interesante. Era obvio que el señor y la señora Mallory estaban rebosantes de alegría por el hecho de que su hija llegara a Londres con un conde a cuestas. Sacudió la cabeza y soltó una risita al recordar la reacción de la pobre señorita Mallory ante los evidentes intentos de sus padres de convertirlos en pareja allí mismo. Tendría que tener cuidado esa noche, o podría recibir un contrato de matrimonio junto con el postre.

Era una tontería fingir que no tenía ningún interés por la señorita Mallory más allá de su ayuda con Michael. O que no había pensado en ella de manera carnal. Era una compañía encantadora y poseía un cuerpo que haría disfrutar a cualquier hombre. Podría pasarse horas acariciándolo y descubriendo todos sus puntos más sensibles.

Ya le había mostrado que su interés por Michael era genuino, y el niño la había mirado con ojos de adoración durante todo el viaje desde Bath. No le cabía la menor duda de que sería una maravillosa compañera de cama y una excelente madre para su hijo. Solo había un problema.

Por mucho que la quisiera y la deseara, no la amaba ni quería amarla. Nunca. El amor ya lo había dejado destruido una vez. Nunca más. Sin embargo, dudaba que, dada su naturaleza amorosa y cariñosa, ella aceptara a un marido sin amor. Pero no era justo ofrecerle matrimonio para, a la larga, hacerla una desgraciada.

Sus pensamientos lo mantuvieron ocupado hasta que se dio cuenta de que había terminado el corto trayecto que había desde su casa en Arlington Street hasta Mayfair, donde se encontraba la mansión de los Mallory. Cuando se acercó al frente de la casa, un hombre corrió por la parte de atrás y tomó su caballo.

—Cuidaré bien de él, mi lord.

Grayson le arrojó una moneda:

—Aliméntalo y dale de beber, si quieres.

El hombre tiró del ala de su gorra y se llevó al caballo.

La mansión formaba parte en una hilera de casas muy típica de la zona. Parecía que era una de las más grandes, con al menos doce habitaciones. Los escalones de mármol que daban a la puerta principal estaban bastantes desgastados en el centro por todos los pies que las había subido y bajado a toda prisa a lo largo de los años.

Grayson se arregló la chaqueta y se dirigió a la puerta principal, que fue abierta de inmediato por un mayordomo de aspecto agradable antes de alcanzar a dejar caer la bonita aldaba.

—Buenas noches, lord Berkshire. —Le hizo una reverencia—. Lo están esperando.

Grayson se sacó el abrigo, se lo entregó al mayordomo junto al sombrero y siguió al hombre por un pasillo bien iluminado. La casa estaba decorada con buen gusto, y el papel pintado que recubría la entrada y el pasillo era de color rosa pálido y verde. El suelo de madera, muy pulido, estaba cubierto con una alfombra de felpa verde salvia que silenciaba los pasos. En las paredes habían instalado luces de gas para reemplazar los apliques de velas normales. En general, su impresión de los Mallory era la de una familia con buen gusto y generosa consigo misma. Se detuvieron ante una puerta corredera de roble oscuro que el mayordomo abrió.

—Lord Berkshire —anunció.

La señora Mallory saltó de su asiento de inmediato. El señor Mallory se puso de pie y su hija se unió a él.

—Buenas noches, mi lord. Estamos muy contentos de que hayas venido a cenar —sonrió la señora Mallory con una expresión brillante mientras probablemente sonaban campanas de boda en sus oídos.

–Berkshire. —El señor Mallory cruzó la habitación, tendiéndole la mano, que Berkshire estrechó—. ¿Brandy?

—Sí. Me encanta.

Mientras el hombre servía bebidas para todos, brandy para los hombres y jerez para las mujeres, Grayson recordó lo que sabía de la familia. Mallory era el tercer hijo del conde de Lindsay. Con dos

hermanos mayores, nunca hubo grandes posibilidades de heredar el título, y dado que su hermano mayor ya había tenido tres hijos, no había demasiada polémica.

La señora Mallory era hija de un barón y fue declarada joven *Incomparable* el año de su puesta de largo. Gracias a su belleza y encanto, se había casado con el hijo de un conde. Y aunque no era perfecto, ya que no tenía el título, había ascendido un poco en la escala social.

Además de la señorita Mallory, tenían un hijo, Marcus, a quien Berkshire conocía de Eton, aunque iba cuatro cursos por detrás. También pertenecían a los mismos clubes; sin embargo, Grayson había asistido muy poco a sus clubes de Londres desde que su matrimonio terminó y se mudó a Bath para relamerse las heridas.

—Adeline me ha dicho que su hijo tiene un problema de audición.

La señora Mallory bebió un sorbo de jerez, pero parecía estar genuinamente interesada lo que lo relajó un poco. Siempre estaba un poco a la defensiva cuando se mencionaba el tema de su hijo.

—Es sordo. —Bien podría llamarlo por su nombre—. Los médicos no creen que nunca llegue a oír. No están seguros de si nació de esa manera, o si le ocurrió por culpa de alguna una enfermedad infantil.

—Tengo entendido que su propósito de este viaje es ir a una organización de sordomudos aquí en Londres —dijo el señor Mallory, inclinándose hacia adelante, con la copa de brandy justo entre sus piernas abiertas.

—Sí, mi lord. He estado en contacto con el director de la organización, y ha accedido a reunirse conmigo y con su hija para proporcionarnos información y los nombres de especialistas que podrían estar interesados en enseñar a mi hijo el lenguaje de señas.

La señora Mallory estudió su bebida y pasó la yema del dedo por el borde de la copa.

—Qué interesante que haya pedido a Adeline que lo acompañe.

Tomó un sorbo y le sonrió, pero no le dijo nada más.

¡Ay! Era el momento en que había que tener mucho cuidado. La señora Mallory tenía la misma expresión que le habían dirigido

numerosas veces algunas madres en diversos salones de baile antes de casarse con Margaret, y también después de terminar el luto.

—Respeto mucho su opinión, y ha mostrado un gran interés por mi hijo...

—Oh, sí —intervino la señora Mallory—, a Adeline le encantan los niños. ¿Verdad, querida? —Dio unas palmaditas en la mano a la señorita Mallory y luego volvió a mirar a Grayson—. Sería una madre maravillosa. Y muy buena esposa, por supuesto.

Cuando le volvió a sonreír sus ojos brillaban con... algo.

La señorita Mallory emitió un leve gemido, y él se bebió el resto de su brandy de un trago.

CAPÍTULO 7

Addie lo pasó mal en la cena con sus padres y lord Berkshire, y casi se atraganta cada vez que su madre hablaba maravillas de sus logros -muy pocos- de sus capacidades sociales -absolutamente ninguna- de su amor por los niños -¿qué mujer no ama a los niños?- de sus habilidades en las administración el hogar -nunca le dejó hacer nada de la casa- y de lo maravillosa esposa que sería. Para llorar.

A su favor, su señoría se tragó todas las tonterías que le dijo, además del rosbif y las patatas. Sonrió y asintió tanto que empezó a parecer una marioneta, y que su madre tiraba de los hilos.

—Adeline, ¿por qué no le enseñas nuestros jardines a su señoría?

—Está lloviendo, mamá.

Su madre miró por la ventana y vio que caía un aguacero, y que la lluvia golpeaba la ventana como si fueran pequeñas piedras. El viento azotaba los árboles, y las últimas hojas de otoño se esparcían por el jardín. Un relámpago iluminó la habitación.

—Oh, sí. No me había dado cuenta. —Se volvió hacia lord Berkshire—. A Adeline le encantan las flores.

—Y las tormentas eléctricas —murmuró Addie.

Lord Berkshire se atragantó con el té.

—En este caso, insisto en que nos entretengas con el pianoforte, Adeline. —Volvió a sonreír a su señoría—. Adeline canta como un ángel.

No, madre. Canto como un cerdo que quiere escapar del cuchillo del carnicero.

—Me duele un poco la garganta, mamá. Tal vez podríamos ir al salón. ¿Quizás jugar una partida de cartas o de ajedrez?

Agradeció eternamente que Berkshire se limpiara la boca y colocara la servilleta junto al plato.

—Me temo que tengo que volver a casa, señora Mallory. Hay varias cosas que debo hacer esta noche para prepararme para la reunión de mañana.

Los hombros de la madre se hundieron ligeramente y su brillante sonrisa perdió parte de su brillo.

—Oh, qué triste. No es que la reunión haya sido triste, por supuesto —añadió rápidamente—, pero habríamos disfrutado mucho de su compañía un rato más.

– A lo mejor puede mudarse aquí con nosotros —dijo Addie en voz tan baja que solo Berkshire pudo oírla.

Sonrió.

—Debo agradecerles su encantadora compañía y la maravillosa cena. La cocinera es excelente.

Empujó la silla y se puso de pie.

—Vamos a tener una cena la semana que viene. Tendría que venir. Solo será una pequeña reunión.

—¿Cena? —Preguntó Adeline.

Su madre la fulminó con la mirada.

—Sí, querida. ¿No te acuerdas? Te lo conté antes.

La sonrisa que puso hubiera podido haberle provocado pesadillas a un niño pequeño.

¿Es posible morirse de vergüenza?

—Mi lord, ¿vino en su carruaje?

La madre miró por la ventana y finalmente comprobó la feroz tormenta que rugía más allá de sus muros.

—No. En realidad, he venido en mi caballo.

—Insisto en que vaya en nuestro carruaje. Podemos organizarnos para devolverle el caballo mañana.

Berkshire hizo una leve reverencia.

—Gracias. Agradezco su amabilidad.

Ahora era el turno que se sonrojara su madre. En su estado de nerviosismo, se volvió hacia Adeline.

—Acompaña a su señoría, querida.

Le dio un apretón en el brazo que, sin duda, por la mañana iba a estar azulado. Addie se frotó el brazo y se puso de pie mientras Berkshire le retiraba la silla.

Salieron del comedor y se dirigieron al vestíbulo de entrada.

—Lo siento mucho, mucho por mi madre.

—No es necesario —dijo Berkshire, mientras aceptaba su sombrero y su abrigo de manos de Grimsley—. Mi madre no era muy diferente. Creo que hay algo en el proceso del parto que convierte a mujeres normales y encantadoras en intrigantes casamenteras. Algunas de las madres que he conocido hubieran sido excelentes mariscales de campo en las guerras napoleónicas. Podríamos haberlo derrotado antes si hubiera sido así.

Charlaron durante unos minutos hasta que Grimsley anunció que le esperaba el carruaje frente a la casa. Berkshire se volvió hacia ella después de colocarse el abrigo.

—¿Puedo venir mañana a buscarla para dar un paseo con Michael? Espero que el tiempo haya mejorado y se pueda disfrutar de Hyde Park.

Cogió el paraguas que le dio Grimsley.

Pero, ¿por qué su corazón se aceleraba? ¿Por la forma en que la miraba? ¿Por la cercanía de su cuerpo? ¿Por el familiar aroma a ron de barril y a lino almidonado que siempre lo acompañaba?

—Sí, me gustaría.

Su voz salió entrecortada. Por el amor a la bondad, al parecer, su madre no era la única mujer de la familia que podía avergonzarla.

Berkshire echó un vistazo por la pequeña ventana que había junto a la puerta principal.

—Si sigue lloviendo así, tal vez podamos llevarlo a algún museo.

Addie asintió súbitamente incapaz de articular palabras mientras miraba sus ojos marrones oscuros, del mismo color que el delicioso chocolate que bebía cada mañana. Nunca antes había reparado en que tenía motas doradas.

—¿Es buena hora venir a las dos de la tarde?

—Sí —se tuvo que aclarar la garganta porque pareció que había emitido un chirrido.

Grayson se quedó observándola durante un minuto como si estuviera pensando en algo y comenzó a acercarse a ella. Enseguida miró a Grimsley, que estaba junto a ellos, mirando al frente,

fingiendo no darse cuenta de nada. Entonces bajó la cabeza, se dio la vuelta y salió de la casa.

Addie cerró los ojos y se pellizcó la nariz. El dolor que sentía en la parte posterior de la cabeza poco a poco se le extendió por todo el cráneo. Lo único que quería era subir las escaleras, pedir un baño caliente, una tisana y ponerse a dormir. Pero tenía que ocuparse de su madre para que la visita no se convirtiera en un desastre.

—Mamá, creo que has asustado a lord Berkshire. —Le dijo cuando entró en el comedor justo cuando sus padres se estaban levantando de la mesa.

—Tonterías. —Ambos se volvieron a sentar, probablemente listos para la batalla. Su madre negó con la cabeza—. Si quieres estar a la altura de un hombre, tienes que ganar terreno. Nunca está de más dar un empujoncito.

—¿Empujoncito? Mamá, si prácticamente le diste un golpe en la cabeza con un contrato matrimonial de cien páginas. Y no tengo que estar a la altura de nada. Ya les expliqué que he venido con su señoría para darle mi opinión sobre la persona que podría contratar para enseñar a su hijo el lenguaje de señas.

Su madre la señaló con un dedo.

—No te engañes, señorita. Vi la forma cómo te miraba. Y es verdad que necesita una madre para ese pobre niño. Además se resolvería tu problema.

—¿Qué problema sería ese, mamá?

Addie contuvo la respiración, temiendo lo que pudiera decirle, aunque se sabía de memoria lo que iba a escuchar.

—Tú, que trabajas en esa librería, podrías renunciar a todo eso y ocupar el lugar que te corresponde en la sociedad. Estoy segura de que a lord Berkshire le encantaría volver a vivir en Londres y asumir sus funciones parlamentarias.

—No. De hecho, lord Berkshire prefiere vivir lejos de Londres. En cuanto a sus deberes parlamentarios, aparentemente, es capaz de atenderlos desde Bath.

Addie se sentó y se sirvió otra taza de té tibio, en lugar de pedir que le trajeran una tetera nueva. Tal vez le ayudara con el dolor de cabeza.

Su madre se sacó de la manga del vestido su siempre presente pañuelo de encaje blanco, y se dio unas palmaditas en el rabillo del ojo.

—No te entiendo, Adeline. Toda mujer quiere la seguridad financiera de tener un matrimonio y un hogar propio.

—Yo tengo seguridad y también tengo un hogar.

—Quiero verte bien asentada antes de que me muera.

Drama.

—Mamá, estoy asentada y estoy segura de que te quedan muchos años más de vida.

Ahora me va a atosigar.

—Pero no lo entiendes. —Más palmaditas en sus ojos secos—. Quiero tener nietos antes de ser demasiado vieja y débil como para levantarlos.

Addie se preguntó por un momento qué tan irrespetuoso sería golpearse la cabeza contra la mesa del comedor. Demasiado irrespetuoso, sin duda.

—Mamá, sabe que la amo. Y a papá, también. Sin embargo, en este momento, estoy muy cansada por el viaje que hemos hecho hoy y me gustaría retirarme. Le ruego que no esté tan "entusiasmada" con lord Berkshire. Ha venido a Londres con un propósito específico. Buscar ayuda para su hijo. Por eso que estoy yo aquí también, para ayudarlo a él y a su hijo.

Su madre le dio unos golpecitos en la mano. Y con la otra mano se dio más palmaditas en sus ojos secos.

—Muy bien. Imagino que estás cansada. Pediré a Molly, nuestra nueva doncella, que te prepare un baño y te lleve una tisana.

Addie respiró hondo.

—Gracias. —Se puso de pie y besó a sus padres en la mejilla—. Les deseo una muy buena noche.

Justo cuando llegó a la puerta del corredor, su madre dijo:

—He hecho una cita para la modista por la mañana para hacerte un vestido nuevo para la cena de la próxima semana. Estoy seguro de que a lord Berkshire le parecerías encantadora con un vestido de color rosa pálido.

Addie tuvo que reprimir el grito que estuvo a punto de soltar.

Grayson revisó su reloj y lo guardó en el pequeño bolsillo de su chaleco a rayas grises y negras. Eran las dos. Justo a tiempo.

Se apresuró en subir los escalones de la casa de los Mallory, agradecido por el sol brillante que había seguido a la tormenta de la noche anterior. Esa luz coincidía con la de su espíritu, y de pronto iba silbando mientras caminaba, con el ánimo muy alto. Intentó no pensar que fuera porque iba a encontrarse con la señorita Mallory, pero siendo honesto consigo mismo se negó a permitirse ese engaño.

Sí. Le gustaba la señorita Mallory. Mucho. Pero nunca podría ir más allá de eso. El hecho de que Michael se sintiera atraído por ella al instante simplemente ayudaba. O lo empeoraba, según por donde se mirara. No quería volver a enamorarse. Una vez había sido suficiente, y sobre todo después de que su matrimonio terminara tan mal.

Michael y la señora Banfield esperaron en el carruaje a que recogiera a la señorita Mallory para llevarla a Hyde Park. Los jardines estarían demasiado húmedos para pasear, pero podrían dar un paseo agradable y después, tal vez, ir a tomar el té en Gunter.

El mayordomo abrió la puerta antes de que su pie llegara al escalón más alto.

—Buenas tardes, mi lord. La señorita Mallory lo está esperando. Por favor, acompáñeme al salón.

Grayson tuvo que hacer un esfuerzo para seguir siendo un caballero y no dar un aullido cuando vio a la señora Mallory esperándole apoyada en un brazo del sofá. Cuando el mayordomo lo anunció se acercó a él con una gran sonrisa.

—Buenas tardes, señora Mallory. ¿Está siendo un buen día?

Ella le tendió los brazos como si hubieran sido unos parientes que no se veían desde hacía mucho tiempo.

—Sí, bastante bueno. Sobre todo ahora que ha llegado.

Sin estar seguro de si tenía la intención de que le tomara las manos, o si iba a abrazarlo, dio un paso atrás eligiendo lo primero.

—Tiene muy buen aspecto.

—Gracias, mi lord. —Se volvió hacia una mesita junto al sofá, cogió un sobre de color crema y se lo tendió—. Aquí está su invitación para la cena de la próxima semana. Será una reunión pequeña.

Grayson suspiró para sus adentros. Había olvidado que *en la alta sociedad* se pensaba que una *pequeña* reunión era del tamaño de la Cámara de los Lores.

—Gracias. Me encantará venir.

Mentiroso. Preferiría golpearse la cabeza contra la pared durante media hora que asistir a una cena de la *alta sociedad*. Nunca había disfrutado de la vida en Londres, y prefería la tranquilidad de Bath, o la de su finca de campo. Margaret siempre había querido asistir a tantos eventos como pudiera durante la temporada de fiestas, y también durante las vacaciones.

Pero su velada ideal era sentarse cómodamente junto a la chimenea, una copa de buen brandy en la mano, Michael sentado a sus pies jugando con sus juguetes y...

No se permitiría añadir el último componente. Sin embargo, su cerebro no cooperó y le gritó: *la señorita Mallory sentada frente a mí, leyendo un libro o trabajando en sus costuras.*

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la señora Mallory continuaba hablando. Por suerte, tal como había aprendido en la infancia respondía automáticamente asintiendo y sonriendo.

—¿Así que está de acuerdo? —la señora Mallory esbozó una brillante sonrisa.

¡Bomba! ¿Qué acababa de aceptar?

—Estoy segura de que le gustará el nuevo actor. Por lo que he leído, está muy bien en *Los dos hidalgos de Verona.*

Pensaba que *Los* d*os hidalgos de Verona* era una de las peores obras de Shakespeare, y por lo que había oído, no solo se lo parecía a él.

—Estoy seguro de que me gustará.

Afortunadamente en ese momento, la señorita Mallory llegó para rescatarlo de su madre antes de que siguiera prometiéndole cosas que no podría cumplir por falta de tiempo.

—Buenas tardes, mi lord.

La señorita Mallory se veía muy hermosa cuando entró en la habitación. Los ojos de su madre se iluminaron mientras la observaba.

—Estás muy guapa, Adeline. —La señora Mallory dirigió su radiante sonrisa hacia él—. ¿No tiene un aspecto maravilloso, mi lord? Ese vestido de carruaje es impresionante.

—Sí. Es verdad.

A pesar de los molestos intentos de emparejarlo, Grayson estaba seguro de que acababa de darle más municiones por la forma en que mostraba su aprecio a la señorita Mallory. La diferencia es que no se fijaba tanto en lo atractiva que se veía con su vestido de carruaje, sino que imaginaba cómo se vería debajo de todas esas capas de ropa.

El vibrante color lavanda de su vestido, que abrazaba su cintura y sus caderas enfatizando sus encantadoras curvas, hacía que sus ojos de color azul profundo se vieran violetas. También llevaba un simpático sombrerito a juego, y le caía una red negra sobre la frente. Había dejado algunos rizos colgando por la cara, y el resto del cabello iba recogido en un moño.

Cuando la señora Mallory se aclaró la garganta, se dio cuenta de que miraba a su hija con el deseo de un hombre joven.

—¿Dónde está Michael?

La señorita Mallory se puso unos guantes negros de cuero de cabritilla y le sonrió.

¿Michael?

Por el amor a la bondad, tuvo que recomponerse para no hacer el completo ridículo.

—Está esperando en el carruaje con la señora Banfield. —Se volvió hacia la señora Mallory, que lo miró con una sonrisa muy peligrosa—. Es la tutora de Michael. Ella actuará como dama de compañía.

—Oh, no creo que a la edad de Adeline haya necesidad de que lleve a una acompañante.

La mujer hizo un gesto con la mano en señal de despedida, y él se quedó pensando en que quería Adeline se comprometiera

cuanto antes con él, para poder celebrar una boda que no tenía duda de que había estado planeando desde que lo vio.

—Oh, si, lleva mucho tiempo esperando, deberíamos darnos prisa.

La señorita Mallory dio unos pasos hacia su madre y le besó la mejilla.

Al llegar a la puerta principal, la señora Mallory corrió tras ellos.

—Por favor, venga a tomar el té con nosotros cuando regresen, mi lord.

La señorita Mallory se detuvo bruscamente, y él podría jurar que había oído el rechinar de sus dientes.

—En realidad, mamá, vamos a parar a tomar el té en Gunter, así que no será necesario. —Luego dio un empujón muy poco femenino a la puerta abierta—. La veré más tarde.

Una vez en los escalones, Grayson recogió la capa de la señorita Mallory a través de la puerta entreabierta del mayordomo, que parecía confundido por la rapidez con la que habían salido por la puerta. Una vez que la puerta se cerró, le colocó la capa sobre los hombros.

El aire exterior parecía más limpio. Más ligero. Era más fácil introducirlo en los pulmones. ¿Cómo diablos poder estar con la señorita Mallory sin sentir que cada vez que pasaba por la puerta de su casa entraba en el foso de los leones? Si esta visita hubiera durado mucho más tiempo, la próxima vez esperaba ser recibido por un vicario. Estaba seguro de que el diablo, siempre al acecho de las almas, no era tan obstinado como la señora Mallory.

—Mire lo que tengo.

La señorita Mallory levantó una pequeña bolsa de tela.

—¿Qué es eso?

La tomó del brazo y la ayudó a bajar las escaleras.

—Trozos de pan. Pensé que a Michael le gustaría dar de comer a los patos.

—Es una idea maravillosa —dijo Grayson.

Al llegar al último escalón, la señorita Mallory se volvió y lo miró con gran preocupación.

—Mi lord, me temo que debo disculparme una vez más por mi madre, y entendería perfectamente que desee reunirse con la organización sin mi presencia.

Grayson tomó su mano para ayudarla a subir al vehículo.

—No. Quiero que me acompañe. Ese era el plan. —Se subió detrás de ella, y observó que Michael enseguida se encaramaba en su regazo con una gran sonrisa—. Por favor, no se preocupe por su madre. Le aseguro que sé cómo manejar a las madres.

La señorita Mallory sentó a Michael en su regazo y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas tardes, señora Banfield.

—Buenas tardes.

La señora Banfield miró a Grayson con las cejas arqueadas. Él le devolvió la sonrisa. Al parecer, estaba tan impresionada como él por la forma en que Michael se había separado de ella de inmediato para estar con la señorita Mallory, y ella lo había hecho sentir cómodo en su regazo como si estuviera habituada a ello. Si algo podía a moverlo en la dirección hacia la que lo estaba empujando con todas sus fuerzas la señora Mallory, era la evidente adoración que tenía Michael por su hija.

—Encontré un libro en la biblioteca de mi padre sobre la sordera. —La señorita Mallory pasó una mano por el brazo de Michael—. Una de las cosas que se mencionan es que el tacto es fundamental para cualquier persona sorda.

Otro punto a su favor. Aunque no es que estuviera buscando puntos. Todavía pensaba que un matrimonio entre ellos no sería lo mejor para él. Podía fácilmente llegar a enamorarse de la señorita Mallory, aunque acabase de recomponer su corazón. Pero dudaba que pudiera sobrevivir a otro golpe.

—¿Puedo tomar prestado el libro?

Mientras Addie pasaba los dedos por los rizos de Michael, lo único que podía imaginar era que hiciera lo mismo con él. Qué sentiría si sus delicados dedos lo acariciaran. Y no solo el cabello.

—Sí. Por supuesto.

Tuvo que parar de imaginar para recordar su pregunta. Ah, sí. El libro.

—Gracias.

La señora Banfield preguntó a la señorita Mallory sobre su vestido, y el resto del viaje las dos mujeres fueron hablando de moda mientras Grayson observaba, hipnotizado, cómo la señorita Mallory y Michael formaban un vínculo que para él era a la vez una buena y una mala noticia.

Una vez que llegaron a Hyde Park, continuaron hasta que el estanque llamado Serpentine donde el carruaje se detuvo. Grayson salió y se volvió para ayudar a la señora Banfield y a la señorita Mallory. Michael estaba tan ansioso que saltaba de un lado a otro. Le hizo recordar que el niño necesitaba más estimulación de lo normal ya que no podía oír. Una vez que regresaran a Bath, con la esperanza de que algún tutor le prometiera trabajar con Michael, tendría que asegurarse de que su hijo tuviera más salidas de paseo.

También pensó que tendrían que ser con la señorita Mallory por lo mucho que Michael la quería.

Addie tomó a su hijo de la mano y lo llevó hacia el estanque. Sacó un poco de pan de la bolsa y se lo enseñó. Luego lo rompió en pedazos y los arrojó a los patos que habían salido del agua contoneándose hacia ellos. Entonces llegaron patos de las todas direcciones, lo que hizo que Michael aplaudiera y gritara.

Le dio algunos pedazos a él, y también los lanzó. Pasaron unos cuantos minutos hasta que se volvió para decirle algo a Grayson, y Michael inmediatamente corrió hacia el agua y cayó chapoteando mientras intentaba coger a un pato.

Grayson y la señorita Mallory gritaron:

—¡Michael, para!

Luego se volvieron el uno hacia el otro.

—No puede oírnos.

Cuando llegaron al agua la cabeza de Michael estaba a punto de desaparecer.

CAPÍTULO 8

Addie llegó a la orilla después de lord Berkshire, que había recogido a su hijo del lago farfullando y aullando. Los brazos de Michael se agitaban frenéticamente y señalaba hacia el agua gruñendo.

—Hace bastante frío, mi lord. Debemos irnos ahora mismo y llevar a Michael a vuestra casa antes de que le vaya a dar fiebre.

Addie corrió junto a ellos mientras Grayson acurrucaba a Michael que lloraba pegado a su pecho. Al verlos venir, el conductor abrió la puerta del carruaje antes de que llegaran al vehículo.

Addie subió primero y recogió a Michael de los brazos de Berkshire. La señora Banfield tardó un rato en alcanzarlos, y llegó al carruaje sin aliento. Una vez que estuvieron todos su señoría cerró la puerta del carruaje y el conductor puso el vehículo en marcha.

Addie apretó a Michael contra su pecho, y Berkshire se quitó a tientas su abrigo de lana para que lo envolviera con él. El cuerpo del niño estaba frío y mojado por lo que le frotó los brazos y las piernas con la mano para intentar que entrara en calor.

Michael había dejado de llorar, y simplemente yacía en sus brazos sollozando y temblando. Addie observó que lord Berkshire estaba quieto y pálido como la nieve. La señora Banfield sacudió la cabeza observando al niño.

—No deberíamos haber ido al parque. Lo mejor es que lo mantengamos en casa.

—¡No! —El arrebato de lord Berkshire hizo que tanto Addie como la señora Banfield lo miraran fijamente—. No quiero seguir tratando a mi hijo como si fuera un bicho raro. Aparte de no poder oír, es un niño normal con toda la energía y la curiosidad de cualquiera de su edad. No le negaré una infancia porque pueda hacerse daño. Cualquier niño podría haberse caído al agua aunque oyera perfectamente.

La señora Banfield resopló ante su desaprobación, pero Addie aplaudió su decisión. Berkshire le demostró una vez más que era un

hombre cariñoso que realmente se preocupaba por su hijo.

Eso la llevó a preguntarse sobre la anterior lady Berkshire. Sabía muy poco sobre su vida, excepto que a Berkshire no le gustaba hablar de ella.

Aunque el trayecto hasta la casa de Berkshire era bastante corto, con Michael temblando en sus brazos le pareció que estaban tardando una eternidad. Se había mojado con su ropa, y también tenía escalofríos. Prácticamente, parecía que entre los dos iban meciendo el carruaje.

Una vez que llegaron, Berkshire no esperó a que el conductor abriera la puerta, sino que saltó hacia afuera y tomó a Michael directamente de los brazos de Addie. Las dos mujeres lo siguieron escaleras arriba y entraron en la casa. Un mayordomo mayor y de aspecto bastante serio abrió la puerta.

—Brooks, prepara un baño caliente lo más rápido posible.

Berkshire subió los escalones de dos en dos, con Addie y la señora Banfield justo detrás de él. A pesar de estar concentrada en Michael, Addie se fijó en la decoración algo chillona del vestíbulo y la escalera. El papel pintado con filas de flores de color rojo intenso casi le provocó un dolor de cabeza. Una alfombra dorada los condujo a una sala de baño que había al final de un pasillo.

—Señora Banfield, ¿podría pedir a una de las criadas que busque algo para que se ponga la señorita Mallory? —Entonces puso a Michael de pie y comenzó a sacarle la ropa mojada—. Tendrá que ponerse ropa seca.

—No hace falta, mi lord. Puedo pedirle al conductor que me lleve a casa —dijo Addie que apenas podía hablar porque le castañeteaban los dientes.

Su barbilla estaba entumecida por el frío y tenía las manos congeladas.

Berkshire negó con la cabeza y llevó a Michael a la bañera que ya estaba parcialmente llena.

—No. No le irá bien en absoluto. Para cuando llegue a casa, estará completamente congelada.

—Mi lord, se podría poner un vestido de lady Berkshire. Imagino que habrá alguno que le quede bien a la señorita Mallory —

dijo una joven criada que había entrado en el cuarto de baño.

—Señorita Mallory, vaya con Sybil, y le dará algo para que se ponga.

Antes de que Addie pudiera darle las gracias e insistiera en volverse a su casa, la joven criada, que era bastante fuerte, la tomó del brazo y se la llevó. La señora Banfield se marchó también, presumiblemente para volver a su habitación, y Berkshire se quedó echando agua tibia sobre su hijo.

Addie generalmente no era supersticiosa, pero usar ropa de una mujer muerta la hacía sentir un poco incómoda. Se llevó una grata sorpresa cuando vio que el vestido que le pasó la criada le quedaba bien. Sin embargo, Sybil le mencionó que era uno de los vestido que había usado su señoría durante su embarazo. Afortunadamente, le quedaba bastante suelto en la cintura, pero se ajustaba perfectamente alrededor del busto.

Era un vestido precioso, de mucho mejor gusto que la decoración de la casa. La seda de color azul intenso iluminaba su cara. Llevaba unos hermosos bordados negros a lo largo del corpiño, en las mangas y en el dobladillo. Mientras se secaba con la toalla que le habían calentado en una estufa, y se vestía con el vestido de lady Berkshire, pensó en cómo habría sido la madre de Michael.

Sabía por *las* malas lenguas que algún tipo de escándalo había rodeado su muerte, pero nada más que eso. Ni siquiera estaba segura de si alguna vez la habría conocido. ¿Era guapa? ¿Poseía toda la gracia y el encanto que Addie no tenía, y que le permitió casarse con un conde?

Sybil regresó a la alcoba donde Addie se había vestido y la llevó al salón con instrucciones de Berkshire. Le explicó que debía quedarse a tomar un té, y que él se uniría a ella en cuanto el señorito Michael se pusiera el camisón y se tomara un vaso de leche tibia y galletas.

El té llegó solo unos minutos antes que Berkshire.

—¿Cómo está Michael?

Berkshire se sentó frente a ella, con una bandeja de té llena de pequeños sándwiches de pepino, berros y salmón ahumado, así como una variedad de galletas y pasteles.

Berkshire recogió la taza de té que Addie le pasó.

—Michael está en mucho mejor forma que yo.

Sacudió la cabeza y se metió un pequeño sándwich en la boca.

—Estas cosas son generalmente más difíciles para los padres que para los hijos. Me alegro de que esté mejor. No me gustaría que algo así lo desanimara para correr nuevas aventuras.

—Eso no va a pasar. He permitido que la señora Banfield tome gran parte de las decisiones con respecto a Michael, ya que no sabía qué hacer con el muchacho. —Negó con la cabeza—. Ya no lo voy a volver a permitir. Soy el padre del niño y pienso que necesita estar más expuesto al mundo.

—Si puede conseguir los servicios de un tutor para él, se le presentará una forma completamente nueva de ver su mundo —dijo Addie y se tomó el último sorbo de su té.

Grayson observó a la señorita Mallory mientras se limpiaba la boca con una servilleta y la colocaba junto a su plato.

—¿Es un vestido de mi difunta esposa? Margaret nunca se había visto tan bien con ese vestido. Si no recuerdo mal, se lo ponía durante el embarazo.

—Sí —dijo la señorita Mallory—. Me sorprendió que me quedara bien, pero luego Sybil me informó que la difunta lady Berkshire se ponía este vestido en particular antes de dar a luz.

—Debo decir que le queda mucho mejor.

La señorita Mallory suspiró.

—Imagino que lady Berkshire era bastante delgada.

Grayson asintió y se reclinó en su silla, sin dejar de observarla.

—Margaret era como un palo. La única vez que se veía realmente bien con su ropa fue durante el embarazo Michael. Tú, en cambio, tienes suficiente...

—¿Peso?

—No. Suficientes curvas como para llenar los vestidos correctamente —le dijo sonriendo con las cejas arqueadas.

—Gracias, mi lord, ahora, si me disculpa, creo que es hora de que regrese a casa. Si pide que me preparen el carruaje, se lo agradecería.

Grayson dejó a un lado la servilleta y se puso de pie. Dio una vuelta alrededor de la mesa sonriendo y Addie abrió los ojos de par en par ante su movimiento. Grayson se acercó a ella, le tomó ambas manos con las suyas e hizo que se levantara.

—Tengo la sensación de que no siente la atracción masculina.

Ella se limitó a mirarlo con los ojos como platos y la boca abierta. Luego asintió lentamente.

—Se equivoca, señorita Mallory. Como hombre considero que usted es muy guapa. Sus curvas volverían loco a cualquiera. Incluido yo.

—No entiendo...

—Así lo va a entender. He querido hacerlo desde que la vi por primera vez esa mañana en su librería.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, tomó sus mejillas con ambas manos y bajó la cabeza.

Addie respiró hondo mientras su boca cubría la suya. Se mantuvo bastante rígida hasta que Grayson deslizó su lengua entre sus labios y ella los abrió. La invasión fue rápida y completa. La estrechó contra él con mucha suavidad, y sus deliciosas curvas quedaron apretadas contra su cuerpo.

Ella era justo lo que necesitaba. Delicada, cálida, dispuesta y con ganas de aprender. Cuando Addie cautelosamente tocó su lengua, una explosión de calor inundó su cuerpo. Grayson, incapaz de mantener las manos quietas, le acarició la espalda, se entretuvo en sus nalgas y la atrajo hacia él con fuerza.

La señorita Mallory —Addie, iba a pensar en ella con su nombre de pila a partir de ahora— era una joven inocente, pero en absoluto dócil. Se permitió recorrer su espalda y sus hombros con sus manos, y después entremetió los dedos en el vello de su nuca.

Grayson se echó hacia atrás y le fue dando besos en la mandíbula, el cuello y la zona suave y sensible de debajo de la oreja.

—Eres tan guapa y atractiva.

Entonces decidió adentrarse en un territorio que no debía atravesar, y movió una mano para acariciarle sus generosos pechos. Frotó su pulgar sobre un pezón ya erecto, y se oyó un suave gemido. No estaba seguro de si había sido de él o de ella.

Addie respiró hondo.

—Oh, mi lord. Eso es maravilloso.

Su lengua rodeó su oreja y enseguida tiró suavemente del lóbulo con los dientes.

– Grayson. Llámame Grayson. —Le susurró suavemente al oído —. Dilo.

– Grayson —pronunció su nombre susurrando.

—Mi lord, Michael le pide que le lea un cuento. —La voz de la señora Banfield interrumpió su cerebro cargado de pasión—. Oh.

Addie lo apartó de un empujón y lo miró horrorizada.

—¡Mi lord!

Su cara estaba roja y le costaba respirar, lo que hacía que sus hermosos senos subieran y bajaran.

Como ya lo había descubierto en otros momentos inoportunos, Grayson miró a la señora Banfield, y ella le sonrió.

—Gracias, señora Banfield, por favor, dígale al muchacho que iré enseguida.

Ella asintió y salió de la habitación. Miró a Addie, que se había llevado las manos a la cara.

—Ay, me ha humillado. Me va a buscar la ruina.

Grayson la agarró por el brazo, y ella se intentó apartar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir la risa porque sabía que ella estaba avergonzada. Pero se sentía eufórico. Maravillado. Emocionado. Todo le parecía bien. Ella también se sentía bien. Quedaba por ver qué iba a hacer al respecto, pero por ahora tenía que calmarla o se marcharía de su vida para siempre.

—Addie, por favor no te molestes. Lamento que la señora Banfield nos haya interrumpido… —Ella se quejó con un gemido—. Pero no me arrepiento de haberte besado. Como ya te dije, era algo que quería hacer desde el momento en que nos conocimos.

Addie lo miró y respiró hondo.

—¿Puedes hacer que me traigan el carruaje? Creo que debería irme a mi casa.

—Muy bien. Pero no te irás sola, te acompañaré.

No estaba dispuesto a dejarla ir después de lo sucedido por si se obsesionaba y decidía que lo mejor era vender la librería y

regresar con sus padres.

Ella negó con la cabeza.

—No. Michael te está esperando.

—Mientras preparan el carruaje voy a ir a verlo y le explicaré, lo mejor que pueda, que le leeré dos cuentos cuando regrese.

Antes de que ella pudiera objetar de nuevo, la tomó del brazo y la acompañó hasta el vestíbulo.

—Grimsley, por favor, haz que traigan el carruaje. Acompañaré a la señorita Mallory a casa.

Grayson subió las escaleras más feliz y enérgico de lo que había estado en años.

Al día siguiente, Grayson hizo la visita prometida a la tía Mary. A pesar de que le había pedido, mejor dicho, le había ordenado que trajera a Addie cuando viniera a tomar el té con su imponente tía, llegó a la puerta de la casa exactamente a las tres de la tarde del día que había dicho que lo esperara.

—¿Es mi negligente sobrino nieto?

Bastaba con seguir la voz de la tía Mary para saber que ella le esperaba en el salón.

—Soy yo, tía. He llegado justo a tiempo, tal y como me pidió.

Cuando avanzó por la habitación no pudo evitar hacer una mueca de disgusto ante la decoración. Los revestimientos de las paredes, las alfombras, los cuadros recargados y las docenas de baratijas que había eran tan propios de la tía Mary que aunque no hubiera estado allí, habría sentido su presencia.

Se inclinó para besarla en su arrugada mejilla, y sintió el familiar aroma a manzana y canela que la rodeaba. Su olor enseguida le trajo recuerdos agradables de su infancia.

—Si la memoria no me falla, y no siempre lo hace, a pesar de mi edad, te pedí que me trajeras a tu hijo y a tu amiguita. —Dijo su tía mirando a su alrededor como si esperara que apareciera alguien por detrás.

No estaba muy seguro de por qué no había traído a Addie, excepto que el beso que se habían dado el día anterior lo había dejado sintiéndose muy bien, pero al mismo tiempo extrañamente

fuera de lugar. No estaba preparado para dar un nombre a sus sentimientos, y temía que la tía Mary lo hiciera antes de que él estuviera preparado.

Preparado para lo desconocido.

—Michael se cayó en el Serpentine ayer, por lo que lo voy a tener en cama un día más o menos para asegurarme de que no se vaya a resfriar. La señorita Mallory no pudo venir.

Cuando se sentó frente a ella, justo se abrió la puerta y entró un sirviente empujando un carrito de té.

—¡Puf! ¿Cómo es que tu hijo terminó en el Serpentine? ¿No lo estaba vigilando su cuidadora?

—Fue un accidente, y la señorita Mallory y yo también estábamos allí con él.

—¡Ja! Apostaría a que *la señorita Mallory* no vino porque no la invitaste. No lo debí dejar en tus manos. La próxima vez le enviaré una invitación. —Después de regañarlo, la tía ordenó al sirviente que colocara las tazas de té en la mesita que había entre ella y Grayson —. Tengo varias cosas que quería preguntarle.

—Eso es lo que me temía —murmuró él.

La tía golpeó el suelo con su bastón.

—Habla, muchacho. La edad no ha afectado a la memoria, pero parece que me está perjudicando un poco el oído. —Se inclinó hacia él—. A menos que lo que dijiste no estuviera destinado a mis oídos, ¿eh?

Se rió al verla como si fuera la bruja de alguno de los libros de cuentos que le había leído de niño.

Una vez que le sirvió el té y le pasó las galletas y los sándwiches, dijo:

—Estoy feliz de ver que avanzas, ¿sabes?

Grayson casi se atragantó con el té.

—¿Quién dijo que esté avanzando?

La tía Mary lo estudió mientras tomaba su taza de té, y su rostro arrugado se suavizó.

—Ya es hora, joven. Margaret ha muerto, y su traición murió con ella.

—No quiero hablar de eso.

Aunque estaba bastante seguro, su tía justamente quería hablar de eso cuando lo invitó.

Había pasado un montón de noches pensando obsesivamente en cómo había podido pasar por alto el hecho de que su esposa estaba teniendo una aventura con su hermano.

¡Con su propio hermano!

Después de los primeros meses de su matrimonio, Grayson se dio cuenta de que Margaret estaba inquieta, y que no parecía adaptarse a una rutina matrimonial normal. Pero él la amaba, y por eso nunca vio, o no quiso ver, su insatisfacción.

Cuando se quedó embarazada de Michael, pensó que todo eso acabaría. La idea de que su cuerpo se fuera a hinchar para llevar a su hijo, y que luego tuviera que sostener al bebé pegado a su pecho, lo llenaba de asombro y felicidad.

Pero a ella la maternidad no le había parecido más atractiva que su matrimonio.

Después de meses de quejarse de fatiga, náuseas e hinchazón, tuvo un parto muy fácil y encantada entregó su hijo a una nodriza y a una niñera para que lo cuidaran. Después no dejó de quejarse hasta que Grayson accedió a dejar a Michael en la finca del campo mientras se iban a Londres a pasar la temporada de fiestas. Su hermano Peter y su esposa, Beatrice, pronto los siguieron.

Durante meses trató de fingir que todo estaba bien, que Margaret no era más que una mujer alegre que necesitaba arreglarse, chismorrear, bailar, ir de fiesta que había tenido que renunciar a muchas cosas por llevar una vida matrimonial tranquila.

Pero él la amaba.

Un amor que lo tenía cegado. Y su hermano lo traicionó.

Todavía recordaba cómo se había quedado paralizado cuando leyó la nota que su esposa le dejó. Se iba del país con su hermano, Peter. Apenas había tenido tiempo de digerir la información cuando un agente de la Policía Metropolitana de Londres llegó a su casa con la noticia de que el carruaje en el que huían se había chocado contra un muro de ladrillos en una curva cerrada.

Habían fallecido los dos.

—Deja de cavilar tanto, joven. —La tía Mary lo sacó de sus pensamientos—. Tu esposa era una ramera y tu hermano un canalla. Olvídalos y piensa en tu hijo.

Grayson se pasó los dedos por el pelo.

—Ah, sí. Michael.

—Un niño muy guapo al que no veo casi nunca.

Frunció el ceño y tomó otro sorbo de té.

Grayson sonrió.

—Lo asustarías, y después tendría pesadillas.

Ella hizo un gesto de desdén de la mano.

—¿Qué está pasando con la viuda de Peter y su insensata demanda contra el niño?

Sabía que la tía Mary también lo mencionaría.

—Nada en este momento. Mi abogado dice que no tiene ninguna posibilidad de que Michael sea incapacitado, y que su hijo, David, sea mi presunto heredero.

—Otra razón para casarse de nuevo, Grayson. Si tienes otro hijo, su reclamación no servirá de nada. Aunque consiga que Michael sea incapacitado, otro hijo anularía su petición.

Casarse de nuevo.

Lo que hacía poco tiempo era una idea fácilmente descartable, ahora no le parecía tan terrible. Tal vez Addie tenía algo que ver con eso. A decir verdad, tenía bastante que ver con ese cambio en su manera de pensar.

Podía imaginarse estando casado con ella. Tendrían una relación muy agradable cargada de respeto y cariño.

Respondiendo a lo que le había expresado su tía, dijo:

—Lo siento por Beatrice. Fue tan víctima de la traición de Peter y Margaret como lo fui yo.

—¡Bah!—La tía dio un buen golpe con el bastón—. Eres demasiado bueno. Ser traicionada por su marido no significa que después intentes despojar a un niño de su futuro incapacitándolo. Si alguien es un incompetente, es ese tonto hijo suyo.

El sobrino de Grayson, David Hartley, era un muchacho malcriado e incorregible y, con sólo diez años, ya había sido

expulsado de Harrow por razones disciplinarias, después de prácticamente haber matado a otro estudiante en una pelea.

—Cásate, Grayson. Intenta dejar a tu esposa embarazada y ten otro hijo. Así acabarán sus tonterías y tú serás un hombre mucho más feliz. —Como él permaneció en silencio, añadió—: Y tu hijo será un niño mucho más feliz.

CAPÍTULO 9

Había llegado el día en que se tenían que reunir con un experto de la organización que podría ayudar a Michael.

Cuando iban en el carruaje de Grayson, que avanzaba por las calles de Londres para dirigirse la casa del señor Gerard Simmons, que vivía en las afueras de Mayfair, Addie no entendía por qué estaba tan nerviosa, pero tenía las manos húmedas y no dejaba de acariciarse el labio superior con el pañuelo.

Grayson parecía tan tenso como ella. Iba todo el rato ajustándose la corbata y aclarándose la garganta. La señora Banfield y Michael parecían ajenos a todo el asunto, e iban tranquilos mirando por la ventana. Michael se había deslizado por encima de la señora Banfield para acurrucarse en el regazo de Addie.

En muy poco tiempo, ya sentía que amaba a ese niño. Tenía los ojos, el pelo y la mandíbula ancha de Grayson, y algún día iba a ser un hombre guapo. La inteligencia y la curiosidad de sus ojos indicaban que tenía muchas posibilidades de llevar una buena vida, a pesar de su sordera.

Se detuvieron ante una hermosa casa adosada, que tenía una puerta blanca con molduras en negro. La aldaba de metal, que se encontraba en el centro de la puerta, representaba una cabeza de serpiente. Grayson la ayudó a ella y a la Sra. Banfield a salir del coche, y tomó a Addie del brazo. La señora Banfield se apoyó en la mano de Michael.

Cuando acaban de comenzar subir los escalones de la entrada, se abrió la puerta principal. Había abierto la puerta un hombre de aspecto majestuoso, que iba vestido con el uniforme de la casa. Probablemente tendría unos cincuenta años y su condición física mostraba que no se debía perder muchas comidas.

Su rostro era agradable y sonriente.

—Buenas tardes. El Sr. Simmons les espera en el salón. Si me acompañan.

Enseguida procedió a guiarlos por el pasillo y pasaron junto dos puertas cerradas. Se detuvo en la tercera entrada, y dio un ligero golpe antes de abrir la puerta corrediza.

—Señor, han llegado sus invitados.

El señor Simmons se levantó de la silla que ocupaba detrás de un escritorio muy grande donde tenía varios libros abiertos. Era un hombre agradable, mucho más joven de lo que Addie había imaginado.

Llevaba su cabello rubio oscuro alborotado, como si hubiera estado pasándose los dedos muchas veces. Tenía los ojos de color marrón intenso y una ligera cicatriz en el labio superior. Aunque su cuerpo era robusto, estaba delgado. Cuando sonreía, le aparecían una pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos y junto a su boca, lo que hizo ver a Addie que le gustaba mucho sonreír.

Su comportamiento la relajó de inmediato.

Rodeó el escritorio y se acercó a ellos.

—¿Supongo que es usted la señorita Mallory? —Tomó su mano, la apretó ligeramente y luego se volvió hacia la señora Banfield—. ¿Señora Banfield?

Ella se sonrojó y asintió. A continuación, estrechó la mano de Grayson y enseguida dirigió su atención a Michael. Se puso en cuclillas frente a él y lo miró a los ojos.

—Hola.

Michael miró al señor Simmons y a Grayson. Cuando su padre asintió con la cabeza, el niño miró al señor Simmons y sonrió. El hombre tomó a Michael de la mano y lo llevó hasta donde tenía una pequeña caja de vidrio llena mariposas. Señaló una de las mariposas y se volvió hacia Michael. Después cruzó sus dos manos sobre el pecho, con las palmas hacia él. Entrelazó los pulgares e hizo un movimiento de agitación con las manos.

Michael lo estudió atentamente. Entonces el señor Simmons volvió a señalar las mariposas y luego hizo un gesto a Michael. El niño parecía confundido, pero el señor Simmons volvió a hacer lo mismo, y enseguida ayudó a Michael a colocar las manos en la posición correcta y le enseñó cómo agitarlas.

Hizo que lo hiciera tres veces más. Luego lo tomó de la mano y lo acompañó hasta el escritorio donde sacó un libro. Cerró el libro y lo señaló. Luego unió las manos por las palmas, y juntando los meñiques las abrió como si fueran un libro.

Michael observó cómo lo hacía un par de veces. Entonces el señor Simmons señaló a Michael y luego hizo un gesto hacia el libro.

Sin dudarlo, imitó el niño lo que había hecho el señor Simmons, y rápidamente miró a Grayson con una sonrisa brillante en la cara.

¡Lo había entendido!

La lección continuó con el señor Simmons mostrándole diferentes cosas en la habitación para que usara las manos para indicar qué objeto era. A Addie le sorprendió lo rápido que Michael estaba entendiendo lo que hacía.

Ella, la señora Banfield y Grayson sacudieron la cabeza asombrados por todas las cosas que Michael era capaz de nombrar con sus manos. Al cabo de unos quince minutos, tras repasar todo lo que habían hecho, el señor Simmons le dio unas palmaditas en la cabeza y le entregó un pequeño caramelo.

Señaló los asientos que tenía frente a la chimenea. Los adultos habían estado tan entretenidos que se habían quedado de pie observando al señor Simmons y a Michael todo el tiempo.

Una vez que se instalaron, y Michael se dispuso a comerse el caramelo, el señor Simmons dijo:

—Mi lord, su hijo es muy inteligente. ¿Dijo que tenía cuatro años?

—Sí. Los cumplió el pasado mes de mayo.

El señor Simmons sonrió ligeramente.

—Y estoy seguro de que ha habido quien le haya intentado hacer creer que es tonto.

Grayson frunció el ceño.

—Sí. Así ha sido. —Entonces se volvió para mirar a su hijo con todo el amor y el orgullo que un padre siente por un hijo que acaba de conseguir llevar a cabo un nuevo y difícil desafío—. Pero siempre supe que estaban equivocados.

Addie miró a la señora Banfield, que se estaba secando las lágrimas de los ojos. Addie también sintió que se le había formado un nudo en la garganta.

El señor Simmons volvió a su escritorio y sacó un bloc de notas del cajón del medio. Mojó su pluma en el tintero, preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que se le hizo una prueba de audición a su hijo?

—Hace aproximadamente un año, como todavía no hablaba, me preocupé por él. Mi médico le hizo una especie de prueba y determinó que era sordo.

—¿De los dos oídos?

Grayson se movió inquieto en su asiento.

—Supongo que sí. Disculpe, señor Simmons. Cometí al principio el error de creer que carecía de inteligencia, que era lo que todo el mundo intentaba decirme. Por lo que me sentí muy aliviado cuando supe que no hablaba porque era sordo, así que lo acepté y no hice nada más.

El señor Simmons asintió y siguió escribiendo.

—¿Recuerda qué tipo de prueba le hizo el médico?

—Fue bastante simple, en realidad. Simplemente apartó a Michael de él e hizo varios ruidos.

Simmons negó con la cabeza, pero no dejó de garabatear en su libreta.

—Hace varios años, el señor David Edward Hughs comenzó a usar un audiómetro. Con su permiso, me gustaría concertar una cita con mi médico, que tiene el aparato de medición, para que podamos examinar a su hijo y ver si podemos determinar el grado de sordera que padece.

—Eso sería maravilloso —dijo Grayson mirando a Addie, que le sonrió.

La reunión iba tan bien que ya no estaba nervioso.

Hablaron un poco más, y después, cuando estaban listos para partir, el señor Simmons tomó a Michael de la mano y lo acompañó hasta el centro de la habitación. Agarró suavemente al niño por la barbilla para que lo mirara directamente a la cara. Luego hizo el signo de la mariposa.

Al principio, Michael se limitó a mirarlo, pero enseguida sonrió y corrió hacia la vitrina a señalar las mariposas. El señor Simmons continuó así hasta que Michael identificó todos los elementos que le había enseñado.

—Sí, mi lord —dijo el señor Simmons, dando unas palmaditas en la cabeza de Michael—. Es un niño muy inteligente. Me pondré en contacto con varias personas que podrían estar dispuestas a asumir la tarea de enseñar a su hijo.

Dos días después de la reunión con el señor Simmons, Addie estaba en su casa esperando a Grayson para acompañarlo a un baile. Una vez que se supo que lord Berkshire había regresado a Londres, comenzaron a llegarle invitaciones a una velocidad aterradora, y le rogó que lo acompañara.

La temporada oficial de fiestas había terminado, pero los que se quedaban en la ciudad preparándose para la temporada navideña seguían asistiendo a eventos sociales, aunque menores. A pesar de que la esposa de Grayson ya había fallecido hacía dos años, todavía no había asistido a ningún *gran* evento social.

Aunque no lo mencionaba, un hombre joven, guapo, rico y con títulos era un sueño hecho realidad para las madres con hijas casaderas que no habían encontrado pareja durante la temporada regular de fiestas de la alta sociedad.

Para Addie era un misterio por qué Grayson habría pensado que ella pudiera ser un elemento disuasorio ante esas damas. Nunca había captado la atención de ningún hombre durante la temporada de eventos sociales, y que era ridículo que nadie pensara que Grayson estuviera cortejando a una fracasada.

Pero le gustaba la idea de aparecer del brazo de un señor codiciado como si fuera algo habitual en ella.

Addie se miró al espejo y se ajustó el corpiño del vestido. El vestido de terciopelo color vino tinto le quedaba ajustado por la cintura y ceñido alrededor de los pechos. El ribete del corpiño de corte cuadrado y los puños de las mangas largas habían sido bordados con hilo dorado.

Había sido un milagro que su madre se las hubiera arreglado para hacer un vestido en tan pocos días. Imaginaba lo mucho que habría tenido que pagar tanto en dinero como en promesas.

Agnes, la criada de su madre, le había recogido la cabellera, generalmente indómita, y le había hecho un bonito peinado lleno de perlas trenzadas. Además, su madre le había prestado un hermoso collar de rubíes con pendientes a juego.

Nunca se había visto tan bien, a pesar de no haber perdido ni un kilo de peso. Tenía los tirantes muy apretados para que el vestido pudiera verse maravilloso, pero le costaba un poco respirar. Un sencillo baile campestre podría hacer que se desmayara por falta de aire.

—Señorita, su caballero ha llegado.

Agnes se sonrojó y soltó una risita al anunciárselo desde la puerta del dormitorio. Pero se había marchado antes de que Addie alcanzara a murmurar:

—No es mi caballero.

Después suspiró y recogió los guantes y la retícula. Le costaba respirar al inclinarse. Iba a ser una noche difícil.

Por supuesto, cuando llegó al piso inferior Grayson se encontraba con su padre en la biblioteca. Lo más probable es que le hubiera hecho un interrogatorio sobre sus ingresos, inversiones, propiedades y salud general en general. No le hubiera sorprendido encontrarse con su padre examinando los dientes de Grayson.

Cuando accedió a la habitación vio que ambos estaban sentados cómodamente en dos butacas frente a la chimenea, bebiendo brandy como si lo hubieran hecho durante años.

Los dos se pusieron de pie cuando ella entró. Los ojos de Grayson la observaron de arriba a abajo, y su sonrisa fue creciendo mientras la analizaba. Enseguida se inclinó hacia ella.

—Está usted preciosa esta noche, señorita Mallory.

—Gracias, mi lord —Addie hizo una ligera reverencia, que era lo único que podía hacer sin desmayarse.

Su madre entró apresuradamente en la habitación.

—Ay, bueno. Todavía no os habéis marchado. —Cruzó la habitación y se detuvo frente a Addie, a la que habló en voz baja—

Esta podría ser tu oportunidad. A los hombres les encanta llevar a las mujeres a jardines oscuros.

—Mamá, ¿qué es lo que me quiere decir? —Farfulló Addie.

Es posible que no es que le estuviera diciendo que tenía que comprometerse. Pero, realmente, a veces su madre iba demasiado lejos.

La señora Banfield, que había actuado como su dama de compañía durante el viaje, como todavía era tenía que cuidar de Michael no asistía a los eventos nocturnos. Pero, dado que Addie era una reconocida solterona emprendedora, ya no casi nada podía dañar su reputación.

—Solo te hago una sugerencia, querida. No hay necesidad de alterarse por nada que no valga pena.

– ¿Te apetece un jerez, Adeline?

Su padre levantó el decantador de jerez.

—Tenemos tiempo si lo desea —dijo Grayson.

Y le daría más tiempo a su madre para seguir diciendo cosas inapropiadas.

—No, gracias.

Grayson se bebió el resto de su bebida y colocó el vaso vacío en la mesa junto a él. —Entonces nos vamos.

Una vez que llegaron a la puerta principal, Grayson recibió su capa de Grimsley y se la colocó sobre los hombros. El aire de la noche era frío, y la zona estaba envuelta en niebla. Bajaron las escaleras hasta el carruaje de Grayson.

—Que lo pases bien, querida —gritó la madre desde la puerta.

Grayson casi había enmudecido Addie entró en la biblioteca. El vestido que llevaba mostraba cada una de las curvas de su delicioso cuerpo. Y el rojo intenso resaltaba la cremosidad de su piel. Pero más que eso le impresionó fue la cara de sorpresa que puso cuando la felicitó.

Le había desconcertado que le dijera que había tenido muy poco éxito en las fiestas. Si debería tener a hordas de hombres persiguiéndola. Le extrañaba que nadie la hubiera elegido entre las demás jóvenes solteras.

En cuanto se acomodaron en el carruaje emprendieron el corto viaje hasta la casa de lord y lady Stevenson para asistir a su baile. Después de ajustarse las faldas, Addie se aclaró la garganta y lo miró a los ojos.

—Mi lord...

—Grayson.

—Sí, claro. Creo que te expliqué que no soy la persona más dotada para ir a un baile.

—Sí. Me contaste que una vez te chocaste con un sirviente.

Parecía tan desolada que quería tomarla en sus brazos, sentarla en su regazo y decirle que él arreglaría cualquier problema que le preocupara.

—Mezclo las cosas en mi mente. Cuando los bailarines se mueven en una dirección, seguro que voy al revés. He hecho que más de un compañero se sienta incómodo conmigo, así como los a los demás bailarines de nuestro círculo.

—Ya veo. —Trató de no sonreír, pues la expresión seria con que lo miraba le recordó a una niña pequeña que intenta explicarse para salir de un apuro—. Continúa.

—Eso es todo. De hecho, esta es una de las razones por las que dejé Londres hace casi un año y me instalé en Bath. Nunca tuve mucho éxito.

Grayson negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo contigo, Addie. Te mudaste de tu casa familiar porque querías vivir en otra ciudad y abrir una librería, que además diriges muy bien. ¿Cómo puedes decir que no has tenido éxito?

—No entiendes a lo que me refiero. No he tenido éxito en los salones de baile. Soy un fracaso social.

Grayson no pudo contenerse más y se rió, pero de inmediato se arrepintió al observar el ligero rubor que había adquirido el rostro de Addie, así como la rigidez de sus hombros.

—No es gracioso.

Cedió a su compulsión y extendió una mano para atraerla a su lado. No a su regazo, como hubiera preferido, ya que seguramente eso era bastante inapropiado.

—Si los pasos de baile te confunden, entonces no bailaremos más que un vals.

—Sería un escándalo que bailáramos el vals más de una vez.

—Entonces bailaremos un solo vals, y pasaremos el resto del tiempo socializando.

Addie negó con la cabeza y seguía pareciendo triste.

—No. Te pedirán que bailes con las otras jóvenes. Además, eres un candidato perfecto para las madres casamenteras.

Palideció al pensar en todas las jóvenes y madres que harían un último intento para hacer que se comprometiera antes de del comienzo la siguiente temporada de fiestas.

—Entonces cumpliré con mi deber y bailaré con una o dos jóvenes. Pero...—Le tomó la barbilla entre los dedos, inclinando su cabeza—: Tienes que bailar uno o dos bailes campestres conmigo. Te mantendré siempre en la dirección correcta.

Antes de que pudiera responder, el carruaje se detuvo frente a la mansión de los Stevenson. Había una cola corta, y todavía no habían recogido sus cosas. Addie se movió rápidamente al otro lado del carruaje cuando un sirviente abrió la puerta.

—Buenas noches.

Extendió su mano, pero antes de que Addie la pudiera alcanzar, Grayson saltó por detrás, obligando al sirviente a hacerse a un lado. Luego le ofreció su propia mano.

Ella aceptó, él le puso la mano en el brazo y rápidamente se dirigieron a la fiesta de los Stevenson. Grayson notó que Addie le apretaba el brazo.

Estaba bastante molesto con los estúpidos caballeros de la *alta sociedad le habían hecho desistir de buscar marido,* tal como Addie le había contado. A pesar de no estar bien dotada para el baile, ¿cómo no iba a tener una mujer tan guapa y con tanto encanto e ingenio, decenas de peticiones de mano? Los hombres de Londres eran unos imbéciles, sin duda. Pero por otro lado, ahora Addie estaba libre y podía considerarla como su futura esposa. Sí. Por fin se había dado cuenta de que tener una esposa y una madre que defendiera a Michael era lo mejor que le podía pasar. La tía Mary tenía razón, simplemente le había llevado cierto tiempo reconocerlo.

Y si estaba considerando dar ese paso, después de jurar que no lo volvería a dar nunca más, la señorita Adeline Mallory era la mujer más indicada.

Por supuesto, no tenía ni idea de si ella aceptaría su propuesta, pero esperaba que entendiera que era lo más correcto. A pesar de su independencia, necesitaba tener a un hombre a su lado. Todas las mujeres lo necesitaban. Podría vender la librería y dedicarse a administrar sus propiedades y a ayudar con Michael.

Como era una mujer inteligente, seguramente estaría más que abierta a tener un matrimonio con un hombre de ideas afines para desarrollar una relación cálida y amistosa sin tener que sufrir las complicaciones desenfrenadas del amor pasional. Tal vez la había subestimado al pensar que un matrimonio sin amor podría ser letal para ella. Era demasiado inteligente, se aseguró a sí mismo.

Después de entregar sus abrigos al sirviente de la puerta, Addie y él llegaron a la fila de recepción.

—¡Lord Berkshire! No sabes lo felices que no haces por haber aceptado nuestra invitación.

Lady Stevenson prácticamente se lanzó encima de él, al intentar agarrar la mano de Grayson desde detrás de su esposo.

—Mi lady, es realmente un placer verte de nuevo. —Grayson se volvió hacia Addie—. Supongo que conoces a la señorita Mallory.

El rostro de lady Stevenson se desplomó.

—Oh, sí, en efecto. ¿Cómo está, señorita Mallory? Creí oír que se había mudado a Bath. —Pero antes de que pudiera responder, lady Stevenson se volvió hacia Grayson—. Mi lord, mi encantadora sobrina lady Diana está de visita con nosotros. —Se apartó de la fila de la recepción y lo tomó del brazo—. Solo sé que le encantaría conocerte.

Grayson quiso decir algo, pero no pudo porque lady Stevenson no dejaba de recitar todas las cualidades de su sobrina. Al entrar en el salón de baile, se dio la vuelta y vio a Addie mirándolo fijamente.

CAPÍTULO 10

Addie vio cómo lady Stevenson se llevaba a Grayson antes de que lord Stevenson se dirigiera a ella. La pequeña sonrisa que le ofreció le ayudó un poco.

—Parece que estamos a punto de terminar con la fila de recepción, señorita Mallory. ¿Puedo acompañarte al salón de baile?

¿Qué iba a hacer? Había pasado por eso muchas veces antes. Siempre se quedaba sola en los eventos sociales. Pero ya no era la misma señorita Mallory que se escabullía como un pájaro asustado o se escondía en los rincones detrás de las plantas feas. Ahora era la propietaria de un negocio. Vivía sola y tomaba decisiones importantes cada día.

Levantó la barbilla y aceptó el brazo de lord Stevenson.

—Gracias, mi lord.

Juraría que el hombre había murmurado, «bien hecho», mientras le cogía la mano y la ponía en su brazo. Addie entró en la habitación y se ordenó a sí misma que tenía que dejar de temblar. Respirar hondo le sería de ayuda, pero como llevaba el corsé tan apretado eso era poco probable. En ese punto, pensaba considerar que la velada había sido un éxito si no terminaba desmayada.

Lady Stevenson había arrastrado a Grayson hasta una joven encantadora, que debía de ser su sobrina.

La confianza recién adquirida de Addie desapareció cuando vio a lady Diana. Era alta, esbelta y llevaba un vestido demasiado escotado para ser una dama soltera. Se había aferrado al brazo de Grayson y lo miraba como si él conociera los secretos del universo y estuviera a punto de compartirlos con ella. Era parecida a todas las mujeres que la habían despreciado a lo largo de los años.

Sin embargo, parecía que lady Diana no iba a tener a Grayson para ella sola. Otras dos damas se acercaron a ellos. Mientras, Addie hablaba con lord Stevenson y dos personas de su séquito sobre el precio del grano y el problema de perder operarios en las fábricas,

Grayson rápidamente se vio rodeado por varias damas. Y no es que ella estuviera mirando, por supuesto.

Algunas de ellas eran "sobras" de las otras temporadas, y a algunas las recordaba de su tortuoso tiempo en Londres. Naturalmente, también acudían a su lado las siempre presentes mujeres mayores y viudas aburridas que buscaban un hombre para calentar su cama.

A pesar de que había sido escoltada al baile por un caballero muy guapo, se encontraba justo en el lugar donde había estado durante todos sus años de fiesta. Apartada en una esquina. La única diferencia era que ahora hablaba con caballeros lo bastante mayores como para ser sus abuelos, en lugar de mujeres lo bastante mayores como para ser sus abuelas.

Con suerte, así evitaría tropezarse con algo o que se le derramara la bebida en el vestido, lo que haría que la noche tuviera un éxito moderado. Lo que más quería evitar era avergonzar a Grayson.

La orquesta se puso a tocar un vals, y todas las damas que pululaban en torno a Grayson lo miraron con ojos de adoración. Con tantas pestañas revoloteando a su alrededor era increíble que su cabello se mantuviera en su lugar.

Addie negó con la cabeza por pensar esa tontería, pero enseguida sus ojos se abrieron de par en par cuando Grayson murmuró algo a las damas que lo rodeaban y se separó del grupo. Avanzó directamente en su dirección, y ella se volvió para ver hacia quién se dirigía. No había nadie detrás de ella, excepto la planta grande fea detrás de la que se escondía.

Mientras cruzaba la habitación, su actitud se asemejaba al de un león joven y poderoso que acecha a su pareja. El corazón de Addie comenzó a latir con fuerza y, por alguna extraña razón, sintió la necesidad de huir. Entonces se recordó a sí misma que era Grayson. Que era inofensivo.

¿O no lo era?

—Creo que éste es mi baile, señorita Mallory. —Le hizo una reverencia, le tomó la mano y ella sintió su calor a través de los

guantes—. Cierra la boca, querida, o me veré obligado a besarte. Eres toda una tentación ¿o no lo sabes?

Sonrió cuando ella cerró la boca de golpe.

—¿Por qué… Por qué estás bailando *conmigo*?

Addie miró a su alrededor a la manada de mujeres que la observaban fijamente. Le costaba no sonreír. Estaba con uno de los hombres más guapos de la fiesta, y lo había alejado de mujeres hermosas, populares y muy solicitadas.

—Te dije que bailaríamos el vals. —La tomó en sus brazos y la llevó a la pista de baile—. No entiendo por qué te sorprende.

Era tan elegante y perfecto bailando vals como lo era en todo lo demás. Las mujeres que la habían estado mirando ahora juntaban sus cabezas asombradas

La triste flor solitaria había ganado.

—Tenías a tantas mujeres hermosas y elegantes dispuestas para ti.

Grayson enarcó las cejas.

—¿Y?

—Bueno, solo pensé... Uy, lo siento...

Le había pisado el pie al girar en dirección equivocada.

– Addie. Mírame a los ojos. No te mires los pies. —La estrechó un poco más—. Sí. Así. No te preocupes por lo que hacen tus pies, simplemente relájate y deja que te guíe.

Sorprendentemente, le era más fácil seguirlo si lo miraba fijamente a los ojos. Pero también le provocaba hormigueos en el estómago, y especialmente en las puntas de sus pechos y bajo su vientre.

Grayson iba modulando la presión sobre su espalda para indicarle cómo moverse. Suspiró. Si hubiera sido su maestro de baile, podría haber tenido un poco más de éxito en las pistas de baile.

Sin embargo, seguir mirándolo a los ojos no era una buena idea. El fuego que veía en ellos la asustaba y la emocionaba. Su rostro se enrojeció y el calor que irradiaba el cuerpo de Grayson la estaba calentando como una chimenea.

La sujetaba con más fuerza aún cuando giraban. Se sentía elegante, encantadora y feliz. ¡Estaba bailando! Y no se tropezaba con sus propios pies ni con los de su pareja. Se rió completamente feliz.

—Me encanta verte reír. No lo haces lo bastante, ¿sabes?

Los labios de Grayson formaron una sonrisa torcida que hizo que pareciera un niño pequeño. Pero era un niño que la sostenía en sus brazos.

Realmente tenía que controlarse. Cada minuto sentía más calor, y su corsé la apretaba en exceso. Necesitaba respirar profundamente, para detener el mareo que le estaba provocando el baile .

¡Oh, cielos! ¿Y si se desmayaba ahí mismo en brazos de Grayson en medio la pista de baile y que todos lo presenciaran? Lo miró preocupada.

—Addie, ¿no te encuentras bien? —La observó con preocupación.

—¿Por qué —dijo jadeando—, tú —volvió a jadear—, crees que estoy… —más jadeos...— mal?

Continuó mirándola fijamente, entrecerrando los ojos.

—Tal vez porque te estás poniendo cada vez más pálida, y parece que te cuesta respirar.

Vaya. Se había dado cuenta.

—¿Addie?

Por suerte, paró de bailar y ella se inclinó.

—No puedo... respirar.

En lugar de hacer más preguntas, hizo que giraran y salieron por la puerta del jardín, que afortunadamente estaba abierta ya que la habitación se había calentado bastante a pesar del frío que hacía en el exterior. Enseguida Grayson la apartó a un rincón.

—¿Por qué no puedes respirar? ¿Estás indispuesta?

No había forma de salir de esa situación. Tenía que contarle su dilema o desplomarse a sus pies, lo que haría saltar todo tipo de alarmas. De modo que, a pesar de su vergüenza, susurró:

—El corsé.

Grayson se inclinó hacia ella. No estaba segura porque estaba oscuro, pero tenía la horrible sensación de que él se había reído.

—¿Tu corsé?

En lugar de inspirar todo el aire que era capaz de llevar a sus pulmones, se limitó a asentir.

—Ven.

Grayson le rodeó los hombros con un brazo y medio levantándola la cargó varios metros por el patio hasta otra puerta por la que entraron. La habitación estaba oscura y, por lo que podía ver entre las sombras, debía de ser la biblioteca de lord Stevenson.

El mareo iba en aumento a medida que su visión se nublaba. Pero antes de sucumbir y desmayarse, Grayson la giró rápidamente.

—¿Demasiado apretado?

Ella asintió sintiendo tanta vergüenza que pensó que tal vez desmayarse no era tan malo.

Grayson le desabrochó rápidamente la parte trasera del vestido y aflojó las cuerdas de sus tirantes en un instante. Intentó que no se notara lo hábil que era para esa tarea. Addie entonces pudo respirar por primera vez desde que se había puesto el vestido.

Se cubrió la cara con las manos y deseó que la tierra se abriera y se la tragara.

—Lo siento mucho.

Incluso ella alcanzó a sentir lo patética que había sonado su voz. No culparía a Grayson si la dejaba sola en la biblioteca y volvía con las encantadoras mujeres cuya compañía había dejado para bailar con la triste flor solitaria.

—No hay nada de qué arrepentirse. —La tomó de las muñecas y le quitó las manos de la cara— Addie, ¿por qué permitiste maltratarte de esa manera?

Ella seguía negándose a mirarle, pero se quedó observando su corbata.

—Era la única forma de caber en el vestido.

Eso es lo que sucede cuando eres regordeta, y tu madre se niega a reconocerlo, y pide que te hagan un vestido de la talla que le gustaría que fueras.

Grayson colocó una mano debajo de su barbilla y le levantó la cabeza. Así ella se vio obligada a mirarlo a los ojos. Pero no vio la lástima o el disgusto que se esperaba encontrarse, sino diversión.

—Cariño, no vuelvas a hacer eso. Eres maravillosa tal y como eres.

Le pasó las manos por los costados y luego, las llevó a su cintura para acercarla a él hasta que sus cuerpos se tocaron.

Volvió a percibir hormigueo que había sentido en la pista de baile. Era la misma sensación cálida, excitante y aterradora de antes. Se lamió los labios justo antes de que Grayson bajara la cabeza y la besara con mucha suavidad.

Un beso que comenzó siendo suave y tierno, pero pronto se convirtió en mucho más. Grayson invadió su boca, pasó un brazo alrededor de sus hombros y el otro por la cintura y la atrajo con fuerza contra su duro cuerpo.

Un cuerpo cálido, musculoso y fuerte.

Alguien gimió, y Addie no estaba segura de si había sido ella o él. Le pasó la lengua por la boca, y empujó contra ella para que se abriera. Entonces la deslizó hacia adentro y llevó las manos a sus mejillas para inclinar su cabeza de manera que pudiera darle un beso aún más profundo.

El sonido de las voces que provenían del pasillo que daba a la puerta de la biblioteca fue como un cubo de agua fría. Pero cuando se separaron, la parte superior del vestido, que todavía estaba suelto, se le resbaló de los hombros. Addie tuvo que agarrar el corpiño y sujetarlo con las manos.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos quedarnos aquí mucho tiempo más. Seguro que nos echarán de menos.

No le cabía duda de que todas las damas que había rodeado a Grayson esperaban con gran impaciencia su regreso. Con un pánico creciente, Addie continuaba sujetándose el corpiño, pero este seguía deslizándose hacia abajo. Si los descubrían podrían verse en un serio problema. La cosa no pintaba bien.

Grayson evaluó la situación. Estaban en una biblioteca oscura, con el vestido de Addie desabrochado y los tirantes desatados.

Bueno, finalmente había decidido que el matrimonio no tenía por qué ser algo tan malo, y sin duda ya había elegido a Addie. De ser descubiertos, todo apuntaba a que tendrían un rápido compromiso y una boda.

—Sí, estamos en un aprieto. No tengo idea de cuántos invitados nos vieron salir de la habitación. Tenemos que regresar al jardín y volver al salón de baile desde ahí.

Addie se echó hacia atrás.

—¡Qué! —Ella lo miró presa del pánico—. No podemos ir al salón de baile así. Estoy a medio vestir.

—Te daré mi chaqueta —se quitó la prenda y la colocó sobre sus hombros—. Y simplemente diré que te enfriaste mientras estabas en el jardín.

—¿Y voy a pasar el resto de la noche así? En poco rato ya no iba a necesitar la chaqueta. Hace bastante calor en el salón. —Negó con la cabeza—. No, debo regresar a mi casa. —Miró hacia el cielo como si invocara a un poder superior para que los ayudara—. Esto es un desastre, que es normalmente como terminan mis salidas a eventos sociales. Tiene que haber una manera de que me vaya sin que nadie me vea. Tampoco debería ser tan difícil, ya que de todos modos siempre paso completamente desapercibida.

Grayson sonrió.

—No discutiré sobre eso en este momento, pero a pesar de que te crees anónima, nos vieron juntos en la pista de baile. ¿Quién sabe cuánta gente nos vio salir por las puertas del jardín? Si no regresamos pronto, me temo que van a surgir un montón de chismes desagradables.

Addie asintió rápidamente con la cabeza, apretando los labios con determinación.

—Saldremos por el jardín. Si alguien nos pregunta qué pasó esta noche, nos limitamos a decir que me he puse indispuesta y que me acompañaste a casa.

Grayson se pellizcó la nariz.

—Addie, la única forma de salir desde el jardín es trepar por la verja. —Enarcó las cejas—. ¿Estás preparada para hacerlo?

Mientras tanto, su mente estaba en un torbellino intentando pensar en una manera de salir de esa situación, pero siempre terminaba pensando en que tendría que aceptar un compromiso rápido y una boda.

Lo que más le divertía era que casi le gustaba que fuera así.

—Felizmente me *arrastraría* por esa verja antes que tener que cruzar el salón con el vestido desabrochado y tapada con tu chaqueta.

La voz de Addie se quebró y empezó a temblar. Grayson la atrajo hacia sus brazos, y se le rompió el corazón al percibir su angustia, pero tenía razón, nada podía salir bien si entraba al salón de baile con Addie en ese estado.

La pareja que había pasado por la puerta de la biblioteca se había marchado, y desde el salón de baile llegaban los acordes de un baile campestre. Addie lo miró.

—Solo hay una manera. Tienes que volver a abrocharme el vestido.

La mandíbula de Grayson se apretó. Las mujeres eran, en efecto, las más extraña de las criaturas. Para él era un misterio que pusiera un vestido que no era de su talla, y que además tuviera que ir con un artilugio que no la dejaba respirar.

—No lo voy a hacer. No podías respirar —gruñó Grayson.

—La respiración está sobrevalorada, mi lord. Preferiría desmayarme y que me sacaran de la casa como un saco de patatas a que me vieran así.

Grayson pensó en ello durante un minuto mientras estudiaba su semblante preocupado. La virtud de Addie quedaría en entredicho si volvía con el vestido abierto después de haber estado ausente con él durante una cantidad considerable de tiempo.

—Muy bien. Esto es lo que haremos. Te volveré a abrochar los tirantes y el vestido, pero no tanto como la doncella.

—Si no lo haces el vestido no se cerrará —gimió Addie.

Grayson se debatía entre aullar de frustración o reírse a carcajadas por la situación. Después de tantos años siendo un pícaro antes de casarse con Margaret todavía no había aprendido a lidiar con ese tipo de líos. Había desabrochado y abierto numerosos

vestidos muy rápidamente en las más diversas situaciones que alguien se pudiera imaginar. Pero eso no.

Sin embargo, esta vez dependía de él que salieran de la casa sin tener que arruinar la reputación de Addie.

—Sí, el maldito vestido se cerrará. Te lo aseguro. Sin duda, lo suficientemente como para cruzar del salón de baile y volver al carruaje. Está bastante concurrido y, a pesar de las velas, la iluminación no es brillante. Me limitaré a caminar muy cerca de ti para que nadie pueda ver la parte de atrás del vestido.

Addie suspiró.

—Parecerá bastante extraño, pero no veo que tengamos otra opción.

Se sacó la chaqueta de los hombros y se la entregó. Se encogió de hombros dentro de la prenda y giró un dedo en el aire para indicarle que debía darse la vuelta.

Tocar su piel cálida y suave le hizo sentir cosas extrañas. Su miembro viril inmediatamente comenzó a mostrar interés por lo que estaba pasando y parecía preparado para salir a jugar.

Se tuvo que reprender por tener pensamientos lascivos mientras hacía todo lo posible para abrochar el vestido lo suficiente como para respetar el decoro, pero con cierta holgura como para que la pobre mujer pudiera respirar.

Mientras colocaba el último cierre del vestido se acercó a su oreja.

—Prométeme que tirarás este vestido a la basura en el momento en que tu criada te lo quite.

Addie jadeó y miró por encima del hombro.

—No podría hacerlo. ¡Mi madre se indignaría!

—Pero no te queda bien —gruñó.

Addie suspiró.

—Mi madre siempre pedía que me hicieran los vestidos muy pequeños, con la esperanza de que para cuando estuvieran terminados yo ya hubiera perdido los suficientes centímetros como para caber en ellos.

Él la miró fijamente.

—Eso es absurdo. ¿Por qué iba a pensar que tenías que perder centímetros?

Addie abrió la boca para decir algo, luego la cerró y dijo enseguida:

—Porque no soy tan delgada como otras chicas.

Grayson sacudió la cabeza con disgusto. Esa mujer tenía un cuerpo perfectamente aceptable, curvilíneo y exuberante, pero su madre quería que encajara en algo más pequeño que ella. Nunca entendería a las mujeres.

—Tampoco eres tan alta como algunas damas. ¿Tiene algún plan para estirarte con un perchero?

A pesar de la expresión de dolor que tenía, Addie se rio con ganas. No era una de esas carcajadas que tanto repetían algunas damas. Era una risa honesta y de verdad. Grayson también se rio y la atrajo para darle otro beso.

—¡Aquí están!

Lady Stratford, una dama muy atractiva y recientemente viuda, que antes se le había insinuado, entró en la biblioteca junto a lady Stevenson y lady Diana pisándole los talones. Las tres mujeres los observaron cada vez más horrorizadas, aunque en el fondo encantadas, por sorprenderlos abrazados en una habitación oscura.

Y aún no habían visto la parte trasera del vestido de Addie.

No había nada que hacer. Grayson colocó su mano en la cintura de Addie y la acercó a él. Podía sentir su corazón latiendo con fuerza contra su costado, y le preocupó que finalmente se desmayara.

Sosteniéndola contra él, dijo:

—Señoras, ¡qué consideradas de su parte por salir a buscarnos! Me temo que nos habéis pillado a la señorita Mallory y a mí mientras hacíamos una celebración. Acaba de hacerme el más dichoso de los hombres por aceptar ser mi esposa. Espero que nos deseen que seamos muy felices.

Una de las mujeres pegó un chillido.

Al menos Addie no cayó desmayada en sus brazos.

CAPÍTULO 11

—Oh. ¡Qué sorpresa! —lady Stevenson entrecerró los ojos—. Ni siquiera sabía que os conocierais.

¿Sorpresa? A pesar del horror de la situación, Addie casi se rió de lo que dijo lady Stevenson, ya que los había visto llegar juntos. Después se había llevado a Grayson tan rápido para presentarle a su sobrina que casi la había dejado aplastada contra una pared.

Addie pensaba que la situación es más impactante que sorprendente. Se sentía como si estuviera en una obra de teatro en la que todo el mundo conocía sus frases, excepto ella. *Maldita sea*, la situación requería un lenguaje fuerte, ni siquiera sabía si debía reír o llorar.

O tal vez desmayarse.

En pocos segundos, aparecieron más personas en la puerta de la biblioteca.

—¿Qué es esto?

Lord Stevenson pasó junto a las tres damas que seguían bloqueando la puerta y encendió dos de las lámparas de gas del gran escritorio de madera y la escena se iluminó.

Grayson enderezó los hombros.

—Me temo que lady Stevenson, lady Stratford y lady Diana nos descubrieron a mi prometida y a mí justo cuando le estaba pidiendo la mano para casarme con ella.

—¿Qué me cuentas…? —Declaró el hombre con una gran sonrisa—. Qué buena noticia, joven. —Se volvió hacia un sirviente que se había unido al grupo—. Brindemos por la pareja recién prometida. Creo que es el momento de abrir una botella de champán.

¿Una celebración? Addie sintió como si los restos de su última comida estuvieran a punto de reaparecer a sus pies. Estaba a medio vestir, frente a todas esas personas que la habían rechazado tantas veces en numerosas fiestas, y además, Grayson acababa de

anunciar casualmente su compromiso como si hiciera este tipo de cosas todos los días.

¿Qué lo había poseído? Como no era una estúpida y conocía muy bien el funcionamiento de la alta sociedad, sabía que el haber sido descubiertos juntos en una habitación oscura afectaría terriblemente a su reputación. Pero el hecho de que Grayson hiciera rápidamente ese anuncio la había estremecido profundamente.

No vivían en Londres. Estarían de vuelta en sus casas de Bath en cuestión de días. ¿Realmente importaba si su excelente reputación quedaba mancillada? Ser solterona y dueña de una librería no era exactamente el epítome de la alta sociedad. ¿Qué más tenían en su contra?

Grayson hizo una reverencia.

—Gracias, mi lord. Muy amable de su parte. El problema es que mi prometida no se siente bien y creo que desea volver a casa. —Parecía que su plan de salir casualmente del baile con Grayson cubriéndole la espalda no iba a funcionar—. De hecho, tiene escalofríos en este momento.

Rápidamente se volvió a sacar la chaqueta y la colocó sobre los hombros de Addie.

—Oh, qué una lástima. —Lady Stevenson la miró con preocupación. ¿O con sospecha?— Lo más probable, es que haya sido por la emoción.

Grayson dio un codazo a Addie. No había dicho una palabra desde que los habían descubierto.

Addie se sacudió bruscamente.

—Sí, mi lady. Me temo que la emoción me ha superado.

Esbozó una débil sonrisa, aunque reprimió el impulso de llevarse el dorso de la mano a la frente y suspirar con aire de doncella. Nadie sabía que sus rodillas estaban teniendo problemas para sostenerla de pie, y que su corazón latía tan ferozmente que se estaba volviendo a marear.

—Estoy de acuerdo en que la señorita Mallory tiene aspecto de estar un poco indispuesta —dijo lady Stevenson con una sonrisa.

Bien, finalmente sí que iba a decir algo desagradable antes de que la pareja deshonrada se marchara.

Grayson puso una mano en la parte baja de su espalda y la movió hacia adelante.

—Les deseo a todos una buena noche y espero que disfruten del resto del baile. Nos iremos ahora mismo. —Se volvió hacia el sirviente, que seguía esperando instrucciones acerca el champán—. Haga que traigan mi carruaje.

La multitud se separó como el Mar Rojo mientras Addie y Grayson se dirigían a la puerta. Podía sentir los ojos de las damas de la habitación abriendo un agujero en la parte trasera de la chaqueta de Grayson.

Debería haber sabido que no tenía que asistir a los bailes de Londres. Nunca le había ido bien. Pero evidentemente, nunca antes de esa noche había tenido el problema de tener que comprometerse.

Ambos permanecieron en silencio mientras esperaban la llegada del carruaje. Grayson le cambió hábilmente la chaqueta por su capa de lana de cuerpo entero cuando el sirviente la trajo.

Addie agarró el cuello alto de la capa, y frotó su suave lana contra sus mejillas, haciendo todo lo posible por cubrir cada centímetro de su cuerpo. Sentía como si todos los del salón de baile le hubieran podido ver la parte trasera del vestido, aunque era imposible. Más que nada, quería estar en Bath, en su acogedora casa, donde no la observaban con miradas condenatorias.

Una vez que Grayson y ella se acomodaron en el carruaje, él golpeó el techo para que el conductor avanzara. El movimiento espasmódico del vehículo enseguida se suavizó cuando comenzó a avanzar sobre los adoquines.

Grayson se inclinó hacia ella y le tomó la mano.

—Lamento lo que ha sucedido esta noche. No lamento haberte besado, pero sí que nos hayan descubierto.

—Estoy de acuerdo.

A Addie le temblaba la voz, y todo el cuerpo, incapaz de controlarse. A pesar de que hacía un poco de frío, sus temblores se debían más a los nervios que a cualquier otra cosa. Tenía que asimilar lo que había pasado y pensar en su vida futura.

—Ven aquí.

Grayson tiró de ella hasta que se sentó a su lado. Metió una mano por debajo del asiento y sacó una manta de lana con la que le envolvió los hombros, y enseguida la estrechó junto a él.

El calor que irradiaba su cuerpo bajo la manta comenzó a aliviar sus escalofríos.

—¿Qué vamos a hacer? —Preguntó, una vez que sus dientes dejaron de castañetear.

—Bueno, parece que el siguiente paso será reunirse con tu padre y llegar a un acuerdo matrimonial.

Addie suspiró.

—Tenía miedo de que fueras a decir eso. —Se giró hacia él para mirarlo a la cara—. No vivimos en Londres. Vivimos en Bath. A nadie le importará que nos hayan pillado en la biblioteca de los Stevenson.

Él la miró con una expresión alegre que ella pudo ver gracias a la lámpara que iluminaba el interior del carruaje.

—Tu reputación está en riesgo, Addie. No importa dónde vivamos, el escándalo seguirá. ¿Y qué van a hacer tus padres? ¿Crees que tu padre permitirá que esto ocurra?

¿No piensas en que tu madre va a comenzar a preparar el banquete de bodas en el momento en que alguna de sus amigas la visite mañana para contarle todo lo que ha pasado esta noche? Y puedes contar con que habrá muchas damas que querrán tomar el té con tu madre mañana.

Addie se desplomó.

—Tienes razón.

Grayson le colocó la mano debajo de la barbilla y levantó la cabeza.

—¿Sería tan desagradable casarte conmigo?

A pesar de que su tono era ligero, el rápido destello de dolor que percibió en su mirada la sobresaltó. De hecho, fue algo tan rápido que no estaba muy segura de haberlo visto bien.

—No. Creo que nos llevaríamos bastante bien. Yo ya amo a Michael.

Pero la pregunta era, evidentemente, ¿podría amar al padre de Michael? ¿Querría hacerlo? Cuando era más joven, antes de que sus

experiencia en el mercado matrimonial hubieran hecho que disminuyera su entusiasmo por casarse, deseaba estar enamorada del hombre con el que se fuera a comprometer.

Creía en el amor y esperaba vivir feliz para siempre con su esposo elegido. Tendrían una guardería llena de niños, se reirían mucho y envejecerían juntos. Pero entonces, la realidad se impuso. Después de ver que había tantas parejas infelices, y que tantos casados cambiaban de cama después de un corto período de tiempo, se había vuelto cínica.

¿Todos los matrimonios eran así? Ciertamente, el matrimonio de sus padres no estaba lleno de pasión y de amor, pero estaba completamente segura de que ninguno de ellos había sido infiel.

Había muchas cosas de Grayson que le atraían. Era un padre cariñoso, era guapo y la hacía temblar por dentro cuando la besaba. A pesar de que el último beso había terminado en desastre.

—Y Michael también ya te ama —dijo él en respuesta a su declaración.

Grayson reflexionó sobre lo que había dicho. De hecho, su hijo había desarrollado un fuerte apego a Addie. No tenía ninguna duda de que sería una buena madre para el niño. Resopló pensando en que ella sería mucho mejor que la mujer que le había dado la vida.

Pero, ¿qué pasaría con Addie como esposa? ¿Cómo sería como esposa?

No tenía ninguna duda de que acostarse con ella debía de ser una delicia. A decir verdad, le picaban las manos de las ganas que tenía de recorrer sus curvas y sentir la suavidad de su piel. Podía imaginarse sus pechos grandes, sus caderas anchas y sus nalgas bien redondeadas. La verdad es que la señorita Addie Mallory era una mujer muy disfrutable.

El par de besos que habían compartido le habían mostrado toda la pasión que guardaba a la espera de ser desatada, y que él era el hombre indicado para hacerlo. Su mayor preocupación era el miedo a enamorarse demasiado.

No era un viaje largo hasta la casa de los Mallory, y Grayson estaba decidido a hacerlo todo de la manera correcta. Era lo que

Addie merecía. Golpeó el techo del vagón e indicó al conductor que siguiera conduciendo hasta que le dijera que se detuviera.

Addie lo miró, con las cejas arqueadas.

—¿Qué estás haciendo?

Grayson se giró y la miró. Parecía completamente desamparada, enterrada bajo su abrigo de lana hasta la barbilla y tapada con una manta. Podía haber sido una vagabunda. Lo único que podía ver eran sus ojos, pero al menos había dejado de temblar.

—Lamento que te hayas visto obligada a aceptar este compromiso, pero debo decirte que yo no lo lamento en absoluto. —Sonrió cal ver que ella abría la boca y fruncía el ceño—. Creo que si me hubiera dado el tiempo suficiente, finalmente te habría propuesto matrimonio. Nos llevamos muy bien, y tienes todo lo que cualquier hombre podría desear en una esposa.

Addie resopló, pero no dijo nada.

Grayson se arrodilló y buscó a tientas por debajo de la manta para tomarle las manos con las suyas. Aunque ya no temblaba, sus manos seguían frías como el hielo. Lo alcanzaba a sentir a pesar de que los dos iban con guantes.

—Señorita Mallory, ¿me haría el gran honor de aceptar ser mi esposa? Y no porque estemos obligados a casarnos, sino porque te quiero y te deseo, y espero que me aceptes libremente como tu esposo.

Addie vaciló tanto que él pensó que le iba a decir que no, que prefería destrozar su reputación a casarse con él. Dada la forma en que se había desarrollado su último matrimonio, no le hubiera sorprendido. Tal vez simplemente él no era un premio como marido.

Pero una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Addie y asintió.

—Sí. Acepto tu propuesta, mi lord.

Grayson se sorprendió por la sensación de alivio que recorrió su cuerpo. ¿Cuándo había decidido que el matrimonio con Addie era lo mejor para él? Pero así había sido. Se sentía bien, e incluso más que cuando había propuesto matrimonio a Margaret.

Era una buena señal.

—Creo que hay que sellarlo con un beso.

La rodeó con sus brazos y la estrechó hacia él. Ella abrió ansiosamente los labios y él llevó su lengua por todas las partes sensibles de su boca. Addie emitió un leve gemido que elevó la temperatura de su cuerpo. Sí, era una buena decisión. Tendrían amistad y pasión. Con eso le bastaba.

Pero, ¿era suficiente para Addie?

A la mañana siguiente, Grayson se detuvo en el escalón superior de la casa de los Mallory, se enderezó la corbata y se estiró las mangas de la chaqueta antes de dejar caer la cómica aldaba de la puerta principal. Cuando había dejado a Addie la noche anterior, ella le había indicado que esperaría a que él hablara con su padre antes de contarles nada sobre su compromiso.

Grayson había enviado una nota pidiendo una cita para hablar con el señor Mallory. Esperaba llegar lo suficientemente temprano como para que la señora Mallory no hubiera recibido ya a todas las amigas que habían asistido al baile de Stevenson la noche anterior, que estarían ansiosas por contarles la historia de la caída en desgracia de Addie.

Dejó caer la aldaba y el mayordomo abrió la puerta de inmediato. Iba a decir algo cuando vio que la señora Mallory avanzaba bulliciosamente por el pasillo con los brazos extendidos.

—Mi querido lord Berkshire. Cuánto nos alegramos el señor Mallory y yo de que haya venido.

Al parecer, los chismes de Londres habían llegado a la señora Mallory antes que él. Debían haberse levantado al amanecer para hacer su trabajo sucio. Suspiró y aceptó su abrazo.

—Buenos días, señora Mallory.

Lo tomó del brazo y, radiante de alegría, lo acompañó de regreso por donde había venido, sin dejar de explicarle todos los asuntos domésticos que tenía que atender a primera hora de la mañana.

Aparentemente, dado que pronto se iba a convertir en un miembro de la familia, los asuntos domésticos de la señora Mallory también le pertenecían. Entraron en la biblioteca, y el señor Mallory se levantó de detrás de su escritorio.

—Lord Berkshire. ¡Qué gusto verte! —Se acercó a él y le estrechó la mano.

Al menos no había intentado abrazarlo.

Se molestó un poco por Addie. La pareja estaba actuando como si la propuesta de casarse su hija fuera algo tan inesperado que les tomaba por sorpresa.

—Es un placer verte también, señor Mallory.

—Por favor, siéntate.

Mallory señaló con la mano una cómoda silla de rayas azules y blancas que estaba frente a la chimenea.

—He pedido té, pero si te apetece desayunar, Cook no tardará mucho en prepararte algo.

La señora Mallory continuaba sonriéndole mientras seguían de pie porque él no se iba a sentar hasta que ella no lo hiciera.

—No, gracias. Ya he tomado algo, pero una taza té siempre es bienvenida.

Como nadie decía nada, y estaban los tres mirándose los unos a otros, Grayson decidió tomar el toro por los cuernos.

—Me gustaría hablar contigo, Mallory, y también con la señora Mallory, sobre su hija.

No parecía posible, pero la sonrisa de la señora Mallory se volvió aún más brillante. Ay, ¿Addie había tenido que pasar años sufriendo esto? No era de extrañar que se hubiera escapado a Bath.

—Por supuesto.

La señora Mallory tomó asiento y por fin pudo sentarse. Había traído los documentos habituales que aseguraban a los padres de Addie que su hija siempre estaría bien provista. También trajo cartas de recomendación de su administrador, así como de su abogado, amigo personal y socio comercial, el señor Carter Westbrooke, que podía dar fe de la sobriedad, lealtad y responsabilidad de Grayson.

Había tenido necesidad de usarlas cuando negoció con el banco el dinero para comprar su última fábrica. Tan pronto como terminaran, iría a ver a un abogado que solía contratar en Londres para pedirle que redactara los contratos matrimoniales. Necesitaba que todo se hiciera lo más rápidamente posible.

Antes de que comenzaran a hablar del tema, la puerta de la biblioteca se abrió y entró un sirviente con un carrito par el té. Tuvieron que hablar sobre el tiempo, por supuesto, de las últimas aventuras del Parlamento, evidentemente, del mal estado de las carreteras de Londres, como es natural, y de los planes que ya se estaban preparando para el jubileo de oro de la reina, cómo no. Eran los temas de los que hablaban los británicos de buenos modales cuando un asunto importante se avecinaba en el horizonte.

Después de tomar un té y varios pasteles y galletas, la señora Mallory se limpió la boca con una servilleta y la colocó junto a su taza de té vacía. Se puso de pie, y ambos hombres hicieron lo mismo.

—Os dejo con vuestras conversaciones.

Grayson respiró aliviado. No estaba seguro de la razón, pero se sentía incómodo con la idea de que la señora Mallory formara parte de la reunión. Estaba seguro de que la mujer iba a tener mucho qué hacer en su próxima boda. Pensaba pedirle a Addie que fuera lo antes posible.

Esa misma mañana había recibido una notificación por correo del abogado que había contratado de que la vista judicial sobre la capacidad intelectual de Michael era en cuatro semanas. Eso les daba tiempo para preparar una boda rápida y un viaje de bodas corto. También tenía que asegurarse de que Michael estuviera comenzando a aprender el lenguaje de señas.

Habían encontrado un tutor para él, pero dadas las circunstancias actuales, no regresarían a Bath hasta que terminara el juicio. El tutor iba a comenzar a trabajar con Michael, la señora Banfield y Addie de inmediato. Iba a ser un momento muy difícil para todos ellos.

Sus divagaciones fueron interrumpidas por el señor Mallory. Una vez que la puerta se cerró al salir la señora Mallory, el hombre se frotó las manos y dijo:

—Entonces, vamos a ponernos manos a la obra, ¿eh?

CAPÍTULO 12

Addie se miró en el espejo asombrada. ¡Parecía una novia! Algo a lo que había renunciado hacía años.

El virginal vestido blanco y el velo no le quedaban tan mal después de todo. Habría preferido llevar un bonito vestido nuevo de un hermoso color azul o rosa, que también pudiera usar para asuntos formales con su nuevo esposo. *Su marido.*

Tragó saliva.

Su madre y ella habían discutido sobre casi todo lo que tenía que ver con la boda. La confianza recién adquirida de Addie tras estar sola y tomar sus propias decisiones como empresaria le dio valor para hacer algo que nunca había hecho antes: ir en contra de los deseos de su madre.

Todo comenzó cuando anunció que Grayson y ella deseaban casarse lo antes posible. Su madre se quedó horrorizada, a pesar de que ya había escuchado decir que su hija estaba al borde de arruinar su reputación.

—No estoy de acuerdo con esto, Adeline. Si celebras una boda a toda prisa, volverán los chismes, y todo el mundo te estará vigilando el vientre durante meses —amenazó la madre.

Addie suspiró, y siguió lamiendo los sobres de las invitaciones que su madre había escrito a cincuenta o más elegidos para asistir al banquete de bodas.

—Mamá, los chismes ya están ahí, y seguirá habiendo hasta que estalle el próximo escándalo. Lord Berkshire tiene una muy buena razón para celebrar una boda rápida. —Ante las cejas levantadas de su madre, Addie se sonrojó—. No. No es por eso. Tiene un problema legal con su hijo en el que debe concentrarse.

Su madre inspiró hondo y tachó otro nombre de la lista mientras Addie le entregaba el sobre.

—Nada debería ser más importante para un hombre que su boda.

—Su hijo es muy importante para él. Y creo que, como es un padre bueno y responsable, ha tomado la decisión correcta.

Addie no añadió que también quería que todo eso terminara lo antes posible. Al no haber sido nunca el centro de atención, se dio cuenta de que no le gustaba nada la idea de que todo el mundo vigilara cada uno de sus movimientos. Ay, si era muy consciente de que sus movimientos iban a ser, en el mejor de los casos, torpes.

Los pensamientos de Addie volvieron a la imagen de sí misma en el espejo. Había hecho algunas concesiones a su madre y había accedido a contentarla poniéndose el nuevo vestido de novia blanco y el velo, por más que a su edad se sintiera ridícula. Tenía que hacer algunas concesiones, y eso no le importaba tanto.

—Oh, te ves muy hermosa —dijo Lottie efusivamente mientras ella y Pamela irrumpían en su habitación.

Sus amigas habían llegado dos días antes, y habían pasado el mayor tiempo posible poniéndose al día con las noticias que Addie se había perdido en el tiempo que había estado fuera. Habían tenido la suerte de encontrar a alguien de confianza para que se ocupara de la librería mientras iban a Londres para asistir a la boda.

—Parezco una novia —dijo Addie sonriendo.

—Sí. Y eso es lo que eres. ¿Quién hubiera imaginado que cuando lord Berkshire entró en tu librería esa mañana, acabaría siendo su marido? —Dijo Lottie moviendo la cabeza.

—Estoy segura de que cosas más extrañas han sido pasado.

Addie se ajustó la parte superior de su velo, donde llevaba unas flores frescas que a su madre le debió haber costado encontrar en esa época del año.

Lottie se había negado a ser su dama de honor porque no quería llamar la atención. Lo cual era completamente imposible, ya que era la mujer más hermosa que Addie había visto en su vida. Pero la había notado especialmente inquieta desde el momento en que había llegado a Londres.

Lottie había confesado una vez a Addie y a Pamela que su madre era muy conocida en Londres, y que habían tenido una terrible pelea antes de que se marchara de la ciudad para fijar su residencia en Bath.

Pero Pamela actuaría como testigo y dama de honor, y Grayson había pedido al señor Carter Westbrooke, su abogado de Bath y muy buen amigo, que fuera su testigo.

—Adeline, es hora de irse a la iglesia, querida. —Su madre entró en su habitación, y observó sus manos mientras se ponía los guantes. Levantó la vista y se detuvo bruscamente. Para consternación de Addie, sus ojos se habían llenado de lágrimas— ¡Oh, cielos!

Addie sintió que sus propios ojos se humedecían y rezó para poder recomponerse y no llegar a la iglesia con la cara manchada.

—Oh, mamá, por favor no me hagas eso.

Cruzaron la habitación una hacia la otra y se abrazaron.

—Eres una novia preciosa, Adeline. —Su madre se echó hacia atrás y la observó atentamente—. Y una hija maravillosa. Sé muy feliz, querida.

A esas alturas, las cuatro mujeres se estaban dando palmaditas en las comisuras de los ojos.

—Basta de esto —dijo Lottie, agitando una mano—. Creo que es hora de irse a la iglesia.

Su madre se había enamorado de Lottie y de Pamela tanto como Addie. De hecho, había dicho en el desayuno un par de días antes que si hubiera sabido que tenía tan buenas amigas en Bath, no se habría preocupado tanto por ella.

Por supuesto, la siguiente pregunta de la madre sobre sus amigas era por qué no buscaban marido. Addie esquivó la pregunta sugiriendo que podrían traer otra tetera, y rápidamente salió de la habitación para ir a la cocina.

Las cuatro mujeres bajaron las escaleras, donde el padre y el hermano de Addie, Marcus, esperaban para acompañarlas a la iglesia.

—Qué grupo de bellezas —dijo Marcus mientras hacía su reverencia a las damas.

—Así es.

El rostro del padre brillaba de felicidad, lo que enorgullecía profundamente a Addie.

Bajaron en tropel a los dos carruajes que los llevarían a la iglesia. Grayson les había prestado su carruaje para que todos pudieran ir al mismo tiempo a la catedral de St. Paul, donde se celebraría la boda.

La madre, el padre y Addie iban en un vehículo. Y Lottie, Pamela y Marcus en el otro. Marcus había sido todo un anfitrión desde la llegada de sus amigas: bromeaba, se reía y coqueteaba con ellas. Sin embargo, Addie sintió que era necesario advertirles que Marcus había logrado esquivar la soga del párroco durante años, y que no tenía ninguna razón para creer que estuviera listo para sucumbir pronto a ella.

Por supuesto, ambas chicas lo desdeñaron y le aseguraron que no tenían ni la menor intención de seducir a su hermano. Ni a cualquier otro hombre.

Solo un puñado de amigos habían sido invitados a la ceremonia, y otros cincuenta invitados se unirían a la celebración en el banquete de bodas que seguiría en la casa de los Mallory.

A la madre le hubiera gustado duplicar el número de invitados a la boda de su única hija, pero simplemente no había tiempo suficiente para planear un banquete de bodas de esa magnitud en el poco tiempo que tenían para llevar a cabo los preparativos.

Addie sintió auténtico pánico mientras se iban acercando a la iglesia. Sentía las manos húmedas dentro de los guantes y tenía un nudo en el estómago. Es lo que era. Lo que había deseado vivir de niña pero había decidido que nunca lo iba a cumplir.

¿Hasta qué punto conocía a lord Berkshire? Desde su apresurado compromiso, habían pasado muy poco tiempo juntos, y casi nunca habían estado a solas. Al día siguiente de su encuentro con su padre, había llegado con un hermoso anillo de ópalo y diamantes que había pertenecido a su familia durante generaciones.

Se preocupó de asegurarle que su difunta esposa nunca se lo había puesto. Le dolía que guardara tanto silencio sobre ese tema. ¿No quería confiarle esa parte de su vida? Lo poco que sabía eran chismes: que su esposa había muerto en circunstancias escandalosas. Como en esos momentos ella era una mujer soltera,

no la habían puesto al tanto de cuáles habían sido esas circunstancias escandalosas.

Pero era un buen hombre. Era lo que sabía de él. ¿Lo amaba? Probablemente no, pero había muchas posibilidades de que lo llegara a amar. Aunque dudaba de que él la amara, esperaba que también en él fuera creciendo el amor. Pero, por lo que había visto hasta ahora, sin duda compartían una gran pasión. Esa era la parte de sus próximas nupcias que tenía que reconocer que más deseaba vivir.

Además, en cuestión de minutos, iba a ser madre. Algo que siempre había querido ser. Era emocionante. A pesar de todo el frenesí por la boda, se las había arreglado para pasar el mayor tiempo posible con Michael y su tutor, el señor Graves, aprendiendo el lenguaje de señas. El niño estaba progresando notablemente rápido, y el señor Graves le había dicho que su "ceguera a las palabras", que según él recientemente se había denominado "dislexia", en realidad la convertía en buena candidata para aprender el lenguaje de señas.

Volviendo al asunto que tenía entre manos, respiró hondo cuando Pamela le sacudió la parte trasera del vestido y el organista empezó a tocar. Su padre se acercó a ella y, después de darle un beso en la mejilla, le colocó la mano en el brazo y comenzaron a avanzar por el pasillo.

Inmediatamente vio a Grayson de pie junto a quien supuso que era su amigo, el señor Westbrooke. Como no había llegado hasta esa misma mañana, aún no lo había conocido. Le temblaban las rodillas y estaba agradecida de tener el brazo de su padre para agarrarse.

¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Debía escaparse de vuelta a Bath y retomar su cómoda vida?

Cuando llegaron al altar, observó los profundos ojos marrones de Grayson mientras él le devolvía la mirada. Su sonrisa torcida le provocaba cosas extrañas en estómago. Era tan guapo que se emocionaba al mirarlo.

El traje de boda de su novio se ajustaba perfectamente a su gran cuerpo, y su cabello, aunque estaba peinado hacia atrás para la

ocasión, ya había comenzado a moverse hacia adelante. Se lamió los labios y se inclinó hacia su padre para que la besara antes de entregarla a Grayson, que le apretó la mano.

—Relájate, querida. Esto terminará enseguida.

—Me temo que no, mi lord. Esto es solo el comienzo.

Grayson tomó las manos de Addie entre las suyas y se volvieron hacia el sacerdote. Intentó no pensar en la última vez que hizo lo mismo y todo había terminado tan mal. Después de la muerte de Margaret, se había prometido que nunca más lo volvería a repetir, sin embargo, de nuevo se encontraba ante el altar.

Pero comparar a Margaret con Addie era bastante absurdo. Con Margaret se había encontrado con muchas cosas malas que nunca llegó a ver cuando eran novios y se casaron. El amor lo había cegado y no había comprendido que su naturaleza era vanidosa y egoísta. Nada se anteponía a sus deseos y anhelos. Ni siquiera su hijito.

Addie, por su parte, era una persona atenta y cariñosa, y sabía de corazón que nunca traicionaría sus votos matrimoniales.

La ceremonia finalmente pareció terminar bastante rápido. Pronunció con claridad las palabras que lo unirían a Addie de por vida, y rápidamente le deslizó un anillo de boda en su dedo. Le dio el esperado beso casto, y se volvieron para mirar a los amigos y familiares reunidos en la iglesia.

Ya estaba hecho. Volvía a tener esposa. Que el Señor lo amparara.

Más tarde esa noche, Grayson esperaba paseando por la suave alfombra marrón oscuro de su dormitorio a que la nueva criada le informara de que Addie estaba lista para él. Iban a pasar la noche de bodas en su casa, y por la mañana, saldrían en tren para hacer un corto viaje nupcial a Brighton Beach. Michael se quedaría en buenas manos con la señora Banfield, y propia la señora Mallory, que ya había asumido su papel de abuela, y estaba encantada de aprender un poco de lenguaje de señas.

Grayson se pasó los dedos por el pelo y reconoció que estaba ansioso porque iba acostarse por primera vez con su nueva esposa. El atisbo de pasión que había percibido cuando se besaron lo había excitado de una manera que no había sentido desde su matrimonio con Margaret.

A decir verdad, ni siquiera Margaret lo había llevado al borde de perder el control como lo había hecho Addie las pocas veces en que se habían besado.

Había algo en la voluptuosidad de su cuerpo, en comparación con la esbelta figura de Margaret, que le atraía de una manera completamente inesperada.

—Mi señor, lady Berkshire está lista.

La recatada doncella hizo un rápido movimiento, y huyó con el rostro enrojecido. Ah, la inocencia de la juventud.

Se ajustó el cinturón de la bata y entró en el salón que separaba los dos dormitorios. Dio un leve golpe a la puerta y entró en la habitación de Addie.

Entonces se dio cuenta de que ni siquiera habían tenido suficiente tiempo desde su compromiso como para discutir dónde dormirían. Prefería tener a su esposa a su lado toda la noche, pero Margaret le había insistido en que nunca podría descansar bien por la noche si estaba él dando vueltas a su lado.

Cada vez que hacían el amor, en la habitación de él, ella se vestía rápidamente y se marchaba corriendo. Como sus padres tenían una relación forzada y, que él supiera, nunca compartieron habitación, no le pareció tan extraño. Desde entonces, había conocido muchos hombres que evitaban la tontería de "dormir separados", y esperaba poder convencer a su nueva esposa de los beneficios de hacerlo.

Un beneficio, por supuesto, era saber siempre quién estaba ocupando la cama de la esposa.

Addie se encontraba de pie frente a la chimenea, y al verla Grayson detuvo bruscamente sus pensamientos y sus movimientos. Era verdaderamente hermosa. Le caía su cabellera sedosa sobre los hombros justo por encima de los pechos. Llevaba un camisón de satén rosa intenso que se ceñía a sus curvas de manera

escandalosa. Era bastante corto, y solo lo sujetaban dos bandas estrechas de tela sobre los hombros.

—Mi madre eligió mi camisón.

Grayson avanzó lentamente hacia ella.

—Recuérdame que le compre una docena de rosas y un brazalete muy caro.

—¿Te gusta?

Parecía como si no estuviera segura, lo que lo convenció de que no debía de tener espejo.

—Oh, sí. Sí, mucho.

Su constante y continuo avance hizo que ella retrocediera.

Grayson le tendió una mano.

—Detente, cariño. Si te acercas más a la chimenea, pasaremos la noche de bodas en el Hospital de Londres.

Addie se mordió un labio y le tomó la mano.

—Ven aquí. —Grayson le dio un ligero tirón, le rodeó la cintura y la atrajo hacia su cuerpo—. ¿Tienes miedo?

Ella inclinó la cabeza estudiándolo.

—No. No exactamente. Es raro. Bueno, tal vez esté un poco nerviosa.

—Hice que trajeran una botella de vino. ¿Te gustaría tomar una copa? Te relajaría.

Ella negó con la cabeza y luego, para su asombro, rodeó la parte posterior de su cabeza con una mano y lo atrajo para besarlo. Si realmente estaba un poco nerviosa, no no lo parecía por la forma entusiasta en que le devoró la boca, aunque muy inocentemente.

No queriendo disuadirla, le permitió la libertad de explorar su boca, y su suave lengua tocó tentativamente la suya y luego se movió por su interior. Su falta de experiencia, sumada a su buen ánimo, lo excitaba más que lo que le provocaba cualquier amante o cortesana.

Como era evidente que ella no sabía cómo proseguir, él se hizo cargo y la estrechó hacia él para sentir el calor y la suavidad de sus pechos pegados a su tórax.

Su corazón latía con un ritmo atronador, y emitía leves gemidos mientras se apoderaba de su boca. Grayson se apartó un poco y le

fue repartiendo besos por la mandíbula, detrás de la oreja y hasta en la parte superior de sus magníficos pechos. Deslizó las dos delgadas tiras del camisón por los hombros y se movió un poco hacia atrás para ver cómo el satén se deslizaba lentamente por su cuerpo, revelando centímetro a centímetro lo que había estado soñando durante semanas.

Era magnífica. Una diosa en espera de que sus súbditos la adoren a sus pies. Cada centímetro de su piel cremosa estaba ahí para que lo poseyera.

—Qué guapa eres. Podría quedarme mirándote toda la noche y nunca tendría suficiente.

Un intenso calor recorrió lentamente el cuerpo de Addie, desde su suave cintura hasta su cara.

—No me siento cómoda si me miras tan atentamente.

—Oh, cariño, será mejor que te acostumbres. Podría pasar días mirándote.

Ella era blanda en todos los lugares donde él estaba duro. Tenía unos pechos amplios y magníficos con sus pezones rosados y carnosos. Su vientre ligeramente redondeado, su trasero regordete y sus fuertes piernas, que deseaba sentir rodeando su cuerpo, hicieron que su miembro se llenara de sangre.

Entonces hizo que se inclinara para tener acceso a sus pechos, y succionó y acarició sus pezones hasta endurecerlos con la lengua.

—¿No deberías estar desnudo tú también?

Su voz ronca y entrecortada lo incitó a la acción.

—De hecho, debería hacerlo y lo haré.

La levantó en sus brazos y la llevó a la cama grande y cómoda que había en el centro de la habitación, y la dejó caer para que rebotara. Soltó una risita.

Antes de que aflojarse el cinturón, ella se puso de rodillas y detuvo su movimiento.

—Déjame.

Sí. Esta virtuosa esposa suya tenía un lado lascivo que pensaba fomentar. Lo miró a la cara con los párpados pesados y una sonrisa de satisfacción mientras le abría el cinturón del batín y apartaba la prenda por sus hombros, dejándolo tan desnudo como ella.

Entonces decidió acariciarle el pecho y se entretuvo frotándole sus pezones planos con los pulgares. Grayson respiró hondo con la boca entrecerrada y cerró los ojos. Iba a matarlo. Lo único que quería era empujarla de nuevo a la cama y penetrarla hasta que hacerla gritar de placer.

Pero esta era su noche de bodas, y ella era virgen. Quería que fuera lo más placentero posible para ella, ya que marcaría la pauta para el resto de su matrimonio.

Lentamente, la colocó boca arriba y se puso junto a ella en la cama, cubriéndola parcialmente con su cuerpo.

—Quiero que disfrutes de esto. Supongo que tu madre te ha dicho lo que sucederá esta noche.

—Sí. Y rezo para que se haya equivocado.

Una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Por qué?

—Porque me dijo que no era muy agradable, pero que era mi «deber», así que debía acostarme y...

—Pensar en Inglaterra —finalizó él.

Ambos se rieron.

—No quiero que pienses en nada más que en nosotros, en nuestras manos y bocas, y en el placer que nos daremos el uno al otro.

Addie sonrió.

—Estoy lista.

Apartó el pelo que le había caído sobre la frente.

—Oh, sí, mi amor. Y yo también.

CAPÍTULO 13

Una semana después de la boda, y de un viaje muy alegre y placentero, Addie y Grayson regresaron a su casa de Londres, ansiosos por ver a Michael.

Addie estaba asombrada de lo bien que había llevado el matrimonio y el lecho nupcial. Habían pasado más tiempo en la cama que disfrutando de las vistas de Brighton Beach. Pero como era bien entrado el otoño, de todos modos no podrían disfrutar del baño, y tenían una buena excusa para quedarse en la habitación

En la cama.

Hasta ahora, el matrimonio estaba siendo maravilloso. Grayson era un hombre atento y considerado, que la trataba bien, y le preguntaba constantemente por su bienestar. Cenaron en los mejores restaurantes, pasearon por la playa y, al final, siempre terminaban en la cama abrazados el uno al otro.

Ya estaba lista para asumir su cargo como condesa de Berkshire. Sus prioridades eran el juicio de Michael, y asegurarse de poder comunicarse con el niño de manera efectiva. Grayson había aprendido un poco de lenguaje de señas, pero ella había sido mucho más rápida en hacerlo, incluso más que la señora Banfield.

Una vez terminado el juicio, regresarían a Bath. Addie estaba ansiosa por ver cómo había ido la librería en su ausencia. Iba a tener mucho trabajo durante la próxima temporada navideña, pues el propietario anterior, el señor Evans, le había dicho que podían esperarse muchas ventas.

A pesar de que el *Cuento de Navidad* de Dickens se había publicado más de cuarenta años antes, Evans le aseguró que recibiría muchos encargos del libro cuando llegara diciembre.

También tenía muchas ganas de hacer la decoración Navidad de la librería. Ya estaba pensando en los adornos y libros que exhibiría en el escaparate.

Emocionada, se volvió hacia Grayson en el interior del carruaje cuando ya se estaban alejando de la estación para dirigirse a su casa.

—Hice el pedido de los libros de Navidad hace más de un mes. Debería enviarle una nota a Lottie para asegurarme de que hayan llegado.

Grayson hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes por eso, cariño. Deja que el nuevo propietario se ocupe de cualquier problema que tenga que ver con los pedidos de libros. —Miró por la ventana el día nublado—. Espero que deje de llover para que podamos descargar todo el equipaje. —Le sonrió—. Compraste un montón de cosas en el viaje.

Addie se había quedado paralizada al escuchar sus palabras. Sacudió la cabeza como si quisiera apartar lo que su nuevo marido acababa de decir.

—¿Qué has dicho?

Grayson le pasó un dedo por la mejilla.

—Dije, querida, que has comprado tantas cosas en Brighton Beach como para llenar una maleta entera.

Con las manos apretadas sobre el regazo y el corazón latiendo como un caballo de carreras, Addie respiró hondo.

—No. No me refiero a eso. Te pregunto por lo que dijiste de mi librería.

Grayson la miró con las cejas levantadas.

—Te dije que no era necesario que te preocuparas por la librería, ya que el nuevo propietario se ocupará de cualquier problema que hubiera surgido en tu ausencia. Tengo dos compradores potenciales interesados en el local.

Addie se sintió más cerca de desmayarse que el día en que se puso el corsé tan apretado, que finalmente la había llevado a su nueva situación. Se había casado con un hombre que pensaba que tenía que dirigirle la vida.

Levantó la barbilla.

—Lamento los inconvenientes, mi lord, pero no tengo ninguna intención de vender *mi* librería.

Grayson echó un último vistazo por la ventana y bajó la cortina.

—Será mucho más fácil para ti que tenga un nuevo dueño que intentar contratar a alguien adecuado que la administre.

—Espera. —Alzó su mano temblorosa para detenerlo—. Creo que tenemos un problema, mi lord. No tengo ninguna intención de vender la librería, ni de que alguien la administre por mí. Es *mi* librería. Es de mi propiedad. Y yo me encargaré de ella.

Grayson parecía sorprendido. No. Realmente parecía horrorizado.

—No vas a trabajar en una librería.

—No *es una* librería, *mi lord*. *Mi* librería".

Grayson se puso completamente serio.

—No permitiré que mi condesa trabaje en una librería como si fuera una trabajadora más. Tienes un lugar ya establecido ante la sociedad, la administración de mis residencias, velar por el bienestar de mis empleados y cuidar de mi hijo.

Addie apretó los dientes.

—*Mi* casa. *Mis* inquilinos. *Mi* hijo. ¿No ves nada malo en eso?

Le pareció que era un maldito imbécil, aunque en realidad parecía confundido.

—No. ¿Qué hay de malo en lo que dije?

Addie quería darle un puñetazo en la cara a alguien. No a cualquiera, sino a su nuevo marido. Sin embargo, como el carruaje ya estaba llegando a la casa, logró controlarse. Apenas.

—Discutiremos sobre esto más tarde.

No quería presentarse en su nuevo hogar a gritos y montar un espectáculo con todos los sirvientes y vecinos de testigos. Iba a ser digna y elegante. Entraría en la casa como la dama que era. Se reuniría con el servicio y luego pediría que sirvieran el té. Se lo tomaría acompañado de deliciosas galletas y mantendría una charla encantadora.

Después invitaría al cretino de su marido a su dormitorio. No para una excitante sesión en la cama, sino para librar una batalla sin espadas. Aunque tal vez no sería sin espadas si encontraba alguna en la casa.

La puerta del carruaje se abrió rápidamente y apareció un sirviente.

—Buenas tardes, mi lord, mi lady.

Les hizo una gran reverencia.

–Buenas tardes, Jason.

Grayson saltó del carruaje y se volvió para ayudar a Addie a salir. Y ella, con mucha experiencia, sonrió al sirviente.

—Buenas tardes.

Luego aceptó la mano de su marido y salió rápidamente del carruaje, aterrizando con todo su peso sobre uno de sus pies.

Grayson hizo una mueca de dolor, pero no dijo nada.

Esa acción tan infantil la hizo sentir un poco mejor antes de subir las escaleras, con la mano apoyada en el brazo de su marido. Hacía tanto frío, que el personal se había alineado en el pasillo, en lugar de hacerlo al exterior, para conocer a la nueva señora de la casa. Como Grayson rara vez estaba en Londres, no tenía demasiados sirvientes.

Al entrar en el vestíbulo, Addie se estremeció al recordar la decoración chillona que le encantaría poder reemplazar.

Los sirvientes le sonrieron y le hicieron una reverencia. Ella dejó a un lado la angustia que le había provocado su esposo y saludó calurosamente a todos los miembros del servicio, repitiendo el nombre de cada uno a medida que se los iban presentando para poder recordarlos.

Fuera de esa formalidad, Addie hizo lo que tenía planeado y pidió que le sirvieran el té. Se empeñó en que viniera la cocinera para hablarle maravillas de las galletas, los pasteles y las tartas. La mujer salió de la habitación sonrojada de felicidad.

Addie y su nuevo esposo mantuvieron una conversación incómoda mientras tomaban el té, alabaron la gran variedad de pasteles que había preparado la cocinera, y charlaron también sobre el clima, el Parlamento, las malas condiciones de las carreteras de Londres y los planes que ya se conocían de la celebración del jubileo de la reina.

Una vez que Addie estuvo segura de que habían tratado todos los temas requeridos, se limpió la boca, puso la servilleta

cuidadosamente junto a su plato y colocó sus manos recatadamente sobre su regazo.

—Te ruego que vengas conmigo a nuestra alcoba, mi lord.

Al principio, los ojos de Grayson se iluminaron, pero cuando observó mejor su rostro, se puso serio y asintió.

—Por supuesto, querida.

Addie salió del salón como una reina y subió las escaleras. Una vez cerrada la puerta del dormitorio, finalmente se incorporó para enfrentarse a su marido.

—No tengo ninguna intención de renunciar a mi librería. Por más que seas mi marido, y que por ley poseas todo lo que es mío, en esto no voy a ceder.

Grayson comenzó a avanzar, probablemente para rodearla con sus brazos, lo que iniciaría una actividad muy distinta para la que aún no estaba preparada.

Como ella levantó una mano con la palma hacia adelante, Grayson se detuvo y dijo:

—Estamos cansados de la boda y el viaje tan apresurado. Además, tenemos que centrarnos en el juicio de la semana que viene. No creo que esto sea algo que debamos discutir en este momento.

Por mucho que no quisiera abandonar la conversación, tenía razón. No era nada prudente regañar como niños mientras intentaban sacar adelante un serio problema legal. Addie asintió enérgicamente.

—Estoy de acuerdo. Pero te voy a decir una cosa. Te repito que ni se te ocurra vender mi librería antes de que hayamos hablado de esto.

—Muy bien. Estoy de acuerdo. —Le extendió una mano. —¿Es posible hacer tregua de momento?

A Addie se le hizo un nudo en el estómago.

—No creo que eso funcione en este momento.

Grayson se dirigió a la cama, se sentó en ella y palmeó el lugar que tenía a su lado.

—Ven conmigo. Solo para hablar.

Aunque fuera una recién casada, ya estaba al tanto de las tácticas de su esposo. Grayson le había lanzado una mirada que casi había hecho que se le incendiara la ropa.

Esa sonrisa inclinada de niño siempre le llegaba directo al corazón.

—Solo quiero abrazarte y acariciarte la espalda. Te relajará.

Con sus grandes ojos marrones y el pelo que le caía sobre la frente, casi parecía arrepentido, pero ella sabía que no era así. Sin embargo, al oír su voz, sintió que sus músculos se relajaban y que sus pezones se endurecían.

Grayson le volvió a ofrecer una mano.

—Ven aquí, cariño.

Pero ella debía aferrarse a su ira y a su dignidad y alejarse. En cambio, descubrió que sus pies estaban avanzando lentamente hacia la cama. Suspiró. Cuando se trataba de Grayson, tenía muy poca resistencia.

¡Maldito sea ese hombre!

Después de arreglarse tras haber sucumbido en sus brazos, Addie pasó el resto del día con Michael. Poco después de enviar una nota a su madre informándole de su regreso, su hijastro había regresado de la casa de los Mallory, junto con la señora Banfield, donde habían estado residiendo mientras Addie y Grayson se encontraban de viaje.

Addie estaba realmente sorprendida de lo rápido que su madre había pasado de ser una mujer intrigante y decidida a convertirse en abuela después de casarla. Todas las reglas que se había aplicado a Addie y Marcus cuando eran niños parecían haber desaparecido con Michael.

Y, por supuesto, como Michael era inteligente, y muy parecido a su padre, les seguía el juego. Su hermosa sonrisa y sus maneras amorosas hacían que consiguiera casi todo lo que quería.

Grayson se había marchado después de hacer su "tregua" a visitar al abogado, que se reuniría con ellos en el tribunal la semana siguiente. Michael y ella estaban en la biblioteca, practicando el lenguaje de señas. Le entusiasmaba comprobar lo rápido que el niño estaba aprendiendo. Tardaría años en dominar perfectamente ese

sistema de comunicación, pero ya podían mantener una conversación sencilla moviendo las manos y señalando. Era increíble.

Brooks, el imponente mayordomo de la casa de Berkshire, entró en la habitación. —Mi lady. Tiene una visita.

Addie lo miró sentada en el suelo de manera muy indigna con varios objetos desparramados a su alrededor.

—¿Quién es?

Brooks se dirigió hacia ella, sin mostrar ningún tipo de reacción ante la indecorosa postura en la que había encontrado a la señora de la casa. Le entregó una tarjeta.

Sra. Peter Hartley

Addie frunció el ceño. El nombre no le resultaba familiar. Odiaba hacer una pregunta personal al servicio, pero tampoco le gustaba presentarse ante una persona de la que no sabía nada.

—¿Conoce usted a la señora Hartley?

Brooks levantó la nariz , lo que le dijo más de lo que estaba a punto de decir.

—Es la viuda del hermano de su señoría, el señor Peter Hartley.

Oh. Era una pariente. Se levantó de un salto, se sacudió las faldas, y entonces se dio cuenta de quién era la señora Hartley. Era la cuñada de Grayson, la que había iniciado la acción legal contra Michael.

—Una pregunta más, Brooks. ¿Tiene su señoría algún otro hermano?

No podía creer que estuviera casada con un hombre del que supiera tan poco, pero habían tenido un noviazgo demasiado rápido. El único pariente de su marido que había asistido a su boda había sido Michael.

—No, mi lady. El señor Peter Hartley era el único hermano de su señoría.

Definitivamente era la mujer que había instigado el conflicto legal. Se dio unas palmaditas en el pelo y miró a Michael.

—Brooks, ¿lleva a Michael arriba con la señora Banfield? Y después haz que preparen el té y acompaña a la señora Hartley al salón.

—Ahí es donde está ahora, mi lady.

—Muy bien. Gracias.

Mientras se arreglaba la ropa y pensaba en subir las escaleras para ponerse algo un poco más formal, Addie reflexionó sobre la mujer que estaba a punto de conocer. Al parecer, amaba a su propio hijo lo suficiente como para intentar arrebatarle legalmente la herencia y el título al hijo de Grayson.

Pero, por otro lado, no estaba teniendo ninguna consideración por su sobrino, que en absoluto era un idiota o un incompetente. Mientras se dirigía al salón, pensó que era extraño que tanto la señora Hartley como Grayson fueran viudos.

Addie encontró a la mujer de pie, con los brazos cruzados y mirando por la ventana. Cuando oyó entrar a Addie, se volvió y la observó. Las primeras palabras que vinieron a la cabeza de Addie fueron: "una reina de hielo".

El pelo de la señora Hartley era tan rubio que parecía casi blanco. Tenía muy pocas cejas y sus labios, al igual que su piel, eran insulsos. Sus ojos eran de un azul tan pálido que Addie se vio obligada a apartar la mirada.

—Buenas tardes, señora Hartley.

La mujer miró a Addie con desdén.

—Bueno, parece que eres la nueva condesa.

Un poco desconcertada por el saludo de la señora Hartley, dijo:

—Así es. ¿Nos sentamos?

Addie señaló el pequeño sofá que había frente a la chimenea.

—No estoy segura. Tal vez deba permanecer de pie hasta que usted se siente. ¿No es así como debe hacer una plebeya ante una aristocracia?

Addie se quedó atónita. Nunca había conocido a nadie que le desagradara tanto a primera vista. Incluso las jóvenes que la habían torturado en las temporadas de fiestas de la alta sociedad no le mostraban el odio que vomitaba esta mujer.

—He pedido el té. Si desea seguir de pie y sostener la taza, el platillo y el plato en la mano, es su prerrogativa.

Addie se acomodó en el sofá y la miró.

Lentamente, la señora Hartley se sentó en la silla que había frente a Addie.

—¿De dónde has salido? No tenía ni idea de que Grayson estuviera cortejando a nadie.

—¿Y cómo siendo parientes tan cercanos no les avisó? ¿Y además olvidó invitarla a nuestra boda? ¿O tal vez se olvidó de venir?

Addie estaba cada vez más molesta. ¿Cómo se atrevía a entrar en su casa y hablarle de esta manera?

—Nunca te querrá, ¿lo sabes?

El corazón de Addie comenzó a latir con fuerza, y de pronto sintió que quería marcharse de la habitación. Tenía miedo de que esa mujer estuviera a punto de decirle algo que no quisiera escuchar.

Intentando mantener una actitud indiferente, respondió:

—La relación que tengo con mi esposo no es de interés suyo. ¿Podría preguntarle para qué ha venido? Si ha venido a darme la bienvenida a la familia, me temo que su esfuerzo no ha valido la pena.

La señora Hartley se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—¿Te dijo que su mujer Margaret estaba huyendo con mi marido, con quien mantenía una aventura, cuando murieron en un accidente de carruaje?

Addie perdió el aliento y sintió que empalidecía. Así que ese era el escándalo que involucraba a la esposa de Grayson, y que se había difundido entre todo el *mundo*.

Mientras se recomponía le pareció que el reloj que tenía detrás sonaba mucho más fuerte de lo normal.

—Debo repetirle que nuestro matrimonio no es asunto suyo —dijo poniéndose de pie—. Ahora, si me disculpa, tengo otros asuntos que necesitan mi atención.

Addie se movió rápidamente, ansiosa por alejarse de la presencia de la mujer. Al llegar a la puerta del salón, la señora Hartley exclamó:

—Estaba terriblemente enamorado de Margaret. El día que la enterraron, me dijo que jamás se volvería a casar porque nunca más podría abrir su corazón a otra mujer.

Addie se dio la vuelta levantando la barbilla.

—Las cosas cambian.

La señora Hartley le sonrió.

—¿Pero te ha dicho que te ama? —Su sonrisa se ensanchó—. Ah, sí. Por tu expresión veo que no lo ha hecho. —La mujer se puso de pie y se inclinó para recoger su retícula—. Nunca lo hará. Margaret era el amor de su vida, y eso no va a cambiar por más que lo intentes.

Addie susurró a punto de perder el control:

—Por favor, váyase de mi casa. Ahora.

La señora Hartley se acercó a la puerta balanceando la retícula.

—Me voy, *lady Berkshire*. Pero recuerda que cuando se vuelve hacia ti en la cama por la noche y te toma en sus brazos, está deseando que seas Margaret.

Con esas palabras resonando en las paredes, la bruja se marchó.

Addie se apoyó contra la puerta cerrada rodeándose la cintura con los brazos. Se sentía mal del estómago. Toda la alegría y la felicidad que había sentido en Brighton Beach se habían disuelto como un azucarillo en el té caliente.

Su esposo nunca la querría y pensaba venderle la librería.

CAPÍTULO 14

Había sido una semana larga mientras todos esperaban que se celebrara el juicio en el Tribunal de la Cancillería. Grayson ya sabía que Addie estaba molesta por su plan de vender la librería, pero había algo más que lo inquietaba. La cercanía que habían compartido en el viaje a Brighton Beach había desaparecido.

Cada día sentía que Addie se alejaba más de él. Seguían haciendo el amor todas las noches, pero les faltaba algo. La pasión seguía ahí, pero ya no sentía la complicidad.

Y le hacía falta. La echaba de menos.

No había cambiado de opinión sobre la idea de que su condesa trabajara en una librería, pero tenía que llegar a algún tipo de acuerdo para que las cosas volvieran a ser como antes.

—¿Estás listo? —Addie se unió a él en la biblioteca, pero su sonrisa vacía le bajó aún más el ánimo.

Grayson recogió las notas que había estado tomando mientras esperaba a su esposa.

—Sí. ¿Dónde está Michael?

– Está con la señora Banfield. Bajarán en cualquier momento.

—¿Cómo se encuentra? ¿Está nervioso?

Addie sonrió, la cálida sonrisa que solía ser para él, ahora solo aparecía cuando hablaba de Michael. Realmente tenía que llegar al fondo de lo que les ocurría cuando terminara el juicio.

—No. De hecho, parece más emocionado que nervioso por mostrar sus nuevas habilidades.

Grayson se acercó a ella y tomó sus manos entre las suyas. Se llevó las manos a la boca y le besó los nudillos.

—Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mi hijo.

Addie se apartó con los ojos entrecerrados.

—Es mi deber, mi lord.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta con la espalda muy recta.

Grayson negó con la cabeza. Sí. Había que llegar al fondo de lo que estaba pasando. Pronto.

Cuando el palacio de justicia ya se alzaba ante ellos, tuvo que admitir que estaba un poco nervioso. Su abogado, el señor Daniel Albright, los recibió al entrar al edificio.

—¿Estamos listos? —Preguntó el abogado mientras se unía a ellos con mucho garbo. Se apartó de Grayson y se inclinó ante la señora Banfield y Addie—. Buenos días, mi lady. Señora Banfield.

Cuando el señor Albright sugirió que fuera Addie que hiciera la interpretación por señas para Michael durante la audiencia, en lugar de su tutor, el señor Graves, Grayson se mostró un poco reacio pues quería asegurarse de que todo iba a salir bien. Pero Albright insistió en que Addie obtendría más apoyo por ser mujer, la madrastra del niño y que ya es muy competente en el lenguaje de señas.

Al entrar en la sala del Tribunal de la Cancillería, donde se iba a celebrar la audiencia, Grayson saludó brevemente a su cuñada, Beatrice, y al hombre sentado a su lado, que supuso que era su representante legal. Su sobrino, David Hartley, no se veía por ningún lado, pero tal vez no era necesario que estuviera en el juicio, a pesar de que el resultado podría beneficiarlo.

Grayson se fijó de inmediato en que Addie había apretado los labios ignorado a Beatrice cuando había pasado a su lado, aunque nunca la había visto antes. No estaba de humor para presentarlas, así que simplemente llevó a su grupo a los asientos que daban al frente de la sala.

Miró un instante a Beatrice y frunció el ceño al ver la sonrisa que le había lanzado a Addie, porque le pareció extraña. Addie seguía mirando al frente, pero su rostro había empalidecido. Tal vez también estaba nerviosa. Se acercó a ella, tomó una de sus manos entre las suyas y la apretó suavemente.

El juicio comenzó cuando el magistrado leyó en voz alta el documento presentado ante el tribunal solicitando que Michael fuera inhabilitado legalmente. Cuando terminó, se quitó las gafas y dejó el papel frente a él.

—No veo ninguna razón para celebrar este juicio ya que el niño, en este caso, es el heredero legítimo de su padre, y a menos

que el padre haya fallecido, no hay razones para cuestionar las capacidades del heredero.

El hombre que estaba sentado junto a Beatrice, que había sido presentado al tribunal como el señor Wallingham, se puso de pie y se dirigió al magistrado.

—Señor, quiero explicarle que el joven, el vizconde de Falmouth, no ha pronunciado ni una sola palabra desde su nacimiento y se sabe que se comunica con gruñidos.

>Tenemos razones para creer que es un deficiente, por lo que pedimos que el señor David Hartley, hijo del difunto señor Peter Hartley, sea declarado su heredero.

El magistrado lo miró.

—¿Con qué propósito? Estoy viendo a lord Berkshire, y que me parece que goza de buena salud.

—Señor, estoy seguro de que usted es consciente de que ocurren accidentes, y que existen enfermedades que pueden acabar con la vida de alguien muy rápidamente. Deseamos tener una transición sin problemas cuando llegue el momento. —Se sonrojó y agregó—: No es que esperemos que algo así vaya a ocurrir de manera inmediata.

El magistrado hizo una seña al señor Wallingham para que tomara asiento. Luego miró al señor Albright.

—¿Qué tiene que decir en respuesta?

El señor Albright se puso de pie e hizo un saludo con la cabeza al magistrado.

—Señor, el joven Michael, el vizconde de Falmouth, no es un incompetente ni un idiota. Es sordo. Y como tal, hasta hace poco solo era capaz de expresarse por medio de gruñidos.

>Sin embargo, lord Berkshire ha conseguido un tutor que ha enseñado a su hijo, así como a la madrastra del muchacho, lady Berkshire, el lenguaje de señas. Podemos demostrar al tribunal que Michael no es incompetente en absoluto.

El magistrado siguió mirando al señor Albright con las cejas arqueadas.

—Es muy interesante. He oído hablar del lenguaje de señas antes, pero no he visto cómo funciona. Me gustaría ver un ejemplo.

El señor Albright hizo un moviendo con la cabeza a Addie, y ella se puso en pie cogiendo la mano de Michael. Luego lo llevó a la silla que había junto al magistrado y se volvió hacia el hombre de aspecto imponente:

—Señor, puede preguntarle cualquier cosa a Michael. Después yo le transmitiré la pregunta y él responderá.

Eso era. Grayson ya sentía que tenía al magistrado de su lado, pero deseaba desesperadamente demostrar al mundo que su hijo, aunque tal vez no era perfecto, era inteligente y capaz de hablar y comunicarse a su manera.

—Pregunte al niño cuántos años tiene.

El magistrado observó a Michael.

Addie hizo las señas correctas, Michael respondió y ella se volvió hacia el magistrado.

—Cuatro años.

El señor Wallingham se puso en pie.

—Señor. Debo, para que conste, manifestar mi objeción a esto. Podrían estar haciendo cualquier cosa con los dedos. Naturalmente, su madrastra sabe la edad del niño.

—Puede sentarse, señor Wallingham —dijo el magistrado. Luego se volvió hacia Addie—. Lady Berkshire, pídale al muchacho que cruce la habitación y recoja los papeles que están sobre la mesa delante de su padre.

Addie le hizo las señas frenéticamente. Michael frunció el ceño. El señor Wallingham resopló y miró de reojo a una sonriente Beatrice. Grayson contuvo la respiración, pero después de un minuto, Michael dejó su silla, se acercó a la mesa, tomó los papeles y se los llevó a Addie.

Ella recogió los papeles y lo rodeó con sus brazos. Corrían lágrimas por su rostro, y Grayson sintió como si le hubiera caído un rayo. Sus entrañas se retorcieron y su corazón latió más rápido. Lo inundaba una sensación de alegría que no había sentido nunca antes en su vida.

La amaba.

Amaba a su esposa. Su condesa. Su vida entera. No se había dado cuenta antes por su propia terquedad. Por su necesidad de

aferrarse a la idea de que nunca le iba a entregar su corazón a otra mujer.

Pero era Addie diferente. Amable, cariñosa, leal y fiel, completamente honorable, y nunca lo traicionaría tal como había hecho Margaret. Y su amor no se basaba en una lujuriosa pasión juvenil, sino que era del que dura toda la vida. Quería que envejecieran juntos y que estuvieran tomados de la mano cuando alguno falleciera.

Estaba ansioso para que al fin terminara el juicio y poder decirle cómo se sentía. Si quería trabajar en una librería, podría hacerlo. Nunca le había importado demasiado lo que pensara la sociedad. ¿Por qué debería importarle cuando era algo tan importante para la mujer que amaba?

La mujer que amaba.

Su corazón latía de emoción.

—Señor Wallingham, me parece que no hay nada malo en el vizconde de Falmouth. Es un niño dulce y encantador que puede comunicarse sin problemas. Esta es mi decisión, pero se enviará un fallo legal formal a todas las partes involucradas. —Miró a Michael y le hizo un gesto con la mano—. Puede que no sepa el lenguaje de señas, pero creo que así es el signo universal para decir adiós.

Michael sonrió y le devolvió el saludo.

El magistrado golpeó el mazo.

—Este asunto está cerrado.

Todos se levantaron después de que el magistrado se levantara y abandonara la sala.

Mientras recogían sus papeles, Beatrice se acercó a la mesa.

—Aunque hayas hecho algunas bobadas ante el tribunal, no me creído en absoluto que Michael no sea un idiota.

Addie se puso de pie y se dirigió a Beatrice.

—Puedes estar segura de que aquí a nadie le importa lo que piense.

Enseguida le dio la espalda, tomó la mano de Michael y pasó junto a ella como una reina que se aparta de un humilde súbdito.

La cabeza de Addie no dejaba de dar vueltas cuando el carruaje llegó a la casa. Habían ganado. Estaba feliz y agradecida por eso. Después de algunas felicitaciones entre los que estaban en el carruaje, todos habían permanecido en silencio el resto del viaje.

Sin embargo, aunque todos estaban alegres y emocionados, para ella no había cambiado nada. Seguía siendo la esposa de un hombre que simplemente se había casado con ella porque se habían visto atrapados en una situación comprometida. Él no tenía la menor intención de amar a ninguna mujer después de Margaret, y si lo dejaba iba a vender lo único que Addie había construido para sí misma sin importarle sus sentimientos.

—Os dejaré aquí —dijo Grayson, mientras salían del carruaje—. Debo reunirme con mi administrador en mi club para tener todo preparado antes de regresar a Bath mañana.

Addie asintió y entraron en la casa. Le entregó la capa a Brooks y se volvió hacia la señora Banfield.

—Si me disculpa, creo que me voy a acostar. Me siento poco mal.

La señora Banfield le tocó la mano ligeramente.

—Es una muy buena idea, mi lady. Estoy segura de que le vendría bien descansar ahora que toda la tensión del juicio ha pasado.

Addie asintió y se arrodilló frente a Michael. Le hizo los signos que indicaban lo orgullosa que estaba de él y lo mucho que lo amaba. Después le dio un abrazo y un beso, y subió las escaleras para ir a su habitación a prepararse para regresar a su propia casa en Bath.

Como había optado por meter muy pocas cosas en la maleta, ya que no esperaba que la visita fuera tan larga, pudo partir hacia Bath al cabo de una hora después de llegar a casa tras el juicio. Había dejado una nota para Grayson para explicarle que volvía a su antigua vida. Sí, estaban casados y seguirían casados, pero el matrimonio había sido un error.

Puesto que ella hacía tiempo que había renunciado a tener marido, y él seguía locamente enamorado de su Margaret, no había ninguna razón para fingir que deseaban seguir juntos. Habían

anulado a los chismosos con su rápido compromiso y su boda, y habían salvado a su hijo de perder su herencia.

Amaba a Michael con todo su corazón y se aseguraría de permanecer en su vida. Él sería el único hijo que tendría, y ella la única madre que conocería.

Lo más triste era lo mucho que amaba a Grayson, tal como había comenzado a darse cuenta justo antes de la desastrosa visita de la señora Hartley.

En el camino a casa desde Brighton Beach, se había llenado de amor y alegría por lo sensata que había sido la decisión de casarse. Durante el corto viaje de bodas, habían compartido cenas íntimas en la habitación del hotel, se habían dado de comer mutuamente con los tenedores, y cuando se le derramó vino por el cuerpo, obligó a un sonriente Grayson a recostarla en la gruesa alfombra para lamérselo.

Habían hecho el amor tantas veces que llegó a pensar que no podría volver a caminar. Grayson le había leído desnudo sentado en el suelo frente a la chimenea. Ni una sola vez la había criticado porque ella no podía leerle un libro en voz alta.

Habían vivido momentos maravillosos, y aunque las cosas no habían salido como ella esperaba, los recuerdos la mantendrían caliente en las noches frías sola en su cama. Siempre y cuando pudiera dejar de llorar.

Se suponía que el amor no debía doler. Pero lo hacía. Tremendamente. Tan fuerte era el dolor que quería rodearse la cintura con los brazos y acurrucarse en posición fetal. Pero la vida debía continuar, y su negocio la necesitaba. Había sido muy feliz antes de que lord Berkshire entrara en su tienda y en su vida. Y lo volvería a ser.

Recordó la frase de Alfred Tennyson: "Es mejor haber amado y haber perdido que no haber amado nunca".

Aunque estaba de acuerdo con el adagio en el momento en que lo leyó, ahora que había experimentado el amor, no estaba tan segura de que Tennyson fuera tan brillante como había pensado.

Cuando llegó a la estación de tren de Bath Spa, estaba exhausta, cansada de llorar y decidida a recuperar su vida. Contrató

un carruaje para ir a su casa.

Entró en el pequeño hogar que tanto amaba y no sintió la sensación de felicidad que siempre le había proporcionado. Sin embargo, se había marchado para ir a Londres para ayudar a Grayson a encontrar un tutor para Michael.

Y ahora volvía como una novia no deseada y no amada. Subió las escaleras hasta el dormitorio con esos sombríos pensamientos y se desplomó en la cama. Enseguida cayó en un sueño profundo.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

Grayson le entregó su abrigo a Brooks. Acababa de regresar de su reunión, que había ido muy bien, y estaba listo para hablar con Addie y llegar al fondo de lo que fuera que la estaba haciendo tan infeliz.

—Se marchó poco después de que regresaran del juicio —dijo el hombre mientras recogía los guantes y el sombrero de Grayson—. Dijo que había dejado una nota para usted en su escritorio de la biblioteca.

Grayson avanzó por el pasillo con un nudo en el estómago. No había ninguna razón para que Addie hubiera regresado a Bath antes que los demás.

La nota estaba en un sobre de color crema, apoyado contra la lámpara del escritorio. Recogió el sobre con las manos temblorosas, y deslizó el papel doblado. Respiró hondo y leyó:

Querido Grayson,
Eh regresado a Bath. A mi propia casa. No hace falta que siguamos juntos. Evidentemente todo esto a sido un herror.
Tulla,
Addie

El papel cayó flotando hasta el suelo mientras él dejaba caer la cabeza entre sus manos. Era la primera vez que veía una nota escrita por su esposa. Sonrió por las faltas de ortografía que hacía por la ceguera de palabras, o más bien dislexia, que padecía. Entonces se dio cuenta de lo difícil que había sido su vida por ello.

Era una mujer valiente. Había salido de la comodidad de la casa de sus padres, se había independizado y le había ido bien en su negocio. No era de extrañar que le molestara que lo hubiera descartado tan fácilmente.

Había sido un imbécil. No había nada más que decir al respecto. Necesitaba ir a buscarla y decirle lo orgulloso que estaba de ella, lo mucho que la amaba, y que siempre la amaría.

Ella era su otra mitad. La que le proporcionaba calor ante su frialdad, o la última pieza del rompecabezas que le ayudaba a recomponer su corazón. Era una gran madre, una amiga maravillosa, amable y cariñosa, y la persona más importante del mundo para él.

No, mi amor, nuestro matrimonio no ha sido un error. Nos pertenecemos el uno al otro, y siempre será así hasta el día de nuestra muerte.

Grayson avanzó hasta el final del pasillo y gritó:

—Brooks, prepara el carruaje para llevarme a la estación.

El hombre brillaba lo suficiente como para iluminar el día más nublado de Londres. —Sí, mi lord. De inmediato, mi lord.

Grayson subió las escaleras a grandes saltos. Recuperaría a su esposa y nunca iba a dejar que se marchara. Ellos dos y Michael formarían una verdadera familia. Y llegarían más niños. Muchos. Una guardería completa.

Metió algunos objetos en un bolso, cruzó el pasillo de la habitación y entró en la habitación de Michael. La señora Banfield estaba sentada con él junto una pequeña mesa, y ambos tomaban el té.

—Señora Banfield. Me he enterado de que tengo que irme a Bath esta tarde. Por favor, continúe con los planes originales que hicimos para regresar mañana. Hoy compré los pasajes y los dejaré, junto con el dinero para el viaje, en el escritorio de la biblioteca.

—Sí, mi lord.

La mujer también debió de haberse dado cuenta de que algo estaba pasando por la brillante sonrisa de su rostro. Había empezado a pensar que todos los que le rodeaban sabían que amaba a Addie, pero no se había asegurado de que ella también lo supiera. Tenía razón, y él tenía la misión de enderezar el entuerto.

Se puso en cuclillas frente a Michael. Con el poco lenguaje de señas que recordaba, le dijo a Michael que regresaba a Bath, y que él y la señora Banfield se encontrarían con él al día siguiente.

El niño sonrió y le respondió que lo amaba, y que también amaba a su nueva mamá.

Perfecto. De eso se trataba. Él también amaba a la nueva mamá de Michael, y ya era hora de que se lo dijera.

Michael lo abrazó, salió de la habitación y bajó corriendo las escaleras.

—¿Está listo el carruaje?

—Sí, mi lord. —Brooks le entregó un papel—. Aquí está el horario de los trenes. Hoy salen tres trenes más.

—Bien.

Se encogió de hombros y se puso el abrigo, recogió el sombrero y los guantes que le entregó el mayordomo y salió de la casa silbando hasta llegar al carruaje.

Era un hombre que debía cumplir una misión.

CAPÍTULO 15

Cuando Addie introdujo la llave en la cerradura de *Once Upon a Book,* justo el sol de la mañana le calentaba la espalda. Faltaban más de dos horas para la apertura de la tienda, pero como había estado toda la noche dando vueltas, no parecía tener ninguna razón para quedarse en cama y seguir torturándose.

En cuanto cruzó el umbral la invadió el familiar aroma de los libros a pegamento, tinta y papel. Respiró hondo, pero le faltaba la agradable sensación de felicidad y logro que siempre sentía cuando entraba en la librería.

Simplemente estaba cansada, se dijo a sí misma. Esa debía de ser la única razón por la no reaccionaba como siempre. La librería siempre hacía que se sintiera bien.

Pero ahora no era así.

Echó un vistazo a la ventana delantera donde pensaba hacer su escaparate navideño. No sentía ninguna emoción. Lo único que sentía era agotamiento.

Y soledad.

Y tristeza.

Era todo muy absurdo, se regañó a sí misma. Consideraba que el hecho de que hubiera dejado su librería al cuidado de sus amigas para acompañar a Grayson y a su hijo a elegir un tutor para el niño, y que terminara casada con él, era irrelevante. Llevaba años queriendo tener su propia librería.

Lo había conseguido y había salido adelante. Le volvería a gustar. Con lo que lo había deseado...

Tenía que parar.

Se dio una vuelta y respiró profundamente. Su vida había dado un giro inesperado, pero no había ninguna razón por la que no pudiera volver a su antigua situación, y ser muy feliz. La verdad es que no le hacía falta un marido para disfrutar de la vida. ¿No había sido eso lo que se habían prometido Pamela, Lottie y ella?

En un esfuerzo por convencerse a sí misma, se dirigió hacia un montón de libros que había en un rincón que necesitaba su atención. Quienquiera que hubiera estado atendiendo el local cuando llegaron los paquetes, los había colocado allí. Lo más probable es que las cajas formaran parte de su pedido de Navidad.

Se detuvo frente a la pila cuidadosamente ordenada y la miró fijamente. ¿Dónde estaba la emoción y la felicidad de estar preparando su primera Navidad como propietaria de una librería? ¿Por qué todo le parecía tan fastidioso?

Con un profundo suspiro se inclinó sobre los libros y comenzó a clasificarlos. Al menos había conseguido que le llegara su gran pedido de *Un cuento de Navidad,* que se iba a vender muy bien. En sus divagaciones, no oyó que se había abierto la puerta detrás de ella.

—Me encanta esta imagen tanto como la primera vez que entré en esta librería.

La voz profunda de Grayson la sobresaltó. La emoción que le había faltado al entrar en la librería regresó de golpe.

Lentamente se levantó y lo miró, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. —¿Qué haces aquí?

En las pocas horas que llevaban separados, había olvidado lo guapo que era. Y cómo su sonrisa suave y torcida le provocaba cosas extrañas por dentro, y le daban ganas de peinarle los mechones de pelo que siempre le caían sobre la frente.

Llevaba su habitual atuendo de pantalones grises bien ajustados, camisa blanca impecable, chaleco color carbón, corbata anudada a la moda y chaqueta de lana negra ajustada a su cuerpo.

Grayson se encogió de hombros.

—Decidí volver anoche en lugar de esta mañana.

Por primera vez, ella percibió la tensión de su rostro. Estaba muy cauteloso.

Addie se acarició el pelo y respiró hondo.

—Ya veo.

Bueno, la verdad es no estaba siendo demasiado locuaz. Nunca antes había tenido problemas para comunicarse, pero parecía que había perdido su capacidad normal de hablar.

Volvió a intentarlo.

—¿Por qué has venido a mi librería?

Bien. Una frase completa. Sabía que podía hacerlo.

—Porque mi esposa está aquí.

Se llevó las manos a las caderas mientras la observaba.

Ella resopló. Otra vez le faltaban las palabras.

Grayson sonrió.

—¿No es usted lady Adeline Berkshire, mi esposa?

Ella se negaba a dejarse confundir. O al menos a estar más desconcertada al ver a su marido a pocos pasos de ella cuando se suponía que debía estar en Londres.

—Mi lord...

—Grayson.

—Pensaba que la nota que te dejé era suficiente para explicarte cómo van a ser las cosas en el futuro. —Como Grayson sonrió aún más con los ojos brillando de alegría, ella cerró los ojos y suspiró—. La nota era un desastre, ¿verdad?

Cuando volvió a mirarlo, él ya se había acercado. El familiar aroma de la bergamota combinado con el calor que emanaba su cuerpo la abrumó. Intentó retroceder, pero tenía una pila de libros detrás de ella y, si continuaba, se caería de de espaldas.

Grayson entonces la agarró por los brazos, probablemente viendo el peligro que corría de caerse sobre el montón de libros.

—Tal vez había alguna falta de ortografía aquí y allá, no recuerdo bien. Pero lo que no entiendo es por qué piensas que nuestro matrimonio ha sido una equivocación.

De hecho, parecía realmente confundido, lo que hizo que ella se enfadara.

Como de costumbre, cuando estaba enfadada no se detenía a pensar.

—Es difícil seguir en un matrimonio cuando el esposo todavía está enamorado de su esposa fallecida.

Se tapó la boca con la mano, deseando con todas sus fuerzas no haberlo dicho.

Grayson soltó los brazos y sacudió la cabeza como para aclarar sus pensamientos. —¿Qué?

Addie se las arregló para escabullirse de él y recuperar el control sobre sí misma.

—Tuve una visita de la señora Hartley.

—Ah. —Asintió Grayson.

—Me dijo que tu corazón se había roto cuando tu esposa falleció, y que insististe en que nunca más te volverías a casar. Amabas a Margaret con todo tu corazón, y nadie iba a poder ocupar su lugar.

Grayson vacilaba entre tomar a Addie en sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido, o buscar a su desagradable y malvada cuñada y amenazarla con cortarle los fondos.

Se había sentido tontamente culpable cuando Peter murió dejando a su esposa cargada facturas. Grayson pagó sus deudas y estableció una asignación mensual para ella y su hijo. Su abogado le había sugerido que la interrumpiera cuando presentó la demanda contra Michael, pero no podía permitir que la esposa de su hermano y su hijo se quedaran en la miseria.

Sin embargo, teniendo en cuenta el dolor que había causado a su esposa, ahora ya podía hacerlo.

—Addie, no diré que entendiste mal porque estoy seguro de que Beatrice quería que pensaras exactamente lo que hiciste. Sin embargo, el amor que sentí alguna vez por mi esposa cuando murió se había desvaneció por completo hacía ya mucho tiempo.

—¿Por qué?

Grayson se pasó los dedos por el pelo.

—Margaret no era una buena persona. No conocí su verdadero carácter hasta después de un año de estar casados. Era egocéntrica, vanidosa y mala madre, y además, estaba teniendo una aventura con mi hermano.

Se acercó de nuevo a ella y tomó sus manos entre las suyas.

—Cuando le dije a Beatrice que nunca más me volvería a casar, fue porque no confiaba en mí mismo y tenía miedo de enamorarme de alguien después de que se me rompiera el corazón.

Addie inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Entiéndelo. Yo te quiero, Addie. No con la fantasía lujuriosa de un joven, sino con un amor maduro que lo abarca todo y dura toda la vida. Un sentimiento más profundo y más intenso que cualquier cosa que haya conocido. —Le besó los nudillos—. Te quiero a mi lado el resto de mi vida. Quiero tener muchos hijos a los que podamos mimar, y que presumamos de ellos ante nuestros amigos. Y lo único que deseo es que aceptes continuar con nuestro matrimonio y que algún día llegues a sentir lo mismo por mí.

Se le formó un nudo en el estómago al ver que ella negaba con la cabeza. Después lo miró con lágrimas en los ojos.

—Yo ya te amo de esa manera, Grayson. Me aterroricé cuando la señora Hartley vino a visitarme y me dijo todo eso. Mis sueños de tener una vida matrimonial feliz se desvanecieron.

Incapaz de soportarlo más, Grayson la atrajo a sus brazos.

—No, mi amor. Vamos a tener el mejor de los matrimonios. Nuestros amigos nos envidiarán y evitarán estar con nosotros porque estaremos demasiado enamorados el uno del otro.

Addie comenzó a reírse, lo que hizo que él se riera también.

—Tendremos que vivir aislados. Y sin amigos.

—¿Y con todos esos niños? —Preguntó ella.

—Sí. Tendremos muchos niños. Ay, Addie. Te quiero tanto.

Por fin pudo besarla de la manera que quería. Pero justo cuando se estaba preparando para una larga sesión de besos si cerraban la puerta con llave, Addie colocó sus manos entre ellos y lo apartó.

—¿Qué? —Preguntó intentando que volviera con él.

Pero Addie dio un paso atrás y cruzó los brazos bajo sus hermosos pechos, lo que le hacía difícil concentrarse en lo que estaba diciendo.

—¿Y mi librería?

—¿Tu librería?

Le encantó ver que sus labios ya se habían hinchado por el beso. Rápidamente echó un vistazo a la puerta y pensó que solo tardaría unos segundos cerrarla.

—Sí. Tienes la intención de vender mi negocio.

Ansioso por llegar al siguiente paso, Grayson movió una mano minimizándolo.

—Puedes quedarte con la librería. Sácala adelante. Véndela. Quémala. No me importa. Es tuya para que lo hagas como quieras.

Le tendió una mano para atraerla hacia él.

—¡Espera! —Addie levantó la mano— ¿Lo dices en serio? —Preguntó sonriendo—. ¿O simplemente lo dices para poder cerrar la puerta que llevas mirando todo el rato?

Grayson sacudió la cabeza.

—No. Lo digo en serio, Addie. Fue muy desagradable de mi parte suponer que ibas renunciar a algo que construiste por casarte conmigo. Si quieres seguir al frente de la librería, vas a ser la única condesa de Bath que se gana su propio dinero.

Addie se puso en sus brazos.

—A decir verdad, cuando entré a la librería esta mañana descubrí que ya no sentía la misma emoción.

Grayson le besó la nariz.

—Dejaré esa decisión en tus manos. —Volvió a mirar hacia la puerta—. ¿Ya puedo cerrar la puerta?

Addie suspiró y apoyó la cabeza en su pecho.

—Sí, por favor.

Por esta razón, la librería, *Once Upon a Book*, en la esquina de George Street y Broad Street, de Bath, Inglaterra, permaneció cerrada durante todo el resto de ese día.

EPÍLOGO

Cuatro meses después

Addie estaba en cuclillas después de haber vaciado su estómago en el orinal, ya que no siempre llegaba al inodoro a tiempo.

—¿Te sientes mejor, cariño?

Grayson se sentó a su lado y le frotó la espalda. Le pasó un vaso de agua para que se enjuagase la boca.

—Sí. Y en unos minutos, volveré a tener hambre.

Intentó ponerse de pie, pero Grayson se levantó ante ella y le extendió una mano para ayudarla a levantarse.

La rodeó con sus brazos y la acercó a él.

—El doctor Hatfield me ha dicho que los problemas estomacales disminuirán a medida que avance el embarazo.

Addie negó con la cabeza.

—Se supone que no deberías decir esa palabra.

Grayson se echó hacia atrás para mirarla.

—¡Qué bobada! Es ridículo que no se pueda decir "muslo" o "embarazada" o "menstruación".

—Bueno, al menos no lo hagas en público, por favor.

Grayson se inclinó y la tomó en sus brazos. La llevó a la gran cama en el centro de la habitación, la recostó sobre una colorida colcha y se sentó a su lado.

—Deberías descansar.

Addie se incorporó sobre los codos.

—Si lo único que hago es descansar. Solo hago tres cosas: descansar, comer, vomitar y dormir. Lo siento, pero son esas cuatro cosas —dijo dejándose caer sobre la almohada.

—Es mucho ajetreo.

Grayson le recogió un mechón de pelo que se le había caído mientras devolvía en el orinal.

—Mi lady, ha venido la señorita Danvers. ¿La puede recibir? —Dijo Sybil, que estaba justo en la entrada de la alcoba de Addie.

Qué raro. Lottie, Pamela y ella se iban a juntar para tomar el té en unas horas. Como Addie ya no estaba llevando la librería, habían trasladado su reunión diaria de *Once Upon a Book* a la mansión de Berkshire, ya que era la casa más grande.

—Sí. Claro. Dígale que voy a bajar enseguida. Balanceó las piernas sobre el borde de la cama y agarró la colcha con ambas manos porque sintió un poco de vértigo.

—No creo que debas recibir a nadie hoy, mi amor. —Grayson la miró con preocupación—. ¿Por qué no le pides que suba aquí contigo? Lottie, sin duda, es una amiga íntima.

Addie asintió.

—Sí. Es una buena idea. ¿Podrías bajar a pedirle que suba?

Su marido se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

—También haré que os traigan té y tostadas.

—Bien. Gracias.

Grayson había sido bastante solícito desde que había anunciado que estaba embarazada. Según sus cuentas, estaría de unos tres meses, lo que haría que el bebé naciera en octubre. Justamente un año después de que el impaciente lord Berkshire entrara por primera vez en su librería.

Había trabajado en su librería durante la temporada navideña, pero también se había hecho cargo de la familia, seguía aprendiendo el lenguaje de señas de Michael y había contratado personal adicional para mantener la casa en Bath funcionando sin problemas. Le había hecho muy feliz que pasaran juntos el comienzo del nuevo año.

Las cosas marcharon bien hasta mediados de febrero, cuando comenzó a cansarse mucho, y Grayson insistió en que visitara al doctor Hatfield, que le confirmó que estaba embarazada.

Como tenía náuseas matutinas y necesitaba hacer al menos una siesta al día, tuvo que contratar a un encargado para que atendiera la librería. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más

consideraba que tal vez lo mejor que podía hacer era vender el negocio.

Como la decisión era suya en lugar de Grayson, no le parecía tan terrible. Tenía que cuidar de Michael y en pocos meses tendría un bebé. Grayson había contratado la construcción de otra casa en las afueras de la ciudad para acomodar a su floreciente familia, que también incluiría a sus padres, que ya habían anunciado que se mudarían a Bath.

Grayson había insistido en que los padres de Addie vivieran con ellos hasta que pudieran encontrar una casa adecuada. Su madre estaba tremendamente emocionada por poder estar con su hija y sus nietos. Sorprendentemente, Addie estaba feliz de tenerla cerca en esos momentos.

Eso requeriría decorar y amueblar, y contratar aún más personal. Por eso, por mucho que amara su librería, había empezado a pensar que realmente era hora de dedicarse de lleno a su nueva vida.

Un ligero golpe en su puerta llamó su atención.

—Pasa.

Lottie entró en la habitación, con su hermoso rostro lleno de manchas rojas por haber llorado. Retorcía un pañuelo entre su con las manos.

Addie se acercó a su amiga.

—¿Qué te pasa, Lottie?

Lottie inspiró estremecida.

—Tengo que marcharme de Bath.

Addie se quedó atónita.

—¡Irte de Bath! ¿Por qué?

Dio unas palmaditas en la cama justo a su lado.

Lottie se sentó junto a ella secándose los ojos con el pañuelo.

—Porque acabo de llegar de Milsom Street, donde estaba tomando el té con una de mis alumnas. —Volvió a inspirar profundamente—. Entonces lord Sterling entró en el local y me saludó.

Addie esperó pacientemente a que Lottie se recompusiera.

—¿Y?

—¿No lo ves? No puedo quedarme en Bath. Lord Sterling se ha trasladado aquí de forma permanente.

Estaba muy nerviosa. Los latidos del corazón de Addie se aceleraron y sintió una horrible sensación de fatalidad.

Haciendo todo lo posible por mantener la calma ya que los nervios de Lottie en el estado en el que se encontraba no la ayudaba, le repitió en voz baja:

—¿Y?

—Conoce a mi madre. Todo el mundo conoce a mi madre en Londres. Ahora toda la gente de Bath también lo hará. Tengo que marcharme de aquí.

Se levantó de un salto y Addie la agarró de la falda.

—Espera. No lo entiendo.

Lottie intentó apartarse, pero Addie se mantuvo firme.

—Has venido a decirme que tienes que irte de Bath. No dejaré que te vayas hasta que me expliques la razón. Y no basta con que alguien conozca a tu madre.

No tenía ni idea de lo que diría Lottie, pero sabía que no iba a ser bueno. Lottie se cubrió los ojos con las manos.

—Mi madre es la señora Danforth.

Un extraño silencio siguió a las palabras que resonaron en la habitación. Addie respiró hondo.

—No puede ser.

Sabía muchas cosas de la señora Danforth. Incluso era bien conocida entre las muchachas que debutaban, que no debían saber nada de ese tipo de cosas. No era de extrañar que Lottie nunca les hubiera contado a Pamela y a ella por qué había roto con su madre.

—Oh, sí. —dijo Lottie—. Mi madre es la cortesana más cara y famosa de Londres.

Fin

¿Te ha gustado esta historia? Por favor, deja una reseña en Goodreads o en el lugar donde lo compraste. Larga o corta, tu reseña ayudará a otros lectores a descubrir nuevos autores y a tomar decisiones de compra.

Espero que te hayas divertido leyendo la historia de amor de Addie y Grayson. Si quieres leer más novelas románticas de época de la Regencia, echa un vistazo a *La hija de la cortesana y el caballero.*

La señorita Charlotte Danvers acaba de llevarse el mayor susto de su vida. Después de pasar la mayor parte de su vida en Francia en un colegio de élite para niñas, primero como estudiante y después como profesora, decide regresar a Londres y establecerse con su madre.

Pero cuando llega a la casa de su madre en Londres, se sorprende al descubrir que la mujer que la crió es una conocida cortesana.

Después de un furioso enfrentamiento con su madre lleno de lágrimas, Charlotte decide irse de Londres e instalarse en Bath. Todo va bien hasta que conoce al señor Carter Westbrooke, amigo íntimo y socio comercial del esposo de la mejor amiga de Charlotte, lord Berkshire.

Después de unas semanas, el señor Westbrooke declara a Charlotte su intención de convertirla en su esposa.

Pero ella no puede ser la esposa de nadie, y no se atreve a decirle la razón. ¿Debe volver a huir?

¿Quieres leer el resto de la historia? Visita mi sitio web:
http://calliehutton.com/book/the-courtesans-daughter-and-the-gentleman/

Puedes encontrar una lista de todos mis libros en mi sitio web:
http://calliehutton.com/books/

SOBRE LA AUTORA



¡Recibe un libro gratis y mantente al día con los nuevos lanzamientos y ventas!
http://calliehutton.com/newsletter/

Una de las autoras más vendidas de la lista del USA Today, Callie Hutton, ha escrito más de 45 libros de romance histórico y de misterio. Vive en Oklahoma con su familia, muy unida y animada, que incluye a sus nietos gemelos, conocidos cariñosamente como "Los Twinadoes".

A Callie le encanta escuchar a los lectores. Puedes ponerte en contacto con ella directamente en calliehutton11@gmail.com o encontrarla en línea en www.calliehutton.com.

Conecta con ella en Facebook, Twitter y Goodreads. Síguela en BookBub para recibir avisos de nuevos lanzamientos, pedidos anticipados y promociones especiales.

Visita www.calliehutton.com para obtener más información.

DERECHOS DE AUTOR

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es por coincidencia.

Todos los derechos están reservados, incluido el derecho de reproducción, distribución o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio. Para obtener información sobre los derechos subsidiarios, póngase en contacto con la autora.

Sitio web de la autora: http://calliehutton.com/
Diseño de portada por Maria Connor, My Author Concierge

Primera Edición Octubre 2019